

72.  
**alessandro pronzato**

# **la seducción de dios**

**ediciones sígueme**

**alessandro pronzato**  
**la seducción de dios**  
**meditaciones sobre la vida religiosa**  
**según el año litúrgico**

I

Adviento, navidad, epifanía

5ª EDICION

<i>Introducción</i> .....	9
<b>PRIMERA SEMANA DE ADVIENTO: BUSCADORES DE DIOS</b> .....	13
Sólo los mendigos tienen el porvenir asegurado .....	15
Partida para un viaje poco confortable .....	21
El tren de mercancías te hace faltar a la cita con Dios .....	26
Dios no pinta los santos de yeso: o sea, recuerda que no has de olvidarte de ti mismo .....	32
Dios no provoca un ligero dolor de cabeza .....	38
No siempre viene Dios con nosotros a la iglesia .....	42
Encontrar para buscar .....	48
<b>SEGUNDA SEMANA DE ADVIENTO: EL DIOS QUE NOS LLAMA POR NUESTRO NOMBRE</b> .....	53
Alguien te ha arrojado fuera de tu casa .....	55
Dios sabe esperar... con un poco de prisa .....	62
Nadie tiene necesidad de tu boca .....	68
Primero viene la carretera, después el código de la carretera .....	74
Dios no fabrica muñecas .....	81
Desde el punto de vista del misterio .....	87
Desde el punto de vista del hombre .....	92
<b>TERCERA SEMANA DE ADVIENTO: AQUÉL QUE DEBE CREER</b> .....	97
«No soy yo», o sea, el valor de desaparecer .....	99
El estúpido mira el dedo (pero no toda la culpa es suya...) .....	104
Una respuesta sencillísima a una pregunta embarazosa .....	110
Ven y verás lo que hemos encontrado .....	115
Ven y verás lo que hemos preparado .....	120
Examen de vocación sobre una sola materia .....	125
Una propuesta para un nuevo estilo de seriedad .....	133

© Piero Gribaudi Editore, 1973

© Ediciones Sígueme, 1973

Tradujeron: G. Mártel, G. González y J. Martín, sobre el original italiano

*Le seduzioni di Dio*

ISBN: 84-301-0549-2

Depósito legal: S. 61-1979

Imprime: Gráficas Ortega, S.A.- Polígono El Montalvo - Salamanca

CUARTA SEMANA DE ADVIENTO: EL RIESGO DE LA FE.....	139
Ten piedad de ti .....	141
Propuesta para la fundación de la «orden de los insatisfechos»....	146
Nuestra Señora del riesgo .....	151
Anotaciones acerca del primer viaje apostólico.....	157
TIEMPO DE NAVIDAD: EL DIOS CON NOSOTROS.....	163
Debemos habérselas con un niño .....	165
Tú no eres nadie hasta que alguien te ame .....	168
Los que llegaron primero .....	173
Nuestra Señora de la atención .....	178
Bienaventurados los que no saben hacer las cuentas.....	182
El don insuficiente, o «la prueba del crucifijo» .....	186
La sorpresa estaba en la firma .....	189
Verdaderamente una buena nueva .....	193
«Dichosos los que se dejan importunar...» .....	198
Porque solamente ellos lograrán perturbar el orden público .....	203
Piedras injustas y piedras... obligadas .....	208
El deseo de Dios .....	214
EPIFANÍA: LOS QUE HAN VENIDO DE LEJOS .....	219
El derecho de existir o la culpa es de la estrella .....	221

Yo soy el Señor que te importuna.

Algunos doctores se han inclinado sobre el enfermo y han pronunciado con absoluta seguridad, el fatal diagnóstico. Nos han dicho clara y rotundamente que es inútil hacerse ilusiones, que el fin está próximo. Es cuestión de pocos años, justo el tiempo para «liquidar ciertas reliquias del pasado».

Preparémonos a su desaparición. En un mundo nuevo que crece a toda prisa, en una iglesia que cambia, la vida religiosa —han sentenciado— tiene ya la respiración fatigada, no logra mantener el ritmo, está destinada a desaparecer.

Por lo demás, pensándolo bien —han precisado con cierta solemnidad— es que no queda siquiera lugar para ella, no sabríamos donde colocarla, está ya todo ocupado...

A estos doctores que «liquidan» con tanta suficiencia una realidad que son incapaces de ver inmovilizada del todo sobre sus mesas anatómicas, se les ha escapado un dato importantísimo: en la vida religiosa todavía se acostumbra a meditar. Y esto es, con o sin permiso de los médicos, un decisivo síntoma de vitalidad.

Una persona que medita es una persona firmemente decidida a vivir. Es una persona viva.

Más todavía: es una persona *peligrosa*.

De gente acostumbrada a meditar hay que esperarlo todo.

Yo he aprendido hace tiempo a dividir a mis semejantes en dos categorías: los que saben meditar y... los otros.

Los primeros son autores de sorpresas.

Los otros son «descuartizadores de viento».

Un individuo que medita es siempre interesante. Está siempre en disposición de fabricar novedades. Puede desmentir las previsiones de todos los futurólogos.

Los otros, en cambio, nos regalan solamente la acostumbrada música del ...ruido. Además, el mal que los hierne —algo que ha sido definido como «la embriaguez del rebaño»— los vuelve inocuos, banales, pese a las apariencias.

Un amigo me recomendaba hace tiempo:

—Ten cuidado, no escribas ya libros de meditación. Sería un gran fracaso. Ya nadie hace hoy meditación, excepto quizás las monjas...

Yo he suprimido tranquilamente el «quizás» y he escrito nada menos que cuatro libros, los necesarios para llenar todo el curso del año litúrgico.

Escribir páginas destinadas a la meditación quiere ser la expresión de mi fe y mi esperanza —además del amor, nunca disminuido— en la vida religiosa. Fe y esperanza en su peligrosidad, en su actualidad y, por consiguiente, en su porvenir.

Precisamente porque estoy convencido de que la vida religiosa tiene algo que decir y que dar, también en el mundo del año dos mil, desearía con estas reflexiones hacerme cómplice del «desafío» lanzado contra todos los diagnósticos pesimistas formulados por doctores que, cuando una realidad no encuentra lugar en su cerebro, tienen la costumbre de condenarla... al cementerio.

Me atrevo a esperar que además de las monjas, esto que definiría como «el signo de la vitalidad» o «el síntoma del futuro» —quiero decir el hábito de meditar— contagiará ampliamente también a sacerdotes y laicos, y consiguientemente estas páginas podrán servir un poco también para ellos.

El presente volumen intenta ser una exploración del tiempo de Adviento. *Tiempo de la invitación*, en el que cada uno de nosotros es llamado a *la prueba de la atención*.

Todo cristiano está llamado a una experiencia de fe que lo lanza a la aventura de «buscador de Dios», para llegar al descubrimiento de que, en realidad, es un «buscado» por Dios. Hay un Dios que lo espera y hay muchos hombres que esperan, que tienen derecho a esperar algo de él.

Tiempo de Adviento, pues, como capacidad de responder a las esperas, descubriendo las profundas implicaciones de nuestra vocación. Y descubriendo nuestra dimensión de «importunados», que se convierten a su vez en «importunadores».

Me doy cuenta así de que este volumen se liga con el tema de fondo del «Pero yo os digo»..., escrito hace más de siete años.

En efecto los «pero» de Cristo, arrojados desde el monte, como pesadas piedras, sobre el estanque de nuestra «prudencia», no son más que la expresión de la incesante actividad de Dios importunador, del Dios que se obstina en importunarnos. «Yo soy el Señor que viene a importunarte».

La vocación es simplemente esto: dejarse importunar por Dios.

Por esto podemos decir: «Bienaventurados los que se dejan importunar. Porque solamente ellos son capaces de perturbar la tranquilidad pública».

Ciertamente: la vida religiosa —como por lo demás la vida cristiana, cuya expresión más radical es aquella en materia de exigencias evangélicas— está destinada precisamente a desempeñar en el mundo de hoy y de mañana una función... perturbadora. En este sentido representa un peligro público. Peligro para la falsa tranquilidad, para la mediocridad, para las medias tintas para las interpretaciones restrictivas del mensaje de Cristo.

A los apresurados médicos que han redactado ya nuestra sentencia de muerte podemos gritarles: un momento, andad con cuidado. No nos deis por muertos antes de tiempo.

¿Decís que no hay ya sitio para nosotros y por consiguiente debemos desaparecer?

No os preocupéis. Siempre encontraremos un sitio en el mundo y en la iglesia.

El nuestro es *el puesto de la peligrosidad*.

Pineta de Sortenna

3 julio 1973

fiesta de santo Tomás, apóstol.

Primera semana de adviento

## Buscadores de Dios

Tú estás cerca, Señor  
(Sal 118, 151)

Dame a conocer tus caminos,  
enséñame tus senderos  
(Sal 24, 4)

# Sólo los mendigos tienen el porvenir asegurado

Jesús les salió al encuentro y preguntó: ¿a quién buscáis? (Jn 18, 4).

Tú, Yahvé, no abandonas a los que te buscan (Sal 9, 11).

## TAMBIÉN TÚ ERES UN INVESTIGADOR

Noventa hombres van a vivir diez meses, separados del mundo, en una estación científica del polo, donde no hay más que noche y hielo.

Son casi todos hombres de ciencia famosos e investigadores. Han llegado allí, al fin del mundo, empujados por una pasión común: descubrir algunas verdades que puedan, un día, servir de ayuda a los hombres.

Entre ellos, un técnico modesto.

Le llaman «el centinela de la aurora». Su misión efectivamente consiste en espiar las auroras boreales y observar sus características.

Es sacerdote.

Sus compañeros son casi todos ateos, o en todo caso viven fuera de las estructuras de la iglesia.

El pobre sacerdote se siente como extraño. Tanto más que los amigos lejanos le escriben cartas de este tenor: ¿«Qué estás haciendo ahí? Aquí tenemos necesidad de ti».

Largas veladas en las que los sabios discuten, comunican sus personales experiencias, expresan sus propios puntos de vista.

El, el sacerdote, el modesto centinela de la aurora, que no posee una gran cultura, que no tiene un nombre famoso, se encuentra en el centro de todas las discusiones religiosas, y frecuentemente es blanco de muchas polémicas.

Nunca ha conseguido convertir a un colega.

Pero un día, casi a la vigilia de la partida, un compañero lo llama aparte y le dice:

—Debes saber que no eres de ningún modo entre nosotros solamente el modesto técnico que espía las auroras. Tú eres en realidad para todos nosotros un buscador. Sí, también tú eres un investigador. Investigador de Dios. Y... puede ser que precisamente seas tú el que tiene razón <sup>1</sup>.

#### BIEN, TOMADLO TODO, PERO DEJADNOS EL RESTO

A menudo me hacen algunas preguntas que delatan una gran ansiedad en torno al porvenir de la vida religiosa o, también, acerca de su justificación en nuestro tiempo.

—¿Hay todavía espacio para la vida religiosa en el mundo de hoy?

Respondo sin dudarle:

—Hay todavía mucho espacio disponible. Hay sitio desde luego. Pero el problema no está en saber si hay puestos libres, sino más bien en comprobar si disponemos del billete de ingreso...

Ahora bien, yo entiendo que el único billete válido que podemos exhibir es el de nuestra «búsqueda de Dios».

Se habla mucho de «cualificación». En los varios aspectos de nuestra actividad, resulta simplemente obligada una mayor cualificación.

No olvidemos, sin embargo, que hay una «cualificación» fundamental y urgente para la vida religiosa, la cual, si falta, todas las demás «cualificaciones» resultarían precarias y hasta falsas: la «cualificación» en virtud de la cual somos verdaderos, apasionados, incansables «buscadores de Dios». Esta debería ser nuestra especialización fundamental.

Nuestros valores en banca podrán ser devaluados, o sufrir una inflación, o en todo caso no ser reconocidos.

Las obras a las que nos dedicamos hoy, quizás podrán ser arrebatadas mañana.

Determinadas actividades nuestras podrán ser contestadas.

Se nos hará la vida difícil (saludablemente difícil) en algunas funciones determinadas.

No importa. Lo esencial es que podamos exhibir siempre un título indiscutible: «buscadores de Dios».

1. Esta parábola es de J. ROBERT, *Guetter l'aurore*, Paris.

La única actividad en la que no debemos temer la competencia o tropiezos burocráticos es nuestra búsqueda de Dios.

¿Entendido? La hermosura de poder gritar: «Os lo dejamos todo. Tomadlo todo si queréis. Nosotros nos contentamos con... el resto (que es la cosa más importante, aunque sean pocos los que se den cuenta de ello)».

#### UN INDIVIDUO INAPRENSIBLE

Las cosas, las posesiones o propiedades, los bienes pueden excitar el apetito de mucha gente.

Es posible obstaculizar, bloquear una obra, paralizar una iniciativa.

Es fácil impedir una actividad.

Cuando se trata de conquistar puestos, es natural que haya competencia, maniobras de pasillos, y muchedumbre de gente que se pisan unos a otros y se abren el paso a codazos violentamente, vorazmente.

Acaso en el futuro encontraremos cerrados muchos caminos que hoy recorremos con facilidad. Se puede esperar todo.

Pero es imposible «detener» a uno que solamente desea buscar a Dios.

Y si se le llega a impedir el acceso a las grandes y cómodas autopistas, no hay que convertir esto en tragedia. Para éste, aun una senda estrecha, escarpada y solitaria le resulta perfecta; también un camino inaccesible le lleva a su destino.

Si se le fuerza a la inactividad, él prosigue impertérrito en su búsqueda.

Y si se le corta el aprovisionamiento, y se le disminuyen los recursos, él se encuentra aún contento. Más seguro está así de encontrar a Dios.

Si se le encierra en prisión con la intención de «detenerlo» definitivamente, para él los dos metros cuadrados de prisión disponibles son el espacio ideal para llevar adelante su búsqueda.

Y es que un «buscador de Dios» no se sitúa nunca en un plano de competencia con los otros.

No tiene que conquistar puestos de prestigio o defender posesiones apetitosas.

Se deja despojar tranquilamente, sin oponer resistencia.

No tiene preocupaciones para el futuro. Más aún es la única persona que tiene el porvenir asegurado.





No tiene miedo de quedar sin trabajo.

Sabe que su «especialización» no está condicionada por los cambios históricos, políticos o socio-económicos.

Simplemente reivindica para sí el derecho de búsqueda. Pero no pide, para ello, condiciones favorables, protecciones, privilegios, apoyos. Para su empresa no tiene necesidad de financiaciones sospechosas, amistades importantes, leyes especiales, conocimientos de personajes influyentes.

Más aún, precisamente las condiciones desfavorables, los tiempos menos propicios, acaban por favorecer su investigación.

En suma, es una persona libre. Que no puede ser fácilmente encuadrada, clasificada, manipulada, instrumentalizada o ascrita a una clientela.

Un individuo inaprensible.

Ningún obsequio, aunque fuere muy ventajoso, lo puede seducir o distraer de esta búsqueda que le promete un descubrimiento, un encuentro ante el cual todo lo demás es polvo.

Habrà siempre un sitio para esta extraña raza de «buscadores» en el mundo. Con este billete, con este título, con esta cualificación, ni siquiera deben pedir permiso a nadie.

#### «BIENAVENTURADOS LOS PORDIOSEROS DEL ESPÍRITU»

Estos «buscadores de Dios» tienen una bienaventuranza hecha a la medida para ellos. La primera.

Estoy perfectamente de acuerdo con un amigo monje, que traduce «bienaventurados los pobres en espíritu» (Mt 5, 3) de esta manera: «Bienaventurados los mendicantes del Espíritu. De ellos es el reino de los cielos». Tal vez los exegetas arrugarán la nariz, pero no importa. Quizás arrugando la nariz es como se ganan el paraíso...

La vida religiosa entra de este modo en el estado de «mendicidad del Espíritu».

«La búsqueda de la realidad del Espíritu es el reino de los hombres nobles y puros, que, intactos y desprendidos de cualquier ilusoria fascinación de los fugaces valores de lo exterior, se han encaminado fuera de las ciudades construidas por el hombre, hacia la ciudad futura donde todo está ordenado y consagrado por la luz inmaculada del Espíritu. Por esto son llamados por los hijos de la tierra «los mendicantes del Espíritu». Buscan el Espíritu, por lo cual se ven libres de los cuatro grandes deseos del cuerpo: la avidez de la bebida, la avidez de la comida, la avidez del placer

de los sentidos, la avidez de suprimir la vida para saciar los deseos físicos. Sus sentidos son puros, en cuanto que están engendidos y guiados por la luz que procede de las realidades profundas y últimas. Y su paso no mancha a ninguna criatura terrena, sino que es anuncio de paz y de comunión con todos los seres. Son mendicantes del Espíritu: por eso no tienen avidez de poseer, avidez de los primeros puestos, avidez de mandar. Tienen el claro conocimiento que separa el tener del ser, el obrar del ser. Su paso se adentra sin titubeos en la región donde el hombre es simplemente creatura en comunión inefable con lo visible y lo invisible, lo corporeo y lo incorporeo, lo terreno y lo celestial.

«La búsqueda exclusiva del Espíritu los hace invulnerables a reclamos que para otros podrían aparecer como justificados. Su iluminada sabiduría los impulsa a descartar aquellos conocimientos o poderes conquistados que los podrían convertir en maestros y taumaturgos aplaudidos. Tienen los labios sellados y su palabra resuena solamente cuando es requerida por una verdadera necesidad de luz y de verdad. Son reacios al aplauso de los grandes, les espanta la amistad de la masa, pero están siempre dispuestos a cumplir la voluntad del Altísimo y son sensibles siempre a cualquier imploración. Son como un pan sobre la mesa de Dios y la de los hombres, que espera ser comido.

«Su deseo es uno solo: alcanzar la dimensión del hombre verdadero en la ofrenda de su realidad terrena al Espíritu, a fin de que en ellos se realice la comunión entre Dios y el hombre. Por eso para ellos no tienen sentido el aplauso y el éxito; la conquista de un nombre y una fama que traspase los siglos; la presunción de ser elegidos o llamados a una empresa que influya en el curso de los acontecimientos humanos. Pasan en medio de los hombres con la aureola de seres que pertenecen a otro mundo, dejando en los corazones la nostalgia de una patria más verdadera, de una tierra más pura, de una plenitud de paz y de alegría, inconcebible para el hombre distraído en los mil atractivos terrenales. Son los habitantes del reino de los cielos, que por medio de ellos se difunde sobre la tierra provocando un inefable encanto que penetra en los corazones en ciertos momentos de quietud o cuando la desconfianza o la desesperación llaman a nuestra puerta.

«No piden amor, aman; y saben que su misión es amar siempre, a costa de todo y contra todas las apariencias. Su corazón, libre por el infinito cielo del Espíritu, asume el ritmo universal, ama y no pide las acostumbradas respuestas de la carne: intercambio, reconocimiento, secuaces»<sup>2</sup>.

Por consiguiente, la «renovada cualificación» debe comenzar por aquí: la búsqueda de Dios, del Espíritu.

Un instituto religioso no es grande cuando amplía su esfera de influencia, conquista privilegios, honores o bienes terrenos. No es grande cuando aumenta sus posibilidades, potencia sus obras, o consolida su prestigio, entrando quizás en competencia con otros. Es grande solamente si puede demostrar que busca exclusivamente a Dios. Y, con esto, tiene asegurado el porvenir.

A nivel personal. ¿Puedes decir que eres, verdaderamente y exclusivamente, buscador de Dios? ¿Posees este título? ¿Estarías en condición de demostrarlo? ¿Aun en este momento?...

O tal vez en tu búsqueda de Dios ¿se han infiltrado otras búsquedas más interesadas (pero no más interesantes)?...

Recuerda que en el evangelio hay una neta alternativa: o mendicantes del Espíritu, o mendicantes de Manmón.

Si tu búsqueda de Dios no es absoluta, estás ya en el camino opuesto, el camino de Manmón.

Cuando, en tu búsqueda de Dios, se cuecen dentro, acaso a hurtadillas, búsquedas marginales, caracterizadas por ambiciones, avideces, aspiraciones terrenas, estás ya inexorablemente fuera de la bienaventuranza evangélica.

Cuando, en tu búsqueda de Dios, prestas atención a la llamada del exterior, del egoísmo, de la soberbia, de la consideración humana, revolviendo quizás en el bolsillo (o en los numerosos bolsillos), has perdido tu *título* original. Has perdido tu calificación. El puesto que ocupas es abusivo.

El verdadero problema esencial de la vida religiosa (presente y futura) es el de ser buscadores de Dios.

El primer paso es un paso que te sitúa en la zona de la mendicidad del Espíritu. Si prosigues marchando decididamente por este camino, sin desviarte a un lado u otro, te darás cuenta de que toda la tierra te pertenece. Todo es tuyo.

Muchos no te entenderán, por el momento, como sucedió al «centinela de la aurora» del que hemos hablado al comienzo.

Pero si prosigues hasta el final en tu exploración, con coherencia y entusiasmo, quizás lleguen a admitir que eras tú precisamente el que tenía razón.

Felices los pordioseros del Espíritu.

Porque solamente ellos tendrán siempre algo que ofrecer a todos.

## Partida para un viaje poco confortable

Yahvé dijo a Abraham: «Sal de tu tierra y de tu patria y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré. De ti haré una nación grande y te bendeciré. Engrandeceré tu nombre, que servirá de bendición».

...Marchó, pues, Abraham como se lo había dicho Yahvé.

...Luego Abraham fue desplazándose por acampadas hacia el Negueb.

...Caminando de acampada en acampada se dirigió desde el Negueb hasta Betel.

...Y Abraham vino a establecerse con sus tiendas en el encinar de Mambré.

...Trasladóse de allí Abraham al país del Negueb, y se estableció entre Cadés y Sur. Fue luego a pasar una temporada en Guerar.

...Abraham estuvo residiendo en el país de los filisteos muchos años.

...Volvió Abraham al lado de sus mozos y emprendieron la marcha juntos hacia Berseba. Y Abraham se quedó en Berseba.

...Luego se levantó Abraham de delante de la muerta, y habló a los hijos de Het en estos términos: «Yo soy un simple forastero que reside entre vosotros» (Gén 12-25).

### DIOS NO NOS DA EL CESTILLO DE VIAJE

Ser «buscadores de Dios» implica decidirse a partir.

Dios no nos viene al encuentro en casa a la mañana. Es necesario moverse. No hay que esperar que alguien venga a anunciarnos:

—Dios está a la puerta y te llama.

Yahvé dijo a Abraham: «Sal de tu tierra y de tu patria y de la casa de tu padre hacia la tierra que yo te mostraré».

«Maestro, ¿dónde vives?». «Venid y ved».

Es, pues, necesario partir. La cita es siempre en otra parte. No hay una campanilla que señale el tiempo y el lugar del encuentro. No se dan plazos fijos.

Dios es imprevisible. Puede sorprendernos de un momento a otro.

Lo malo es que no sabemos siquiera dónde se va. Dios no nos regala el mapa del viaje.

La fe es la única guía. Y fe quiere decir aventura, riesgo.

Alguien habla de una «fe más difícil». Pero es un lenguaje que puede engendrar equívocos. En realidad no existe una fe fácil y una fe difícil, o más difícil. Una fe fácil puede ser todo menos fe<sup>3</sup>.

La fe es siempre y exclusivamente difícil. O es difícil o no es ya fe. La diferencia, a lo más, se dará entre una fe auténtica y un deseo de seguridad camuflado de fe.

Una carretera bien señalizada, con todos los elementos necesarios, preparada para todos los inconvenientes y para cualquier imprevisión, con los puntos de referencia cuidadosamente indicados, se incluye en los programas de una agencia de viajes, no en una aventura de fe.

Y Dios no nos ofrece tampoco la merienda para el viaje, debidamente provista, con todos los detalles necesarios a punto, de modo que sea necesario solamente desenvolver paquetes cuando llegue el momento y echar mano, sin más preocupación. A lo mejor hace que encontremos la comida en el momento menos esperado y de la manera más inverosímil (basta pensar en el cuervo de Elías). Pero no intenta, en manera alguna, asegurarnos contra los riesgos del viaje.

¿Cómo es posible hablar de fe —que significa fiarse exclusivamente de alguien, fiarse de una palabra, de una orden, apoyarse en otro— cuando todo está previsto, predispuesto y programado?

Creer quiere decir simplemente saber que otro conoce el camino, y sabe donde esperarnos.

#### DIOS NO DA «SEGURIDADES»

Y aquí querría referirme enseguida a cierta tendencia que observo en algunos religiosos. Es decir, el deseo de «seguridad» cuando se llegan a encontrar en situaciones difíciles, ante una elección comprometida, o envueltos en problemas angustiosos.

Determinados momentos oscuros de nuestro caminar hay que vivirlos lúcidamente, dolorosamente, en actitud de fe. Pero la fe no excluye la duda, la incertidumbre, el desconcierto.

3. Se puede hablar de religión fácil o difícil. No de fe.

Es necesario que estemos en condiciones de creer en la luz, aun cuando se atravesase un túnel interminable sin luz alguna; creer en una presencia, aun cuando se experimenta la ausencia más desoladora.

«Es necesario confiar en el Dios de las largas noches, en el Dios de los días negros. Este Dios, en la encrucijada más oscura, te toma de la mano y te dice: estoy aquí» (C. Wagner).

—Pero desearía estar seguro...

—Y yo, en cambio querría quitarle todavía un poco más de seguridad, respondo invariablemente.

No es posible conciliar la «prueba», con las garantías que tantas veces exigimos.

El «fiarse de alguien», con las seguridades contra todos los peligros de la aventura.

La tensión, con la tranquilidad.

La sorpresa, con el programa detallado que reclamamos.

La alegría exultante del descubrimiento, con la cómoda organización previa.

La fe, con el confort del viaje.

Tengo la impresión de que muchos confunden precisamente la fe con el confort o con las «ventajas» inmediatas de la fe. Y no se dan cuenta de que lo que llaman fe no es más que un hábito ficticio, una especie de impermeable que endosan precisamente para protegerse de la fe en sus aspectos más «peligrosos».

#### DIOS NO NOS DA INFORMACIONES ACERCA DE LAS CONDICIONES METEOROLÓGICAS

Quien tiene fe está en verdad siempre expuesto a la intemperie. Se hace experto en lo provisional. Es alguien que se encuentra a gusto entre dificultades e incomodidades. Todo lo contrario de un instalado en la cómoda seguridad.

Bueno, indudablemente la fe ofrece certezas. Pero estas certezas no garantizan en absoluto un viaje más cómodo en primera en un departamento de privilegio. Ni siquiera ofrecen una reducción en el coste del billete que paga el común de los mortales.

El billete se paga íntegramente en todo lo que se refiere a búsqueda, intentos, elecciones, coraje, decisiones personales y sufrimientos, tanteos en la oscuridad, esperas desgarradoras, relámpagos de esperanza...

Las certezas no se guardan en la caja fuerte. Se gastar en el choque, en la lucha cotidiana con una realidad que nos desorienta, nos despoja, nos aturde y parece desmentir nuestras aspiraciones.

Y después no sobra ni siquiera un céntimo para el día siguiente. No se pueden reservar ahorros en cuanto se refiere a la fe en previsión de momentos futuros difíciles. Para tales casos basta la promesa de una presencia, puntual aunque no se perciba. Las reservas de fondos no sirven, más aún podrían convertir en vana aquella presencia.

Abraham sabía que estaba en el camino cierto solamente porque... no sabía adónde se encaminaba, no conocía el camino de antemano. Se fiaba únicamente de una palabra que le había sido dicha personalmente y le había puesto en marcha.

«Precisamente porque él no sabía adónde llegaría, tenía la certeza de encontrarse en el buen camino, porque así estaba seguro de no ir guiado por la luz de su inteligencia, sino de ser guiado por la voluntad de Dios» (Gregorio de Nisa).

#### LA ÚNICA INFORMACIÓN ES LA SEÑAL DE PARTIDA

Dios no da seguridades.

Dios no nos entrega el mapa de carreteras, ni la cesta de viaje, ni el boletín meteorológico.

Nos comunica simplemente una palabra, una invitación, una orden. La única información que nos da es la señal de marcha.

Por su parte se hará visible en la cita. Donde y cuando crea mejor.

No nos da a tal efecto indicaciones de horario o de lugar.

Estamos ciertos de todos modos que el encuentro se realizará. Con tal que nuestro caminar esté impulsado por la fidelidad a su palabra y no por la pretensión de ulteriores aclaraciones minuciosas.

«Tu palabra es lámpara para mis pasos, luz en mi sendero» (Sal 118, 105).

«La fe es garantía de lo que se espera; la prueba de las realidades que no se ven...».

«Por la fe Abraham, al ser llamado por Dios, obedeció, y salió para el lugar que había de recibir en herencia, y salió sin saber adónde iba. Por la fe, peregrinó por la tierra prometida como en tierra extraña, habitando en tiendas» (Heb 11, 1 y 8).

¿Entiendes la paradoja de esta desconcertante aventura de Abraham?

Dios le desaloja de su tierra y de su casa.

Abraham parte y no sabe adónde va.

Camina hacia la tierra prometida, la recorre a lo largo y a lo ancho, pero se encuentra siempre allí en situación de extranjero.

Es llamado a instalarse en la tierra prometida. Y, en cambio, se ve obligado a vivir bajo tiendas. Y al día siguiente hay que volver a partir otra vez.

¿Y tú? ¿Estás convencido de que cuando Dios llama, cuando ordena partir, tiene la costumbre de arrojar a una persona en la oscuridad?

¿Tu fe tiene la marca del riesgo o del confort?

¿No esperas acaso, antes de decidirte a partir —y cada día es una partida— noticias confortantes acerca de las condiciones del tiempo, del estado de las carreteras?

¿Te fías verdaderamente de su palabra o no vas más bien en busca de cómodos refugios de defensa?

¿Aceptas el hecho de que sea Dios el que sepa y no tú? ¿Que sea Dios el que conoce el término del viaje y no tú?

¿Tienes quizás la pretensión de que Dios te asegure en cuanto se refiere al itinerario y las correspondientes dificultades? ¿Que te tenga continuamente informado acerca de lo que te va a suceder, acerca de lo que vas a encontrar, y sobre el modo de salir de apuros en las situaciones difíciles?

Piensa que Dios no da otras seguridades más que esta: *él se dejará encontrar*. En alguna parte.

Querer saber más, pretender otras explicaciones, quiere decir faltar ya a la primera cita: la de la fe.

¿Estás, pues, todavía decidido a partir?

# El tren de mercancías te hace faltar a la cita con Dios

Los pastores se dijeron los unos a los otros: vayamos, pues, hasta Belén y veamos lo que ha sucedido y el Señor nos ha manifestado. Y fueron a toda prisa (Lc 2, 15-16).

Caminando por la ribera del mar de Galilea vió a dos hermanos, Simón llamado Pedro, y su hermano Andrés echando la red en el mar, pues eran pescadores, y les dice: venid conmigo y os haré pescadores de hombres. Y ellos al instante, dejando las redes, le siguieron. Siguió adelante y vió a otros dos hermanos, Santiago el de Zebedeo y su hermano Juan, que estaban en la barca con su padre Zebedeo, arreglando las redes; y los llamó. Y ellos al instante, dejando la barca y a su padre, le siguieron (Mt 4, 18-22).

Leví, dejándolo todo, se levantó y le siguió (Lc 5, 28).

## EL EQUIPAJE

Para quien parte a la búsqueda de Dios se plantea un problema no indiferente: el equipaje. ¿Qué es lo que han de llevar consigo?

La solución del problema depende de tres factores:

- la meta que uno intenta alcanzar;
- la idea que se forma del viaje;
- la velocidad que quiere llevar.

Las tres cosas son dependientes entre sí. Cuanto la meta fascina más, menos preocupan las molestias del viaje. Lo único que importa es llegar cuanto antes.

En consecuencia, la velocidad del viaje está determinado por el atractivo del término, por la perspectiva del encuentro que borra las dificultades, y es favorecida por la ligereza del equipaje.

Los pastores «se daban prisa», porque el anuncio de los ángeles había despertado en sus corazones el deseo de llegar y comprobar lo que había sucedido. Y es difícil imaginarlos ocupados en cargar a sus espadas todo su ajuar.

Un paso ágil, expedito, debería ser la característica de los «buscadores de Dios». Y rapidez implica ligereza.

Por eso es necesario evitar fundamentalmente excesivos estorbos.

Una vida religiosa auténtica debería estar marcada por la plenitud. Ahora bien, lo que se opone a la plenitud es ante todo *el vacío*. Ciertas personas han sido definidas con una cruda imagen por Teofanio Eremita: «La mayor parte de los hombres son como virutas enroscadas en torno a su vacío central».

Pero, además del vacío, hay otra cosa opuesta a la plenitud: *el estorbo*. Más aún se puede decir, paradójicamente, que no hay nada más vacío que un espíritu cargado de estorbos.

Entre otras cosas, el estorbo hace más lenta la marcha, complica las situaciones, crea dificultades insolubles.

¿Habéis visto alguna vez ciertos individuos recorrer jadeantes el tren, arrastrando consigo afanosamente maletas, paquetes, cajas, fardos, cestas, sacos, bolsas? Pues bien, yo tengo la impresión de que muchos de nosotros faltamos a muchas citas con Dios —y con el mundo de hoy— precisamente porque tenemos la pretensión de llevar a cuestras cargas pesadas y obstaculizantes que nos estorban el movimiento, hacen lento nuestro caminar y no raras veces nos ponen en ridículo.

Algunos retrasos son imputables exclusivamente al equipaje, que no tiene nada que ver con un viaje que requiere prontitud, adaptabilidad a situaciones diversas e imprevistas, y libertad de movimientos.

OPERACIÓN INVENTARIO



Es necesario no llevar consigo —aconsejan los entendidos— ni demasiado ni demasiado poco.

No estoy de acuerdo. Estaríamos frente a una elección de carácter cuantitativo. Juzgo, en cambio, que la elección ha de ser cualitativa. O sea, una elección entre lo que es esencial y lo que es accesorio, entre lo que sirve para el viaje y lo que resulta superfluo, entre lo indispensable y lo puramente ornamental. En una palabra: entre lo que favorece la marcha y lo que la obstaculiza.

Ahora bien, una decisión de esta índole requiere una discreta dosis de lucidez, además de bastante coraje. Una valoración realista unida a un fuerte despego de las cosas. De otro modo, pronto o tarde hay peligro de parálisis.

Me explico con un ejemplo personal. Mi habitación en ciertos momentos adquiere un aspecto... apocalíptico. Sobre la amplia mesa, ocupada por un montón de papeles, libros, revistas, periódicos, cartas, se me hace difícil encontrar un pequeño espacio libre que me permita escribir. Los cajones están colmados hasta rebosar. Cosas amontonadas en todas partes. Todos los rincones están llenos de objetos diversos revueltos en una gran confusión.

En un momento determinado, acaso después de meses, tomo la decisión de... que es imposible vivir en esta situación. No soy capaz de moverme, me falta literalmente espacio. Para encontrar un documento, un apunte, una ficha, empleo horas y me enfurruño, y al intentar arreglarlo provocho mayor desorden y confusión.

Entonces comienzo la operación inventario. Selección y limpieza. En una parte lo que no sirve, en otra lo que es verdaderamente útil y hay que conservar. El primer montón, no hace falta decirlo, adquiere bien pronto notables proporciones. Yo mismo no llego a comprender cómo he podido llegar a acumular tanta mercancía inútil. Me doy cuenta de que he ido amontonando montañas de recortes, objetos, sobres, fascículos que no sirven para nada.

Si este proceso contra lo inútil o accesorio lo hubiese montado algunos meses antes, me hubiera ahorrado bastantes enfados y sobre todo, no habría perdido tanto tiempo más tarde.

Y sin embargo en la búsqueda de Dios, este es un fenómeno que se repite a gran escala. Y lo malo es que no siempre nos damos cuenta del poder paralizante que adquieren ciertos impedimentos que llevamos con nosotros mismos, principalmente en nuestro interior.

#### LAS MANOS COMO IMÁN

Ciertamente, nunca hemos llegado a dejarlo todo, podréis objetarme.

Si permitís, querría insinuaros alguna duda.

Antes de nada: el verbo «dejar» es un verbo equívoco si se conjuga solamente en pretérito. Por mi parte lo acepto sin reservas, sobre todo en presente.

No olvidemos que nuestra epidermis tiene un notable poder magnético. Por medio del cual casi a cada paso, podemos recoger alguna cosa.

Las manos, de manera especial, parece que como si hubieran sido untadas con una capa de cola en virtud de la cual se les adhieren los objetos aun los más variados. El peligro consiste en que los objetos así «imantados» pasan fácilmente el interior. Y cuando el corazón se apodere de ellos no está dispuesto a aflojar tan fácilmente su presa...

Por consiguiente, no te limites a declarar lo que has dejado. Ten cuidado también con lo que debes dejar hoy, y todo el material que has recogido.

Además: muchos confunden el *alejamiento* con el desprendimiento, y se contentan con lo primero. En realidad el alejamiento es cuestión de distancia física; el desprendimiento, en cambio, es un hecho interior. Solamente este último es seguro.

La verdadera separación no consiste en el alejamiento, sino en el despego interior.

Te propongo una imagen tomada de los famosos *Peanuts* de Charles Schultz. Linus está apegadísimo a su colcha. Solamente con la colcha se siente seguro. No puede prescindir de ella. Un día Lucy, la terrible hermanita, le convence del absurdo de aquella actitud y le obliga a librarse de ella. Linus, después de muchas dudas, arroja lejos por fin la colcha. Ha realizado el gran desprendimiento. Y él mismo parece satisfecho. Pero he aquí que, en un cierto momento, tira de un hilo que tenía en sus manos y la delgada cuerdecita le restituye «su» colcha... Es el ejemplo típico de un alejamiento que no es desprendimiento.

Algunas personas se hacen la ilusión de haber abandonado todo, de haber dejado el mundo a sus espaldas. Y no se dan cuenta de que el mundo pueden llevarlo dentro. Basta tirar de un hilo, de cien hilos, y rápidamente las cosas abandonadas reaparecen de nuevo ante sus ojos, a lo mejor bajo forma diversa: ¿qué sé yo?, un mazo de llaves, una butaca, aun el «propio» banco en la iglesia —esto sucede aun en los mejores conventos—; un armario que debería estar al servicio de todos, pero donde ningún otro puede poner las manos, de lo contrario se producen tragedias innarrables; el «propio» puesto en el comedor —sucede, sucede, a veces después de muchos años, desde el momento que... se ha dejado todo (para aficionarse a un puesto determinado en el comedor!); o el propio «yo», gigantesco, invasor, intolerante, prepotente, o los propios obstinados prejuicios, o el propio prestigio obstaculizante.

¿Cuántos Linus han arrojado lejos la colcha, pero... debidamente sujeta a una cuerdecita invisible, y consiguientemente sensible al mínimo tirón?

«Entonces Pedro, tomando la palabra dijo: Ya lo ves, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido. ¿Qué recibiremos entonces?» (Mt 19, 27).

Se abandona todo, y luego se pretende recibir inmediatamente la contrapartida. En forma de alivio espiritual, de consideraciones ni siquiera demasiado espirituales, y consuelos... mixtos.

Santa Teresa de Lisieux no se hubiera atrevido nunca a dirigir al Señor semejante petición de aclaraciones. Podía decir en efecto tranquilamente: «Mi mayor consuelo es no tener ninguno».

### INTERVENCIÓN QUIRÚRGICA

En cualquier caso el problema del despredimiento hay que resolverlo de manera radical, retrocediendo hasta el origen. Y como los famosos hilos de llamada proceden del corazón, es entonces allí donde hay que actuar. Una vez más Teresa de Lisieux demuestra que ha entendido perfectamente cómo hay que afrontar el fenómeno: «Dios no corta los lazos, sino que corta el corazón»<sup>4</sup>. Una operación radical, pues.

Por otra parte, Dios mismo, cirujano sin par, anuncia una intervención, que es una sustitución de órganos, un trasplante. «Y os daré un corazón nuevo, infundiré en vosotros un espíritu nuevo, quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Infundiré mi espíritu en vosotros...» (Ez 36, 26-27).

En suma, alta cirugía. Con tal que, naturalmente, uno esté dispuesto a someterse a tal intervención, más bien comprometida.

Al llegar a este punto, la pregunta es obligada: ¿Qué es lo que estás dispuesto a abandonar a fin de que tu caminar hacia Dios sea más expedito?

Marchando en busca del absoluto, debes convencerte de la necesidad de cortar los puentes con todo lo que, en tí o en las cosas, te podría alejar o distraerte de tal intento. Cortar los lazos con todo aquello que se opone a la acción divina.

4. Y un agudo comentarista, Abramo Levi, en su valioso trabajo, *Teresa de Lisieux* observa muy oportunamente: «No son los lazos de parentesco los que Dios corta impulsado por sus celos amorosos. Esto sería un juego humano. Cuánta mediocre espiritualidad de la vida religiosa se reduce a cortar los lazos de carne y sangre, con peligro de secar la misma fuente del amor...»

Cualquier tipo de vida, cualquier aventura digna de este nombre, exige desprendimientos, laceraciones, separaciones. Pero has de tener presente que no debes detenerte en el aspecto negativo de la operación, por dolorosa que sea. Todo desprendimiento te conduce a una adquisición, a una mayor libertad de movimientos, a una recuperación en un plano más alto y más profundo. Toda pérdida es ganancia. El morir es para vivir, el perderse es para encontrarse, el desaparecer es para una manifestación más grandiosa y evidente. Alguien ha dicho: «Todo aquello que en nosotros rehusa morir es indigno de vivir».

Has de convencerte de que, para esta búsqueda de Dios en la que has decidido embarcarte, el problema inicial es el de «perder», no el de adquirir.

Te cito una vez más a Teresa de Lisieux. A su hermana Celina que se lamentaba de las muchas cosas que le quedaban por conseguir para ser una buena carmelita, le hizo observar:

—Dí más bien, cuánto te queda que perder.

Trata de pensar. Quizás también tú, para llegar hasta Dios, tienes todavía una montaña de cosas que perder a lo largo del camino.

Cuando estás asediado por la tentación de lamentarte del camino impracticable, prueba a controlar el equipaje, haz un inventario lúcido y valeroso. Te darás cuenta de que quintales de bagatelas, pequeñeces, preocupaciones mezquinas, ansiedades injustificadas, pretensiones de distinta índole, fruslerías, estorbos múltiples, te complican terriblemente la marcha, y te hacen faltar a citas decisivas con Dios y con los hermanos.

En el momento de la partida de un religioso, destinado a otro lugar —con discreto alivio general— he oído este comentario:

—Para las maletas y los paquetes basta el portamaletas del coche. Pero, si éste quiere llevarse consigo su propio «yo» más bien pesado, exigente, presuntuoso, entonces se necesita... un tren de carga, al menos de treinta vagones...

Un comentario decididamente malévolo. Que no habría recogido, si la imagen del tren de mercancías —independientemente de que cuadrarse o no para aquella persona— no me afectase de cerca y no sonara como advertencia también para mí, y, quién sabe, también quizás para ti.

Ya. Un tren de carga difícilmente llega al encuentro con Dios.

# Dios no pinta los santos de yeso: o sea, recuerda que no has de olvidarte de tí mismo

## PROHIBIDO MANDAR UNA COPIA

Más tarde llegaron las otras vírgenes diciendo: ¡Señor, Señor, ábrenos!  
Pero él respondió: En verdad os digo que no os conozco (Mt 25, 11-12).

### NO SE PONE LA MÁSCARA EN LA MALETA

Hemos visto que el equipaje más molesto para un buscador de Dios, puede ser el propio «yo».

Y no querría ser mal entendido en un punto más bien delicado como éste, con el peligro de dar origen a equívocos extremadamente peligrosos.

Abandonarlo todo, de acuerdo. Desembarazarse del propio «yo» en sus aspectos egoístas y negativos, que representan un obstáculo a la acción divina.

Pero no olvidemos en casa, por favor, el personaje verdadero. En la búsqueda de Dios hay que llevar consigo, sobre todo, a sí mismo. Cuidado con olvidarse de sí mismo poniendo en la maleta una máscara en lugar del propio ser auténtico.

Se va en dirección hacia Dios con la realidad concreta del propio ser, no con una contrafigura, una caricatura, una sombra, o una personalidad artificial.

Permitidme, a este respecto, una cita verdaderamente larga. Pero se trata de una página «ejemplar», que da en el blanco con una rara precisión <sup>5</sup>.

5. Del volumen de Y. RAGUIN, *Cammini di contemplazione*. Un libro que te aconsejo vivamente, convencido de que te ofrezco con ello un manjar sustancioso, preparado por uno que cuenta con las mejores condiciones para hablar de ciertas realidades.

«¿Qué llevar consigo? Toda la realidad propia nada menos y nada más. Muchos no parten más que aparentemente. Llevan consigo solamente un fantasma de sí mismos, un retrato idealizado. Se refugian en lo seguro, todavía antes de comenzar el camino... Se forman una persona artificial, algo prestado, a base de libros y lecturas, y a este robot, a esta sombra de sí mismos la mandan a la búsqueda de Dios. Ellos no intervienen nunca verdaderamente con todo su ser en la experiencia. Cuando inician la marcha hacia Dios son ya una especie de santo artificial, un personaje construido a base de tratados de perfección. Envían, pues, un duplicado de sí mismos a intentar la aventura y se asombran después de no obtener de todo esto más que una pura desilusión.

«Al partir, hay que cargar el asno propio de todo lo que se posee y emprender la marcha con todo lo que uno es: el propio esqueleto, el propio espíritu, el alma propia. Es necesario tomarlo todo, las grandezas y las debilidades, el pasado de pecado y las grandes esperanzas para el futuro, las tendencias más bajas y violentas... todo, todo, puesto que todo debe pasar a través del fuego. Todo debe ser en suma integrado, a fin de lograr hacer de sí un ser humano, capaz de entrar con alma y cuerpo en el conocimiento de Dios.

«Dios quiere para sí un ser real que sepa llorar y gritar bajo la acción de su gracia purificadora. Quiere un ser que conozca el precio del amor humano y la atracción del otro sexo. Quiere a un ser que sienta también el deseo violento de resistirle ¿por qué no? Es un ser humano real y verdadero lo que Dios quiere ver delante de sí, sin lo cual su gracia no tendrá nada que transformar.

«Y el mal está aquí precisamente: muchos entre los que se entregan a Dios, han ofrecido simplemente a la divina tarea una personalidad tomada en préstamo... No hay que asombrarse si un día advierten que ellos están hechos para otra cosa.

«Los responsables no son siempre los que se ponen en camino, sino aquellos que conducen y guían por estos caminos. Insistiendo sobre el formalismo pietista de la entrega a Dios, impiden que el alma se comprometa del todo en la búsqueda de Dios. En el débil y desmedrado personaje a que queda reducida el alma, Dios no encuentra ya aquella fuerza de vida y de actividad que él puso en su creación. Se le hace jugar con santos de escayola, a los que a lo sumo Dios podrá decorar el rostro».



## LO QUE HA SUCEDIDO HA SUCEDIDO A OTRO

No hay mucho más que añadir. Desearía subrayar solamente esta observación: «No hay que maravillarse si un día se dan cuenta de que están hechos para otra cosa».

Ciertos derrumbamientos, ciertas decepciones se explican fácilmente si se tiene en cuenta esta ambigüedad inicial.

El que partió para la aventura no era el ser auténtico, sino una personalidad prestada, falsa, improvisada. Ha habido como un desdoblamiento de la persona. Ha partido la persona artificial, con una máscara postiza, mientras que ha quedado «congelada» la personalidad auténtica. Bloqueado, menospreciado el ser concreto, ha sido mandada hacia adelante, a lo loco, la contrafigura, a lo mejor haciéndose la ilusión de que el otro resistiese detrás. En realidad, entre los dos, no había relación alguna, ninguna comunicación, ningún mutuo influjo. Resultaban realmente dos desconocidos.

En un momento determinado del viaje, ha caído la máscara, se ha derrumbado la personalidad prestada. Y ha sobrevenido una sensación de desencanto, de fracaso.

Pero aquí hay derecho a dudar: ¿quién ha realizado la experiencia de Dios? ¿el personaje verdadero o la copia? Y si ha sido la personalidad prestada la que ha fracasado, mientras que la persona real ha permanecido en el punto de partida ¿cómo se puede hablar de decepción?

Es necesario, más bien, reconocer honradamente que la experiencia *no se ha intentado todavía*. De hecho, lo que ha sucedido, le ha sucedido a otro. Nosotros no interveníamos absolutamente.

En tal caso es obligado volver al punto de partida, recuperar lo que habíamos olvidado (y decid si ello era poco...) y volver a partir, como si fuese la primera vez, pero con nuestro ser auténtico, con el verdadero.

Dios nos espera a nosotros, no a otra persona. Quiere obrar, transformarnos a nosotros, nuestra realidad más verdadera. No quiere nada con esas imágenes sin sangre, fofas, con esos andamiajes postizos, esas figuras «prefabricadas», que son construcciones precarias, actitudes espirituales por lo menos ambiguas.

## LOS «SALTOS» SE PAGAN CON LOS RESBALONES

Al llegar aquí me parece oportuno insistir en la delicadeza que supone el período de formación. Los responsables de los educandos, de los noviciados, etc., deben alentar un crecimiento «natural», no artificioso de la persona. Para esto me parece que se requieren dos condiciones esenciales: el respeto y la discreción.

Es demasiado fácil, en determinados ambientes especiales, imponer comportamientos a los que no corresponden convicciones profundas, actitudes externas sin verdadero arraigo en una realidad interior. El resultado suele ser una maduración precoz, pero lograda de manera artificial y sucede como con toda maduración apresurada, que no sigue el ritmo natural, y está destinada a producir frutos que no tienen verdadero sabor, y en cualquier caso, se halla expuesta a un fácil deterioro, apenas sufre el choque con una realidad... real.

En materia de crecimiento espiritual, como en la naturaleza, no se dan «saltos». Y si se tiene la ilusión de poder darlos, pronto o tarde se paga la presunción con vergonzosas caídas.

Hay unas etapas de maduración que deben respetarse, leyes psicológicas que no pueden despreciarse.

El crecimiento espiritual, para que sea real y seguro, y para que ofrezca garantías de perseverancia en el futuro, debe ser armónico, gradual, sin plazos impuestos desde fuera. La intervención externa no puede suplantar de ninguna manera el ritmo interno, o hacer que se descuide el proyecto personal, original, propio de cada individuo.

«La verdadera influencia no consiste en modelar desde fuera el espíritu de otro a nuestra semejanza, sino en despertar en él al artista latente, que ha de esculpir desde dentro una estatua, imprevisible para nuestra imaginación y quizás también extraña a nuestros deseos» (Thibon).

Desde luego ha de contarse con el espíritu de fe. Pero la fe no contradice nunca a la psicología, ni la sustituye.

De acuerdo completamente con la generosidad sin reservas, el abandono total en Dios. Pero todo esto no excluye un cerebro que piensa, una inteligencia que reclama y proporciona justificaciones, una pedagogía que evita la intervención forzada, y respeta la libertad y la espontaneidad, al menos tanto como la respeta el mismo Dios.

Si ciertas formaciones «artificiales» pueden dar resultados inmediatos absolutamente entusiasmantes, no olvidemos que estos resultados precoces se pagan después, casi siempre, con sorpresas más bien amargas (pero bastante previsibles, al menos para quien posee un mínimo de conocimiento de los mecanismos psicológicos y de los diversos condicionamientos psicosomáticos).

En tales casos, quizás alguno exclama asombrado:

—¿Quién lo hubiera dicho? Antes no se había mostrado de esta suerte. Al contrario, cuando estaba en el noviciado, parecía...

Precisamente, toda la cuestión está en este «parecía». De hecho era... otro. Entonces había una personalidad artificial, bosquejada sobre modelos prefabricados. Se trabajaba (uno se hacía la ilusión de trabajar) con una figura impuesta desde fuera, que no encajaba, no se adaptaba absolutamente al ser verdadero, profundo, original.

Repito: la discreción, el respeto, la paciencia, el comprobar que se está actuando con un sujeto real, no con un modelo idealizado y uniforme, son las principales cualidades de un educador, que no quiera llevar contrafiguras o sombras al encuentro con Dios.

SI QUIERES CONVERTIRTE EN OTRO  
COMIENZA A SER TU MISMO

Pido excusa por la digresión, que sin embargo no se refiere solamente a las responsabilidades directas en las casas de formación o noviciados religiosos. Todos en realidad debemos colaborar en la formación y desarrollo de los demás (y todos nos encontramos siempre en período de formación, y aun en fase de maduración).

En cualquier caso, volviendo al punto de partida: recuerda que no has de olvidarte de ti mismo.

¡Qué dolor sería si, al llegar delante de Dios, él no te reconociese! Y te preguntase: ¿quién eres?

Entonces te darías cuenta del imperdonable descuido. Has dejado algo en casa. Nada menos que te has olvidado de ti mismo. Y es natural que Dios te diga: «No te conozco».

Para evitar una sorpresa de este calibre, confíate totalmente, tal como eres, a aquel que ha recorrido el camino en los dos sentidos. Cristo es el experto por excelencia en caminos.

Por eso, más que escuchar a muchos maestros, fíate de él, que es el camino, la verdad y la vida.

Pon tu mano en la suya. Y parte tranquilamente.

Tu «compañero de viaje» no se va a asombrar por tus dudas, tus miedos, tus repulsas, tus cansancios, tus resistencias o protestas. Te acepta como eres.

Quiere trabajar con un material auténtico, no con una imagen perfecta.

Mucho mejor una mano que da algún fuerte empujón que un fantasma borroso.

Mejor una persona a quien se da un pisotón y grita, que un robot con un programa completo y puntual.

Mejor un individuo que tropieza y llega a caer, deshecho por el cansancio que un maniquí irreprochable.

En suma, Cristo, tu compañero de viaje, te prefiere a ti, no... al otro. Después, te irá transformando en otro. Lentamente, pacientemente, por medio de un trabajo incesante, objetivo, pero siempre respetuoso de tu libertad y de tu particular psicología.

En conclusión: si quieres convertirte en otro, comienza por ser del todo tú mismo.



# Dios no provoca un ligero dolor de cabeza

Y se entristecieron mucho (Mt 17, 23).

¿Podéis beber el cáliz que yo voy a beber? (Mc 10, 38).

Entonces Tomás, llamado el mellizo, dijo a los otros discípulos: vayamos también nosotros a morir con él (Jn 11, 16).

## LA QUE NO REGRESÓ

Desearía comenzar esta vez con una leyenda.

Una tarde, en un prado, se reúnen numerosas mariposas. De golpe, en la casa vecina, se ilumina una ventana.

Las mariposas se sienten picadas de la curiosidad de conocer a fondo aquel fenómeno.

Marcha una mariposa a hacer una exploración. Se dirige rápidamente a la ventana, entra en el rayo de luz y desaparece dentro.

Poco después está de regreso. Y cuenta, en tono dramático, a las compañeras que la acosan a preguntas:

—Es difícil explicaros lo que es la luz. De todos modos, una cosa terrible. Yo me acerqué un poco, pero llegó un momento en que aquella llama me deslumbró y tuve que salir huyendo para no quedarme ciega...

Entonces sale lanzada la segunda mariposa, decidida a profundizar más en el misterio.

Cuando regresa a la base, parece aterrorizada:

—Lo he pasado muy mal. Me acerqué a la luz todo lo más que pude. Pero fui envuelta en una llamarada luminosa. Por momentos sentí que se me quemaban las alas. Me he salvado de milagro.

No puedo deciros otra cosa: aquella luz despide fuego, un calor rusiente. Es peligroso acercarse demasiado...

—Se resumen los resultados: luz cegadora, calor terrible... ¿Y después?

Sin pensarlo mucho, una tercera, que hasta entonces había permanecido silenciosa, despega del prado, decidida a saberlo todo, cueste lo que cueste. Las compañeras se quedan mirando fijamente aquel rectángulo luminoso.

En cierto momento advierten un resplandor más vivo, la luz se ha hecho de pronto más intensa, como una llama alimentada por un suplemento de combustible...

La compañera, naturalmente, no regresará.

Pero las que quedan, ahora, han comprendido lo que es la luz. Y cuál es el precio que hay que pagar por «profundizar» en el fenómeno.

## UNA CURA RADICAL

Para evitar equívocos, me siento en la obligación de advertiros. Dejémosnos de ilusiones. Ten presente que el encuentro con Dios es peligroso. Nunca es cosa inocua. Es siempre un acontecimiento desconcertante.

«Después de haber visto a Dios, el hombre puede morir; pero no se sentirá ciertamente sólo un poco indispuerto, como para tomar una medicina o llamar al médico». Lo decía Chesterton. Pero tenía válidos argumentos, proporcionados por la Escritura nada menos.

«Y añadió Yahvé: pero mi rostro no podrás verlo; porque no puede verme el hombre y seguir viviendo» (Ex 33, 20). Y Moisés debió sentir, al oír aquellas palabras, que un gélido escalofrío le recorría la espalda.

San Pablo que debía contar con una cierta experiencia personal en esta materia, confiesa sin medias palabras: «Es espantoso caer en las manos de Dios vivo» (Heb 10, 31).

Bonhoeffer, por su parte, afirma categóricamente: «Cuando Cristo llama a un hombre, le ordena ir a la muerte».

Toda experiencia religiosa es un hecho que no origina solamente ligeros cambios de postura, pequeñas sacudidas superficiales, o leves modificaciones en el equilibrio de nuestra vida. Es un auténtico terremoto. Mejor: «una cura radical»<sup>6</sup>. Y nos-

6. La expresión es de S. Kierkegaard, que la refería al cristianismo en general.

otros lo sabemos tan bien, olfateamos de tal manera el riesgo, que intentamos retrasarla el mayor tiempo posible, o nos buscamos alguna otra cosa que la endulce, que la haga más fácil de pasar, como sucede con el aceite de hígado de bacalao que el niño se ve obligado a tomar.

Me detengo aquí. Quiero darte hoy más tiempo para la reflexión.

Por otro lado, el tema exige sobre todo un análisis preciso y claro de tu parte, y una respuesta rotunda.

Yo me he limitado a avisarte acerca de lo que te vas a encontrar.

Ten presente que Dios es «peligroso». El encuentro con él es siempre desconcertante y no se reducirá a un intercambio de cortesías y banalidades, ni siquiera terminará en «una identidad sustancial de puntos de vista», como suele suceder en los encuentros entre grandes personajes de la política.

Tu vida será sacudida en su misma raíz. Al principio no te entenderás ya siquiera a tí mismo. Todo ha sido trastornado, el cataclismo ha producido un gran desbarajuste.

El te pedirá mucho sin duda. Insinuará pretensiones «imposibles». Te pedirá todo. No se contentará ciertamente con migajas y retazos.

Después de precisar cuanto precede ¿te sientes en condición de proseguir?

¿No tienes por casualidad miedo?

La respuesta, en este momento, no puedo darla yo en tu lugar, naturalmente.

Para tu consuelo, te cito los versos de un poeta que expresa bien esta lucha, en la que solamente el que pierde puede considerarse victorioso:

Hiere mi corazón, oh Dios Trino,  
 porque tú, hasta ahora,  
 no haces más que llamar, respirar,  
 lucir e intentar reparación.  
 A fin de que yo pueda levantarme y estar derecho,  
 abáteme y emplea tu fuerza en romper,  
 en herir,  
 en quemar  
 v en hacerme nuevo.

Yo, como ciudad usurpada,  
 que espera a otro,  
 me esfuerzo por hacerte entrar.  
 ¡Pero en vano!  
 La razón, representante tuyo en mí,  
 debería defenderme,  
 pero ha sido hecha prisionera  
 y se muestra débil y falsa.  
 Aun cuando te ame profundamente,  
 y con gusto sería amado,  
 estoy desgraciadamente ligado a tu enemigo.  
 Libérame, deshaz y rompe este nudo.  
 Tómame contigo,  
 aprésame,  
 porque yo no seré jamás libre,  
 si no me haces tu esclavo,  
 no seré jamás casto,  
 si tú no llegas a violentarme (J. Donne).

# No siempre viene Dios con nosotros a la iglesia

Por eso, también vosotros estad preparados, porque, en el momento que no penséis, vendrá el Hijo del hombre (Mt 24, 44).

Señor, ¿cuándo te vimos hambriento?... ¿cuándo te encontramos forastero?... ¿cuándo te descubrimos enfermo?... (Mt 25, 37-39).

Al amanecer, estaba Jesús en la orilla, aunque los discípulos no sabían que fuese él (Jn 21, 4).

## DOS CONSEJOS PARA EL VIAJE

Reemprendemos el viaje, suponiendo que hayas superado —como espero— la tentación del miedo y que te encuentres en condiciones de proseguir, más aún de llegar hasta el fin.

En tal caso, tengo que darte dos consejos:

- mantén los ojos bien abiertos;
- no te detengas nunca.

«En cualquier parte encontrarás a Dios, a condición de que no te detengas en ninguna» (Thibon). Esta paradoja expresa exactamente la realidad de nuestro caminar de buscadores de Dios: disponibilidad para el encuentro que siempre está bajo el signo de la sorpresa, y rechazo de toda organización.

Es problema de atención, de mirada penetrante. Y sentido de lo provisional.

Puntualidad y actividad incansable.

Estupor frente a lo imprevisible del encuentro; e insatisfacción que empuja inmediatamente a buscar más allá.

Maravillosa espera.

Alegría y deseo.

La exigencia de fijar un lugar obligado para el encuentro y la pretensión de instalarse allí como en posesión exclusiva, pacífica y definitiva, representa la descalificación para un «buscador de Dios».

## LOS OJOS Y EL CORAZÓN ABIERTOS DE PAR EN PAR

Ante todo: disponibilidad para el encuentro en cualquier lugar y en cualquier circunstancia, aun en las desfavorables.

Porque Dios no sigue itinerarios obligados. Te lo puedes encontrar al lado, llegado allí quién sabe cómo, en el momento en que menos te lo esperabas.

Dios nos sorprende siempre.

Dios no tiene la costumbre de hacerse anunciar.

Si la búsqueda de Dios fuese simplemente cuestión de «conocimiento», entonces un investigador debería dirigirse obligatoriamente a la biblioteca. Los libros serían el campo de exploración y allí lo encontraría todo.

La búsqueda de Dios, en cambio, no se limita al conocer, sino que llega hasta el *reconocer*.

En tal caso, la biblioteca no basta. Se necesita la calle, el sol, el aire libre, la gente, todos las personas con que me cruzo en el camino.

Dios no es una idea. Por eso las informaciones sobre él no debo buscarlas en los libros (o, de todos modos, no pararme en los libros).

Dios es una persona. Y a una persona se la encuentra, no al término de un docto razonamiento, sino al término de un camino recorrido, con los ojos y el corazón abiertos de par en par.

No es fácil reconocer a Dios. Porque él ha tomado la costumbre de viajar de incógnito, de semejar otro, de aparecer como un cualquiera. Inmediatamente después de la *resurrección*, es el *jardinero* para María de Magdala, un *caminante* para los dos de Emaús, *uno que pide de comer* para los discípulos que estaban pescando.

Parece que le haya tomado gusto a los disfraces más impensados, quizás para comprobar nuestra capacidad de «reconocimiento».

## LA RELIGIÓN DE LOS ROSTROS

El patriarca Atenágoras ha podido afirmar que «el cristianismo es la religión de los rostros»<sup>8</sup>. Exacto. Aunque muy comprometido.

Buscador de Dios es, pues, el que sabe reconocerlo a través del rostro de uno que tiene hambre, que tiene sed, que está enfermo, solo, que se presenta como un pobre harapiento, un desconocido, tal vez que se encuentra detrás de las rejas de una cárcel.

La atención resulta así una cualidad esencial del buscador de Dios. Atención en todas las direcciones —sin excepción alguna— hacia los mensajes que pueden llegar de todas partes.

Me parece muy oportuna, a este propósito, la observación de un teólogo americano que comenta de este modo las preguntas, asombradas, de aquellos que en el día del juicio protestan «¿cuándo te hemos visto, te hemos encontrado?»...: «Señor, ¿cuándo te hemos visto en un film y no te hemos escuchado? ¿Cuándo te hemos encontrado en una novela y no hemos aprendido nada de ti? ¿Cuándo te hemos observado en un cuadro, en una fotografía, y no hemos sufrido contigo? ¿Cuándo te hemos admirado en una caricatura de periódico y no hemos reído contigo?»<sup>9</sup>.

Si nos diésemos cuenta, a la noche, de a cuántas citas con el Señor hemos faltado, por una distracción banal, o acaso por nuestros incurables prejuicios, nuestras estultas prevenciones, durante el día, entonces no nos lamentaríamos más de su ausencia y de nuestra aridez... Cristo estaba allí. Y nosotros no nos hemos dado cuenta, no hemos sabido descubrir su rostro en aquellas personas que han pasado junto a nosotros o nos han molestado con sus peticiones, no hemos sabido descifrar su mensaje en aquellas palabras que hemos escuchado, con cortesía o suficiencia...

«¡ES EL SEÑOR!»

Un sacramento fundamental de la presencia de Dios en medio de nosotros es, pues, el del rostro. El rostro de otro. Un rostro cualquiera.

En los salmos se expresa con frecuencia esta angustiada petición por parte del creyente:

8. Cf. O. CLÉMENT, *Dialoghi con Atenagora*, Torino.

9. R. L. SHORT, *Le parabole dei Peanuts*, Milano.

«¡Haz brillar sobre nosotros la luz de tu rostro!» (Sal 4, 7).

Y él podría objetar: «Pero si te obstinas en cerrar los ojos ¿cómo puedo mostrarte mi rostro? Te he encontrado, por ejemplo, hace poco por la calle, en el pasillo, y has fingido que no me veías. Era un extraño para ti. Un importuno. Y has seguido adelante. Tenías prisa. Quizás tenías que venir aquí a implorar: ¡Haz brillar sobre nosotros la luz de tu rostro!... ¡Qué ironía!».

Y más todavía:

«¡Yo busco tu rostro, Señor» (Sal 27, 8).

¿De verdad? De todas maneras: ¿dónde lo vas a buscar?

«¡No me escondas tu rostro!» (Sal 27, 9).

¿Y si fueses tú el que vas a esconderte para no ver?

«¿Cuándo podré ir a ver el rostro del Señor?» (Sal 42, 3).

Inmediatamente, si quieres. Depende de ti.

«Que brille tu rostro y nos salve» (Sal 80, 4).

Sería más exacto decir: ...y nosotros perderemos la paz. De todos modos, enciende tú, más bien, la lámpara de tu fe. Y no te será difícil reconocer el rostro de Dios, aunque esté oscuro, desfigurado, poco atractivo...

Juan tiene todos los títulos para ser invocado como patrono de los buscadores de Dios. El, sí, ha logrado descifrar su rostro, mientras los otros no le habían reconocido.

«Jesús se apareció a los discípulos a orillas del mar de Tiberiades. Sucedió así:

—Voy a pescar —anunció Simón Pedro a Tomás, el mellizo, a Natanael de Caná de Galilea, a los hijos del Zebedeo y a otros dos discípulos de Jesús que se encontraban juntos.

Le respondieron:

—¡Vamos también nosotros!

Se dirigieron, pues, al lago y subieron a la barca. Pero aquella noche nada pescaron.

Cuando llegó el día, Jesús estaba en la orilla, pero los discípulos no lo reconocieron. Jesús se dirigió a ellos:

—Amigos, ¿tenéis algo que comer?

Le respondieron:

—No.

Ordenó:

—Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis.

Hicieron como había dicho. Pero después, por la cantidad de peces cogidos, no tenían fuerzas para sacar la red.

Entonces el discípulo predilecto de Jesús dijo a Pedro:

—¡Es el Señor!

Simón Pedro, al oír esto, se puso el vestido de encima, pues estaba desnudo, y se lanzó al mar...» (Jn 21, 1-8).

Si pudiéramos captar más frecuentemente esta noticia decisiva: «¡Es el Señor!», quién sabe cuántas veces deberíamos arrojarlos al agua. O, más sencillamente, caminaríamos por la calle con los ojos bien abiertos...

#### OPTICA Y ACUSTICA EN ORDEN

Te quiero quitar también la última ilusión. La ilusión según la cual al menos la iglesia es lugar de *encuentro obligado* con Dios.

Advierte un teólogo alemán: «No podemos decir que cuando vamos a la iglesia viene también Dios con nosotros» (Noordmann). ¿Cómo es posible?

La explicación te la puedo proporcionar yo, aun cuando no soy teólogo.

Oyeme. Si te has distraído fuera. Si no has querido o sabido reconocer a Dios por la calle. Si le has descuidado al pasar. Si te has mostrado indiferente cuando él te ha llamado porque tenía necesidad de ti ¿cómo puedes hacerte la ilusión de que él va a sentirse complacido de encontrarte o estar contigo en la iglesia?

Cuando el astronauta Gagarin tuvo la extravagante ocurrencia de decir que, a pesar de los miles de kilómetros que había recorrido en su paseo espacial, no había tenido la fortuna de toparse con el buen Dios, un sacerdote de Moscú replicó:

—Era natural. Si no lo has encontrado en la tierra, no lo encontrarás jamás en el cielo.

Lo mismo se nos puede decir a nosotros. Si no sabemos reconocer a Dios y establecer un contacto con él cuando aparece como uno de nosotros, con una piel y una cara como la nuestra, tenemos pocas posibilidades de encontrarlo de otra manera. Y, de todos modos, difícilmente podremos soportar su mirada en un eventual e inquietante «cara a cara».

Las faltas de atención fuera, se pagan inevitablemente con la ausencia de Dios en la iglesia (del mismo modo que la escasa atención prestada a Dios en la iglesia provoca trágicas distracciones por la calle).

O estás disponible para el encuentro a lo largo de la calle, o de lo contrario estás en peligro de encontrarte solo en la iglesia.

Dios en realidad ha estado allí, a la espera. Donde tú no te has dado cuenta de su presencia.

Alguien ha hecho la observación de que el cristianismo es esencialmente cuestión de óptica y acústica.

De manera especial el que se dedica a la búsqueda de Dios debe estar en regla lo mismo con la óptica que con la acústica.

O sea, capacidad para descubrir, o intuir la cara de Dios, aun en pésimas condiciones de visibilidad.

Y capacidad para percibir su mensaje, captar la señal de su presencia, en donde quiera que sea transmitido, en cualquier longitud de onda, desde cualquier estación emisora (aunque no esté autorizada).

Un célebre maestro del moderno hasidismo hebraico dice:

«El hombre es lenguaje de Dios».

A condición, con todo, de que haya oídos capaces de abrirse, y ojos capaces de ver.

#### Y NO ME DEJES CAER EN LA DISTRACCIÓN

Señor, por la mañana, cuando mis ojos se abren a la luz y a las novedades del día que nace, haz que se abran también a las novedades y a las sorpresas imprevisibles de tus encuentros.

Dame ojos nuevos para verte,  
para reconocerte

en todos los rostros que se cruzan en mi camino.

Proporcióname ojos nuevos. Los ojos de antes no me sirven ya. No puedo fiarme de ellos.

Señor, tengo necesidad de ojos nuevos para reconocerte, desde el momento que tú has adoptado la costumbre de viajar de incógnito y de semejar siempre... otro.

...Y no me dejes caer en la distracción.

Mas líbrame del atolondramiento.



Pedro hizo esta propuesta a Jesús:  
Maestro, sería una estupenda cosa quedarnos aquí. Vamos a hacer tres tiendas...  
Pero Pedro no sabía lo que estaba diciendo (Mc 9, 5-6).

## ALGUIEN QUE ESPERA

Abrir los ojos. Mirar, contemplar, reconocer. Es la primera exigencia, el primer consejo para el viaje.

E inmediatamente después la otra exigencia, el segundo consejo: no detenerse.

Un buscador de Dios debe evitar el pararse en las cosas.

Hay una leyenda rabínica que habla de un inmenso palacio, con innumerables corredores y muchísimas puertas. Detrás de cada puerta, un tesoro.

El visitador, que tiene la posibilidad de alargar la mano y arrebatarse el tesoro, ciertamente no deja escapar la ocasión.

Así no siente ya la necesidad de continuar.

Y sin embargo, al término del corredor, está el rey que espera para recibir a aquellos que piensan en él y no en sus tesoros...

## PROHIBIDO DESPRECIAR

Entendámonos. No se trata de «despreciar los bienes de la tierra» —según la ambigua expresión que, desgraciadamente, teníamos que leer en ciertas oraciones del misal—; sino de evitar que ellos nos frenen, nos hagan detener en nuestra marcha, se

conviertan en obstáculos en vez de ser trampolín de lanzamiento.

«Desprecia» las realidades terrestres aquel que las ordena al propio yo últimamente, al propio placer, y es incapaz de transformarlas en camino hacia Dios, en vehículo de amistad. Pero este «desprecio» es pecado, no mérito.

Más que despreciar las cosas, es necesario comprometerlas, hacerlas cómplices de nosotros mismos, aliadas, instrumentos para la búsqueda de Dios.

Depende del modo como nos acercamos a ellas —con ojos ávidos o más bien contemplativos— el que las cosas se conviertan en obstáculo, muro, prisión, o medio, participación, estímulo, indicación, libertad.

Depende de nuestra mirada el que las realidades terrestres sean opacas o transparentes.

Una cierta actitud torcida en relación con estas realidades me parece que depende de una colocación equivocada: las realidades del cielo, arriba; las de la tierra, abajo (por consiguiente se pueden pisotear...). En cambio, la perspectiva exacta es ésta: las primeras van *delante*; las otras deben... alcanzarlas. Y esto gracias al hombre. El hombre, en realidad, tiene la vocación de *conducir hacia adelante* las realidades terrestres, renunciando a gozar de ellas egoísticamente. Es solamente el gozo egoísta el que condena tales realidades a permanecer como terrestres, las «bloquea», y el hombre es detenido y bloqueado con ellas.

Ciertamente, un modo seguro para no pararse en las cosas, consiste en transformarlas en sacramento de comunión con los hermanos. Un bien «congelado» en cuanto poseído, se convierte en impedimento, freno y cadena. Un bien «compartido» con los otros se convierte en sacramento del encuentro con Dios.

Solamente los bienes poseídos egoísticamente son causa de la separación de los hermanos y de Dios.

Los bienes compartidos engendran la comunión y favorecen el encuentro.

Solamente el acaparador es esclavo, porque es a su vez acaparado, reclamado por las riquezas.

El que comparte, en cambio, impulsa las cosas creadas a convertirse en sacramento de la presencia de Dios e instrumento de comunión con los hermanos. En la liturgia es precisamente esto lo que acontece: una palabra, un gesto que obliga al agua, al vino, al aceite, al pan a ser signo, vehículo de una realidad superior. Todo lo contrario del desprecio. Se trata de empujar a las criaturas a ser más de lo que son, a hacerlas capaces de expresar un valor de salvación.



## DIFERENCIAS

La diferencia se da, pues, entre quien pone el corazón en las cosas (o deja que las cosas, según una trayectoria natural, pasen de las manos al corazón, y allí ocupen todos los centros de mando...) y el que, en cambio, constriñe las cosas a convertirse en partícipes, cómplices y expresión del propio corazón.

Podemos decir que la diferencia está entre el capitalista y el «liturgo».

Entre el usurpador, el conquistador y el hermano.

Entre el hombre económico y el hombre de la amistad y del encuentro.

Entre el profanador y el contemplativo.

Entre el que pide a los bienes terrenos seguridad y el que exige de ellos «comunicación».

El primero, pasando por las cosas, se detiene y se aísla.

El otro camina y se abre.

El primero tiene y rechaza.

El segundo da y se ensancha.

El primero se apropia de las cosas y permanece en la superficie de todo.

El segundo descubre la verdad profunda de las cosas.

El primero dispone de las riquezas.

El segundo es dueño de sí mismo.

El primero es un excomulgado, es decir, separado.

El segundo comunica con todo y con todos.

El primero acumula.

El segundo camina.

La única manera, por tanto, de no pararse ante las cosas, consiste en llevarlas adelante con nosotros mismos, arrastrarlas en nuestra aventura.

El buscador de Dios superará la tentación de detenerse solamente si es capaz de transformar las realidades terrestres en «signo» y en «don».

Así se evitará una vez más el peligro del estorbo.

## ¡AY DE LOS SATISFECHOS!

No detenerse ante las cosas.

Pero no detenerse tampoco frente a la verdad que uno cree haber descubierto.

¡Ay de los satisfechos en esta materia!

Algunos dan la impresión de que se han organizado y han descansado en la verdad. Es legítima, sin embargo, la duda expresada por Thibon en estos términos: ¿Es la posesión de la verdad el fundamento de tu descanso, o es el amor del descanso el que da origen a tu verdad?

Para muchos se trata sin duda de un amor entrañable —aunque inconfesado— al descanso, a la seguridad, a la estabilidad, más que de amor a la verdad. Esta última, en realidad, engendra nó-madas, no sedentarios.

Ser creyentes quiere decir ser incansables buscadores de Dios, no propietarios de Dios.

«Para el creyente Dios no es una propiedad, no es un objeto de bolsillo, sino que es una persona que no llega a ser nunca encontrada para siempre, de la que se tiene sed. Dios es la fuente de la que se tiene sed. Los creyentes son un pueblo que camina por el desierto hacia Dios»<sup>10</sup>.

La imagen más expresiva, a este respecto, nos es dada por el fenómeno que produjo curiosidad en Moisés:

«Vio que la zarza estaba ardiendo, pero que no se consumía» (Ex 3, 2).

Justamente se ha observado que la llama, probablemente, estaba más en la imaginación de Moisés que en el zarzal.

De todos modos, la imagen expresa muy bien la *insaciabilidad* de un buscador de Dios.

Señor, quiero ser siempre uno que te busca.

Y, después de haberte encontrado, busca todavía, en todas partes.

Líbrame de la ilusión de «tenerte» de una vez para siempre.

Concédeme la fuerza, el coraje, de volver a comenzar la búsqueda cada día.

Cada día debo buscarte, encontrarte, y hacerme encontrar por ti.

10. E. BIANCHI, *Il corvo di Elia*, Torino 1973.

Y haz que aparezca, a los ojos de los hermanos, no como un rico que posee la verdad y se digna exponerla desde una cátedra de privilegio y presunción, sino como uno que se une a ellos humildemente para buscarte en compañía.

Te regalo, para concluir, una página singular que sintetiza admirablemente lo que he intentado decirte en estos dos capítulos.

«Es el Dios siempre en acecho. Cuando crees que lo tienes delante, está detrás de ti y te agarra por la espalda; cuando piensas tenerlo en las manos, se te ha escapado y te precede muchos kilómetros; cuando jurarías que lo has perdido y estás bajo la más negra angustia, he aquí que está muy cerca envolviéndote en el manto de su misericordia; cuando el mal te ha vuelto negro, está allí delante con el pincel empapado de gracia, y solamente pide poder pintarte y dejarte como nuevo; cuando el bien se te ha subido a la cabeza, hace caer una teja sobre ella a fin de que bajes algunos escalones.

«Cuando tu corazón se adormece, él entra dentro como el gusano de la manzana, y roe, roe hasta que vuelvas a experimentar aquella sed de él, que es la que solamente te hace vivir, mientras que te hace morir; cuando tus ojos se posan sobre algo que te parece el colmo de la felicidad, él te lo empalidece enseñuado, y aquello que te parecía importantísimo se hace banal, pobre, frente a la fuerza de su seducción; cuando has acumulado dinero y desearías dormir sobre una almohada de billetes de banco, te lo reduce todo a ceniza; entonces te das cuenta de que dormir en tierra no sólo hace bien a tu espíritu, sino también a tu cuerpo.

«El ha sembrado el mundo de estrellas, de luces y colores, y está contento de que las recojas; pero ¡ay de ti si te llenas la alforja!: te la descose y te encuentras con el saco vacío. Sólo si le pones dentro a él —que tiene un peso «suave y ligero»— podrás volver a cargar sobre tus hombros las alforjas»<sup>11</sup>.

11. FRÈRE HILAIRE, *Le suore del divin sorriso*, Torino.

## El Dios que nos llama por nuestro nombre

Yahvé desde el seno materno me llamó;  
desde las entrañas de mi madre recordó mi nombre  
(Is 49, 1).

El Señor hará oír su voz gloriosa  
en la alegría de vuestro corazón  
Liturgia del segundo domingo de adviento).

# Alguien te ha arrojado fuera de tu casa

Y vivo, pero no yo, sino que es Cristo quien vive en mí (Gál 2, 20).

## LA MUÑECA QUE QUERÍA SABER...

Una leyenda budista.

Quería ver el mar a toda costa. Era una muñeca de sal, pero no sabía lo que era el mar.

Un día decidió partir. Era el único modo de poder satisfacer su deseo.

Después de un interminable peregrinar a través de territorios áridos y desolados, llegó a la orilla del mar y descubrió una cosa inmensa, fascinadora y misteriosa al mismo tiempo. Era el alba, el sol comenzaba a iluminar el agua encendiendo tímidos reflejos, y la muñeca no llegaba a entender.

Permaneció allí firme, largo tiempo, como clavada fuertemente sobre tierra, con la boca abierta. Ante ella, aquella extensión seductora.

Se decidió al fin. Preguntó al mar:

—Díme: ¿quién eres?

—Soy el mar.

—¿Y qué es el mar?

—Soy yo.

—No llego a entender, pero lo desearía tanto... Explícame lo que puedo hacer.

—Es muy sencillo: tócame.

Entonces la muñeca cobró ánimos. Dio un paso y avanzó hacia el agua. Después de dudarle mucho, tocó levemente con el pie aquella masa imponente. Obtuvo una extraña sensación. Y, no obstante, tenía la impresión de que comenzaba a comprender algo.

Cuando retiró la pierna, descubrió que los dedos del pie habían desaparecido. Quedó espantada y protestó:

—¡Malo! ¿Qué me has hecho? ¿Dónde han ido a parar mis dedos?

El mar replicó imperturbable:

—¿Por qué te quejas? Simplemente has ofrecido algo para poder entender. ¿No era esto lo que pedías?

La otra insistía:

—Sí... verdaderamente, no pensaba... pero...

Reflexionó un poco. Luego avanzó decididamente dentro del agua. Esta, progresivamente, la iba envolviendo, la arrancaba algo, dolorosamente. A cada paso la muñeca perdía algún fragmento. Cuanto más avanzaba se sentía más disminuida de alguna porción de sí misma, y le dominaba más la sensación de comprender mejor. Pero no conseguía aún saber del todo lo que era el mar.

Otra vez repitió la acostumbrada pregunta:

—¿Qué es el mar?

Una última ola se tragó lo que quedaba de ella. Y precisamente en el mismo instante en que desaparecía, perdida entre las olas que la arrastraban llevándosela no se sabe dónde, la muñeca exclamó:

¡Soy yo! <sup>1</sup>.

No hay otra salida. Tu aventura de «buscador de Dios», para ser completa, debe desembocar en esta «desaparición».

No es posible saber algo acerca de él, manteniéndose a una respetuosa distancia, por miedo de perder en la demanda.

No entenderás nunca nada si te mantienes «en tus trece» y rehusas dejarte arrastrar.

El precio del conocimiento es este «desaparecer en él», y no otro precio reducido.

A Dios se le encuentra solamente perdiéndose en él.

«Para que el beso de Dios toque los labios del peregrino sediento de absoluto, se requiere que el *yo individual* no tenga ya donde reposar la cabeza, queme resueltamente todo artilugio que le mantenga ligado a sí mismo, muera como entidad separa-

1. Recogida por A. BLOOM, *Prière vivante*, Paris.

da y llegue a ser vida solamente en la inmensidad de la vida divina» <sup>2</sup>.



ME HAN DADO CON LA PUERTA EN LAS NARISES

San Pablo condujo hasta el final esta experiencia. Por lo cual ha podido decir: «Vivo, pero no yo, es Cristo quien vive en mí».

Y he aquí el comentario más estupefaciente que yo haya podido leer de este pasaje de la carta a los Gálatas. Disculpa la larga cita, pero vale la pena, estoy seguro que lo reconocerás.

«No soy yo quien vivo ya: es Cristo el que vive en mí. Este texto me anuncia mi fin. No un fin que vendrá, sino un fin que ha llegado ya. Soy un hombre acabado. Mi *yo* ha terminado. Mi vida es como una casa en la que haya entrado otro... y este otro me ha arrojado fuera. No soy ya dueño de mi casa. Jesús me ha puesto literalmente *fuera de mí*, fuera de mi tiempo, fuera de mis preocupaciones, fuera de mis derechos. Me encontraba en el *centro* de todo, en el bien lo mismo que en el mal (por otra parte, el mal estaba presente también en el bien, escondido como un gusano en el corazón del árbol), pero él me ha empujado fuera: quítate de en medio, que me pongo yo.

«Estaba a punto de escribir una historia, *mi* historia. Había escrito ya el pasado, más o menos largo. Estaba orgulloso o triste, o quizás las dos cosas a la vez. Escribía la página del día, tal como lo veía, como yo creía que era... Y soñaba ya en las páginas que habría escrito después... Me imaginaba lo que *temía* deber escribir y lo que me lisonjaba *poder* escribir... Uno tiene también derecho a acariciar sueños respecto al porvenir. Uno tiene también el derecho de volver a leer aquello que ha escrito.

«Pero él se ha sentado en mi sitio, me ha arrebatado la pluma de la mano diciéndome enérgicamente: —¡Déjalo ya! Tu historia de ahora en adelante es una cosa que me pertenece a mí; me ocuparé yo de ella. Y encima de todo lo que estaba ya escrito, y sobre la página en blanco que esperaba, ha trazado una gran cruz, como signo de gracia y de juicio. Yo me encuentro allí encima, o allí debajo. Pablo dice: sobre la cruz. Yo estoy crucificado con Cristo, y, si vivo, no soy yo ya el que vivo, es Cristo el que vive en mí.

«Jesucristo vive en mí su vida, tal como la cuentan los cuatro evangelios. Allí donde se alzaba el trono desde el cual reinaba

2. G. VANNUCCI, *Meditazioni cristiane*, Torino.

yo sobre mi existencia y dominaba yo sobre mi pequeño universo, se instala él con su jergón lleno de paja de navidad. En el jardín de mi existencia, que siempre procuré que estuviese bien cuidado —cada cosa y cada uno en su propio sitio, todo bien calculado, todo señalado— él te planta su cruz, precisamente en medio. En mi pequeño mundo, bien *clasificado y marcado*, con los puestos rigurosamente reservados a las personas interesantes, a la gente de mi rango, él prepara la mesa para esos sus banquetes equívocos, en los que alterna con determinados individuos, extravagantes, poco católicos... y bastante poco protestantes..., pícaros, publicanos y tipos poco recomendables...

«Ha reclamado para sí la llave de la caja donde guardo los valores negociables. Y ha tomado también la del cofrecito más íntimo, donde están los otros: el amor y la amistad, la simpatía y la misericordia. Es ahora él, el que va a abrir a cualquiera que llame y dé a manos llenas a todo el que pida. El dispone de todo. El es el que hace la distribución.

«Cuando, en vez del *sí* de la verdad, me viene la gana de pronunciar el *no* de la facilidad, me quita la palabra. O tal vez me mira como miró a Pedro después que lo negó. Cuando me esfuerzo por rezar, y no lo consigo y me atormento por ello, entonces me empuja a un lado y toma él mi puesto. Reza *él* en mi lugar, por mí. Y no me queda más que *rezar en su nombre*. Cuando en la renuncia, me siento desconfiado y me falta el valor; cuando, al arreciar la tentación, hago inventario de mis armas: me lo encuentro al lado. A él, que se hizo pobre y ha vencido al demonio.

«Y, finalmente, en la hora más difícil de mi vida, en la hora de la muerte, también entonces me empujará un poco. Y me dirá: —apártate, pequeño, eres sólo un principiante. Yo, en cambio, sé lo que quiere decir, la he probado ya. No tengas miedo. No temas. Cree solamente. O sea: mantente cerca de mí, *agárrate a mí*. No soy yo el que vivo ya: es Cristo el que vive en mí.

«La vida de Jesucristo no es una *biografía*. Por un milagro del Espíritu Santo, puede convertirse en la verdad, la actualidad de nuestra vida cristiana. La vida de Jesús no es nada hasta que no se transforma en la vida de Cristo en mí»<sup>3</sup>.

3. THEO RIEBEL, *Les trompettes de Jéricho*, Taizé, 174 s.

#### PELIGROS DE UNA DESAPARICIÓN PROVISIONAL

El problema radical, pues, resulta el de la desaparición total del propio «yo individual», separado.

Sin este despojo completo, toda vida religiosa, toda experiencia espiritual resulta siempre equívoca.

Algunas personas «virtuosas» no advierten que su «yo» ha desaparecido sólo provisionalmente. En realidad, se ha ocultado sencillamente... bajo el hábito. Vive en clandestinidad —una «clandestinidad» conocida por todos, menos por los interesados— y reaparece, a intervalos debidamente mimetizados, quizás bajo determinados monumentos de virtud satisfecha.

Un análisis, muy lúcido, de este «truco», frecuente por desgracia, ha sido elaborado por un experto más bien serio<sup>4</sup>. Dice este autor: dos son los caminos que sigue el hombre a la busca del despojo:

—El primero consiste en la transferencia del propio «yo» por sistemas seguros, minuciosos, de preceptos y de normas.

—El segundo consiste en perseguir radicalmente un sueño de inmensidad.

El primero no despoja al hombre de su propio «yo individual». Más bien le refuerza, dándole la complaciente satisfacción de haber alcanzado el pedestal del hombre justo.

Por un extraño desenfoque visual, el hombre que sigue esta senda, acaba por ignorar sus propias sombras, excusándolas; rehuye las propias responsabilidades poniéndose bajo el techo protector de las autoridades infalibles y de sus modelos externos de vida. De este modo, llega a encontrarse seguro, por medio de una obediencia ciega y cómoda —no obstante las apariencias— protegido de las tormentas imprevistas de la existencia y de la enseñanza que nace de los propios errores. La complacencia en sí mismo le paraliza, lo vuelve ciego y lo sitúa en una zona cómoda, lejos de toda aventura auténticamente cristiana. Y esta complacencia se obtiene bastante barata, conformándose con normas puramente externas.

El otro camino es la búsqueda de la vida divina, de la negación del propio «yo», de la aceptación del riesgo imprescindible para que el alma no muera el sueño de la inmensidad divina.

4. G. VANNUCCI, o. c. 85.

## CUANDO ME PIERDO, ENTONCES ME ENCUENTRO

Advierte Cristo: «Quien quiera salvar su vida la perderá; pero quien pierda su vida por mí y por el evangelio, la salvará» (Mc 8, 35).

El que es amante de la quietud, de la seguridad; quien se protege contra todo riesgo; el que está satisfecho con su propio orden; el que se complace en la posición adquirida; el que delega en otros las responsabilidades de la propia conciencia y los angustiosos problemas de la propia vida, no tiene madera para ser un buscador de Dios. Su vida bajo el signo de la uniformidad, resulta carente de ímpetu, aburrida. Pertenece a la categoría de las «almas muertas». Queriendo conservarla, pierde la vida.

El buscador de Dios es uno que no tiene miedo de arrojar su alma al peligro. Se abre continuamente a la novedad de Dios. La «superación» es la ley de su vida. Se deja despojar del propio yo, sin oponer resistencia, para ser arrastrado por la fuerza vivificante de Dios, que arrolla todo residuo de cosas viejas y todos los detritos del egoísmo y del «corazón de piedra», para hacer que emerja, una *creatura nueva*, imprevisible.

El perderse a sí mismo de este modo es un encontrarse en la propia imagen más verdadera. La original. «...Y le hizo a su imagen y semejanza». Y ahora lo ha «rehecho», después de todas las desfiguraciones provocadas por el pecado y por la larga huida.

Esta es precisamente la paradoja de esta desconcertante aventura. Tenemos la impresión de desaparecer, de perdersnos. En realidad, perdiéndonos en Dios, nos recuperamos a nosotros mismos, además de encontrarle a él. Y encontrarnos también a los otros.

En el centro reconquistado que es Dios descubrimos las verdaderas relaciones con él, con nosotros mismos y con nuestros hermanos. En Dios se establecen las verdaderas relaciones con todo lo que hay dentro de nosotros y con lo que hay fuera de nosotros. Y todo viene interiorizado.

## SORPRESA FINAL

Hemos caminado mucho. Estamos cansados. Nuestra búsqueda ha sido dolorosa y fatigante.

Ahora, al término del viaje, cuando lo encontramos a él, nos damos cuenta de que era él el que nos estaba esperando. Más todavía, que él nos ha venido al encuentro. El «hijo pródigo» ha caminado sin duda menos que caminó el padre.

Ahora caemos en la cuenta de que el mismo deseo que nos puso en camino, que nos empuja a partir, procedía de él. En él descubrimos la fuente y la satisfacción de nuestra sed.

Durante treinta años  
he caminado a la búsqueda de Dios  
y cuando he abierto los ojos,  
al término de mi camino,  
he descubierto  
que allí estaba él  
que me esperaba (Ferid Ed-Din Attar).

Y yo no era ya yo. Me he convertido en otro. Es decir, en mí mismo.

# Dios sabe esperar ...con un poco de prisa

Me has seducido, Yahvé, y me dejé seducir; me has agarrado y me has podido (Jer 20, 7).

Un estudio de las vocaciones proféticas, en el antiguo testamento, permite reunir algunos elementos comunes. Pero, al mismo tiempo, uno queda impresionado por las notables diferencias ligadas a la originalidad de cada una de estas experiencias.

Es posible, sin más, fijar cuatro categorías diversas, a base de las reacciones de los individuos frente a la llamada divina <sup>1</sup>.

## PRIMER CASO: «VE» Y... BASTA

Es el género de vocación caracterizado por la máxima sencillez. Dos elementos solamente:

- una orden de parte de Dios
- la ejecución de la orden por parte del profeta.

Típica, a este respecto, es la segunda llamada de Jonás (en la primera el Señor le había ordenado partir. Y el profeta obedeció inmediatamente... pero marchando en la dirección opuesta):

«Fue dirigida a Jonás... la palabra de Yahvé: *levántate, vete* a Nínive, la gran ciudad, y proclama lo que yo te diga». Jonás *se levantó y se fue* a Nínive según la palabra del Señor» (Jon 3, 1-3).

En Amós se encuentra también el mismo esquema. Así en

1. Esta meditación se elabora siguiendo un estudio, muy interesante, de W. VOGELS, *Les récits de vocation des prophètes*, aparecido en *NouvRevTh*, enero 1973; todas las citas se refieren a este artículo.

Oseas (en un contexto de los más paradójicos y significativos), así en Elías <sup>2</sup>.

Estamos ante un lenguaje casi de tipo militar. Aquel estilo, expresado perfectamente por el centurión en su encuentro con Cristo: «También yo, que soy un subalterno, tengo soldados a mis órdenes, y digo a éste: vete, y va; y a otro: ven, y viene; y a mi siervo; haz esto, y lo hace» (Mt 8, 9).

Se puede notar en este primer tipo lo siguiente: Es siempre Yahvé el que asume la iniciativa, elige al profeta, da las órdenes, manda adonde quiere y exige que éste proclame lo que él desea.

Al profeta, en tal caso, no le queda más que obedecer, dándose cuenta de que las órdenes divinas se dan para ser cumplidas, no discutidas. Por eso no presenta ninguna objeción. No pide explicaciones. La suya es una *rendición inmediata y sin condiciones*. Tanto más que el profeta tiene conciencia de que Dios está con él.

Hay que decir que aquí se subraya la *irresistibilidad de la vocación*.

«Habla el Señor Yahvé, ¿quién no va a profetizar?» (Am 3, 8).

Solamente cuando todo se ha cumplido, Dios acepta alguna vez el diálogo y discute amablemente con el profeta (cf. Jon 4, 9).

Sin embargo lo que hay de irresistible en la invitación no suprime la *libertad del profeta*, el cual puede siempre rehusar.

## SEGUNDO CASO: «SÍ... PERO»

Aquí surgen complicaciones. No todos los hombres son iguales. Y Dios no se dirige a todos con el lenguaje militar que adopta con Amós o Elías.

Es importante, a este propósito, la narración de la vocación de Jeremías:

### 1. *Nombramiento y consagración profética*

«Antes de haberte formado yo en el seno materno, te conocía, y antes que nacieses, te tenía consagrado: yo te constituí profeta de las naciones» (Jer 1, 5).

### 2. *Objeción por parte del elegido*

«¡Ah! Señor Yahvé! Mira que no sé expresarme, que soy un muchacho».

2. Por lo que se refiere, al menos, a las numerosas vocaciones sucesivas. De hecho la Biblia no narra la primera llamada de este profeta.

### 3. Confirmación

Dios rechaza la objeción, porque no considera válido el motivo que aduce el profeta. Insiste en la orden y promete su ayuda.

### 4. Ordenación profética

Esta ordenación se realiza por medio de una acción simbólica: «Entonces alargó Yahvé su mano y tocó mi boca...» (Jer 1,9).

Con algunas variantes, esta estructura se repite en la vocación de Ezequiel, Moisés y Gedeón.

A diferencia del primer tipo, *aquí la orden se desarrolla en un diálogo*. Un diálogo que, precisamente por sus características de libertad y espontaneidad, expresa una gran intimidad del hombre con Dios y la libertad de éste.

«El profeta, consciente de sus propios límites y de la desproporción entre sus fuerzas y la obra que ha de realizar, duda y objeta. El profeta es libre para exponer con la máxima sencillez su propio punto de vista. Su objeción no es aceptada por la razón —obvia— de que el profeta no es enviado, por su capacidad o su talento, sino para transmitir un mensaje divino. Debe representar, de alguna manera, a Dios, y, en consecuencia, siendo confidente suyo, puede contar con que Dios no le dejará abandonado. Y, para confirmación de esto, se da el signo sacramental que debe realizar lo que significa: Dios pone sus palabras en la boca del profeta» (Vogels).

#### TERCER CASO: «¡MÁNDAME!»

Será suficiente leer la narración de Isaías (6, 1 s.) para obtener el esquema siguiente:

#### 1. Visión de Dios

#### 2. Purificación del profeta

«¡Ay de mí, que estoy perdido, pues soy un hombre de labios impuros!...».

«Entonces voló hacia mí uno de los serafines, con una brasa en la mano, que con las tenazas había tomado de sobre el altar, y tocó mi boca...».

#### 3. Reclamación de un voluntario

«¿A quién enviaré? ¿Y quién irá de parte nuestra?».

#### 4. Alguien se adelanta y se ofrece

«Heme aquí: envíame».

#### 5. Investidura

«Ve y dí a ese pueblo».

#### 6. Petición de explicación

«¿Hasta cuándo, Señor? El respondió...».

Un ejemplo característico es también el de Miqueas de Yimlá (cf. 1 Re 22, 19-22; 2 Crón 18, 18-21).

Este tipo, más que el precedente, subraya fuertemente la *libertad del hombre*. Es el profeta el que se ofrece como voluntario, el que se pone a disposición, sin ningún miedo y sin lamentos. «Se advierte el entusiasmo, la prontitud, una fe incondicional, tanto más admirable cuanto que no se sabe exactamente lo que se le pedirá» (Vogels).

Sin embargo, no obstante las apariencias, también aquí es Dios el que toma la iniciativa de la vocación, no el profeta. El mismo hecho de que el profeta sea admitido —en calidad de hombre— al divino consejo, es expresión de un gesto de benevolencia de lo alto. Y además es Dios el que habla el primero.

De todos modos, esta es la narración en que mejor se concilian los dos aspectos esenciales de toda vocación: la *iniciativa divina* y la *libertad humana*.

#### CUARTO CASO: DESPUÉS DE ALGUNOS MALENTENDIDOS, SE ENCUENTRA LA PUERTA JUSTA

La llamada de Samuel representa un caso aparte. Este jovencito (cf. 1 Sam 1, 2 y 3) habitaba en el templo bajo los cuidados del sacerdote Elí. Su madre venía a verlo todos los años y le traía un vestido nuevo.

La narración de su verdadera vocación se puede resumir así:

- *Llamada*
- *Respuesta rápida*
- *Malentendido* (va a llamar a la puerta de Elí: «¿Me has llamado? Heme aquí». «No te he llamado. Vuelve a dormir»).

La escena se repite otras dos veces en la misma forma.



Por fin Samuel encuentra... la puerta justa, también porque el Señor, además de hacerle oír su propia voz, se hace presente y hay un encuentro personal.

Por consiguiente el esquema queda fijado así:

1. *Aparición y llamada de Dios*
2. *Acogida*
3. *Encargo de una misión particular.* («Voy a ejecutar una cosa tal en Israel que a todo el que la oiga le van a zumbar los oídos...»).
4. *Ejecución.* («Samuel siguió acostado hasta la mañana y después abrió las puertas de la casa de Yahvé... Y la palabra de Samuel llegaba a todo Israel...») (1 Sam 3, 11; 15; 4, 1.)

Aunque este caso sea único en la Biblia, sin embargo contiene algunos elementos muy interesantes.

Ante todo: el muchacho que crece y madura en el templo.

Después, la lección decisiva que recibe de su maestro Elí: *aprender a escuchar.*

Además: el oficio del maestro, su dirección bajo el signo de la discreción. No es Elí el que resuelve el problema de la vocación del jovencito. Sino que... envía a Samuel a que arregle personalmente sus cosas con Dios.

Y después, a diferencia de los otros tipos, este es el caso de una vocación que se desarrolla progresivamente, a través de sucesivas etapas, incertidumbres, búsquedas. Se trata de un descubrimiento gradual. «Un primer llamamiento, seguido de otros, a los que el hombre responde pero sin comprender todo su alcance. Escucha, pero no comprende en el acto desde el principio el verdadero significado. Solamente después de reflexión y asidua meditación llega a comprender este misterioso llamamiento» (Vogels). Por eso, en esta narración tenemos la espontaneidad y el entusiasmo del joven unidos a la más madura reflexión.

Como último rasgo: se invierten los papeles. De ahora en adelante no será ya el discípulo el que corra a buscar a Elí, sino que será el anciano y experimentado maestro el que escuchará a Samuel (precisamente la *experiencia* aconseja al maestro escuchar al joven)...

#### CONCLUSIONES

Resumiendo. Encontramos, entre los profetas, vocaciones bajo el signo de la

- irresistibilidad



- resistencia
- espontaneidad
- búsqueda.

Dios respeta las características peculiares, la *sensibilidad* y hasta las vacilaciones de cada uno. La vocación, la llamada es percibida por el interesado en sintonía con el propio temperamento, con la propia estructura psicológica.

Así Dios agradece, como es obvio, la rendición inmediata e incondicional. Acepta el ofrecimiento espontáneo de quien se adelanta (pero ya ha sido «elegido»).

Pero está dispuesto a discutir con quien se halla embarullado en sus propias dificultades.

Y se deja encontrar también al término de una marcha progresiva, no siempre exenta de errores de... dirección.

Esto puede suceder también con los encargos especiales que el Señor nos confía cada día. O sea, con ciertas «vocaciones» particulares que se inscriben en el marco de la primera llamada y la van especificando, en relación con las exigencias diarias y las situaciones históricas.

Algunas veces Dios tiene prisa, y en tales casos no hay más que un sí y basta. No se toleran demoras.

Otras veces agradece que seamos nosotros los que nos «ofrezcamos» espontáneamente, anticipándonos quizás a su llamada. «Y se maravilló de que no hubiera intercesor» (Is 59, 16).

Pero Dios normalmente es paciente. Comprende nuestras vacilaciones, nuestras reservas, nuestros desfallecimientos. Tiene en cuenta nuestras comprensibles dudas. Sobre todo, se hace siempre encontrar, aun después de muchos pasos falsos de parte nuestra.

Dios acepta también el diálogo con nosotros.

Lo esencial es que al fin de estos percances tan diversos, de estos itinerarios tan diferentes, se dé una *única conclusión: una orden cumplida.*

«Ahora vete». «Y él marchó».

Discutamos, pues.

Con tal que, al final, sea siempre Dios el que tiene razón. No nuestros miedos, no nuestra cobardía.

Pongamos también delante del Señor todas nuestras palabras, nuestros «pero», nuestros «sí».

Con tal que, el terminar, todas estas palabras se simplifiquen, se reduzcan a una sola, sencillísima, aunque tan difícil: «sí».

¡Oyeme, Señor! Yo no he sido nunca hombre de palabra fácil...  
El hablará por ti al pueblo, él será tu boca y tú serás su dios (Ex 4, 10, 16).

## OBJECCIÓN RECHAZADA

Leyendo las narraciones de vocaciones, tal como se describen en el antiguo testamento, uno se da cuenta que no todo marcha siempre bien.

Por parte del hombre, frecuentemente y con insistencia, se adelantan objeciones, reservas, protestas de incapacidad y de indignidad. A veces asistimos a verdaderas resistencias respecto a una misión cuyo peso y responsabilidad se advierte.

Una objeción bastante frecuente, para sustraerse a la llamada divina y al correspondiente compromiso, es la de la propia... dificultad de palabra.

Me fue dirigida la palabra del Señor:  
Antes de haberte formado yo en el seno materno, te conocía,  
y antes que nacieses, te tenía consagrado:  
yo te constituí profeta de las naciones.  
Yo dije: ¡Ah Señor Yahvé! Mira que no sé expresarme, que soy un  
muchacho.

Y me dijo Yahvé: no digas: soy un muchacho,  
pues adonde quiera que yo te envíe irás,  
y todo lo que te mande dirás.  
No les tengas miedo,  
que contigo estoy yo para salvarte.  
Oráculo de Yahvé. Entonces alargó Yahvé su mano y tocó mi boca.

Y me dijo Yahvé:  
Mira que he puesto mis palabras en tu boca.  
Desde hoy mismo te doy autoridad  
sobre las gentes y sobre los reinos  
para extirpar y destruir,  
para perder y derrocar,  
para destruir y plantar (Jer 1, 4-10).

Jeremías no hace un razonamiento, sencillísimo, sin embargo: si el Señor me ha conocido antes que naciese, debe estar informado también de lo joven de mi edad, lo mismo que de mis limitaciones y de mis pobres dotes oratorias...

De todos modos, Yahvé parece que no se cuida siquiera de las preocupaciones de su profeta. Rechaza su objeción con un gesto significativo: le toca la boca y le pone en los labios sus propias palabras. Todo arreglado. Le da hasta una seguridad precisa: «Yo estaré contigo para protegerte». ¿Qué más deseas?

## MOISÉS, EN CAMBIO, INSISTE

Mucho más reacio a rendirse se muestra Moisés, que prosigue justificándose: «¡Oyeme Señor! Yo no he sido nunca hombre de palabra fácil, ni aun después de haber hablado tú con tu sirvo; sino que soy torpe de boca y de lengua» (Ex 4, 10). «¡Oyeme Señor! te ruego que encomiendes a otro esta misión» (Ex 4, 13). Yo no soy idoneo, a causa de la lengua poco expedita. Te doy gracias por el honor, por la preferencia que has tenido conmigo, pero cedo gustosamente el puesto a otro... No puedes contar conmigo.

Y Moisés no perderá la ocasión de lloriquear: «Yo soy torpe de palabra» (Ex 6, 13, 30). Aquel defecto debía alcanzarle la dispensa del servicio... militar (ir a Faraón era peor que partir para la guerra...).

Pero Yahvé no había considerado válido el moitvo y había repetido su mandato: «Así, pues, vete, que yo estaré en tu boca y te enseñaré lo que debes decir» (Ex 4, 12).

Pero finalmente, el Señor termina por enojarse a causa de las quejas de su profeta. Y le propone una solución más bien expeditiva: «¿No tienes a tu hermano Aarón el levita? Sé que él habla bien. He aquí que justo ahora sale a tu encuentro y al verte se alegrará su corazón. Tú le hablarás y pondrás estas palabras en su boca. Yo estaré en tu boca y en la suya, y os enseñaré lo que debéis hacer. El hablará por ti al pueblo, él será tu boca y tú serás

su dios. Toma también en tu mano este cayado, porque con él has de hacer las señales» (Ex 4, 14-17).

Como precisando: ¿No estás en condiciones de hablar? Pues bien, tu hermano te sustituirá en este cometido marginal. De hecho, para la misión que te confío no tengo gran necesidad de tu boca. Tengo más bien necesidad de ti. Así, pues, dividamos las partes: Aarón hablará en tu lugar, y tú... *te limitarás a realizar prodigios.*

#### CRISTO ESTORBADO POR NUESTRAS PALABRAS

¡Oh si el Señor nos recordase esta verdad esencial de nuestra vocación!: No es importante lo que dices con la boca. Si no te sientes en condiciones de hablar, cállate. Y manifiéstate con el milagro de tu existencia, con los prodigios de tu *ser* con el «signo» de tu vida. «Cristo está sobrecargado de *apóstoles que hablan de él.* En cambio, tiene hambre y sed de *apóstoles que le vivan.*

«Ser sacerdote no es enseñar a los otros, es darlo. El cristianismo no es una doctrina, es una vida, o mejor, es una doctrina para hacerse vida, o luz, pero una luz de vida, como decían los primeros cristianos. El cristianismo no se comunica del mismo modo que se comunica un sistema intelectual, sino según el modo como se transmite la vida. La vida no puede proceder más que de la vida, un viviente es engendrado por otro viviente» (A. Peyriguère).

Hay, pues, que disipar un gran equívoco respecto a nuestra vocación: el Señor no nos llama para hablar, para decir algo, sino *para ser* alguien.

Por otra parte, siempre se puede remediar una carencia de palabra. Más todavía, hay la certeza de que alguno hablará en nuestro lugar en los momentos decisivos. «No os preocupéis de cómo o qué vais a hablar. Lo que tengáis que hablar se os comunicará en aquel momento. Porque no seréis vosotros los que hablaréis, sino el Espíritu de vuestro Padre es el que hablará por vosotros» (Mt 10,19-20).

Por consiguiente, el Espíritu nos sustituye en el uso de la palabra. Pero no nos puede sustituir, si rehusamos *ser.*

Si la boca tartamudea, se puede encontrar siempre una solución de urgencia.

Pero si es la vida la que tropieza, va en ello la esencia misma de nuestra vocación...

¡SEÑOR, UN POCO DE TARTAMUDEO, POR FAVOR!

Tengo que quejarme a ti, Señor.  
Hay un hecho que no logro del todo digerir.  
Tengo la impresión de que has concedido a demasiadas personas la facilidad de palabra.  
¡Qué desgracia, Señor, la facilidad de palabra!  
La boca que se pone en movimiento *instintivamente*,  
en cualquier ocasión,  
para distribuir mecánicamente  
—profesionalmente—  
el consejo,  
el reproche,  
la recomendación,  
el juicio,  
el consuelo,  
la represión.  
Hay personas que hablan como respiran,  
es decir, sin darse cuenta, casi sin querer.

Señor, díme de una vez:  
¿por qué has concedido a estos representantes tuyos una cualidad tan insoportable?  
Mira, hay quien no es ningún portento de inteligencia.  
Figúrate, ha sido siempre torpe,  
hasta en los bancos del catecismo.  
Y, sin embargo, habla, habla, habla,  
encuentra respuestas para todo y para todos,  
y tiene la solución rápida  
para las cuestiones más delicadas.  
No es capaz de leer un libro entero en tres años  
(«debemos perseverar en la humildad nosotros»)  
pero dogmatiza alegremente  
acerca de algunos temas que producen vértigo.  
Parece una cátedra ambulante.

Hay quien, sentado detrás de una mesa llena de *periódicos*  
(«ah, todos buena prensa» naturalmente)  
reparte consejos de generosidad  
a pobrecitos que tiran de una maldita carreta  
y no tienen un momento de respiro,  
sino para recibir...  
consejos de generosidad.  
(«No tiene derecho a quejarse...  
Recuerdo a nuestro venerado fundador  
cuando ya no podía más...»)  
Y olvida puntualizar sencillamente  
que el santo Fundador tenía delante de sí,  
no una mesa llena de periódicos y revistas  
(naturalmente buenos),  
sino un tropel de apestados

(nada ejemplares).  
 Incidentes que suceden a quien dispone  
 de excesiva facilidad de palabra...

Hay quien insiste mucho  
 (es su santo clavo)  
 en el espíritu de familia.  
 Y, en el laudable intento, de conservarlo mejor,  
 para que algún malintencionado no se lo lleve,  
 alguno de casa, se entiende  
 —hay siempre algún indiscreto  
 que intenta meter la nariz en los armarios de familia—  
 este espíritu de familia, bendito, precioso,  
 lo tiene cerrado con llave (media docena de llaves).  
 Y el mazo de llaves no lo deja a nadie  
 (o a poquísimos... alguno, lo que es todavía peor).  
 Más aún, se murmura que, cuando llegue la hermana muerte,  
 resultará difícil arrebatar de aquella mano  
 el fiel y sagrado mazo de llaves,  
 símbolo luminoso de una vida de familia;  
 y, después de algún vano intento,  
 se lo dejarán en lugar del rosario...

¡Señor, qué calamidad estas personas  
 que tienen facilidad de palabra!...

Pero no tengo derecho a quejarme, ni a acusar.  
 También yo, Señor, poseo una notable y peligrosa  
 facilidad de palabra.  
 Precisamente yo que aparezco  
 descontento, escandalizado, contrariado, ofendido  
 por la facilidad de palabra de los otros,  
 me doy cuenta de que sufro de la misma... cualidad,  
 que estoy afectado del mismo don.  
 ¡Y lo estoy demostrando precisamente ahora!

Señor, librame, te ruego, de este mal.  
 Hazme entender que facilidad de palabra  
 se empareja... fácilmente con dificultad de vida.  
 Hazme consciente de que el hablar  
 no es un modo de ser,  
 más bien el ser es un modo de hablar  
 (aun teniendo la boca cerrada).

Señor, repíteme a cada momento, por favor,  
 que no tienes necesidad de mi boca,  
 que no sabes qué hacer con ella.  
 Que me has llamado porque tenías necesidad de mí,  
 no de mis labios.

«El Señor extendió su mano, me tocó la boca» (Jer 1, 9).  
 Realiza conmigo el mismo gesto, Señor.  
 Toca mi boca... para cerrarla.

Toca mi boca para quitarme la facilidad de palabra  
 y poner, en cambio, tu palabra  
 —difícil, incómoda, exigente, áspera—.  
 ¿Hacemos este cambio, Señor?  
 Yo te restituyo la facilidad de palabra,  
 y tu me ofreces en compensación  
 la facilidad de vida  
 (que no quiere decir una vida fácil sino lo contrario)  
 la facilidad de ser, la facilidad de dar testimonio.

Si luego tropiezo en las palabras, tanto mejor:  
 lo remediaré con la vida.  
 Quizás los otros reirán de mi tartamudez  
 de mis silencios, de mi vergüenza.  
 En compensación, tomarán en serio la Palabra.

Un poco de tartamudez, Señor.  
 Que yo tropiece en las palabras,  
 para que los otros puedan tropezarse  
 con la Vida.

Desearía decirte: «Heme aquí, mándame!» (Is 6, 8).  
 ...porque no sé hablar.

# Primero viene la carretera después el código de la carretera

Los judíos enviaron donde él desde Jerusalén sacerdotes y levitas a preguntarle: ¿Quién eres tú? (Jo 1, 19).

La gente le preguntaba: ¿pues qué debemos hacer?...  
Vinieron también publicanos a bautizarse y le dijeron: Maestro ¿qué debemos hacer?...  
Preguntáronle también unos soldados: Y nosotros ¿qué debemos hacer? (Lc 3, 10.12, 14).

## NO ME INTERESA LO QUE HACES, SINO LO QUE ERES

Después de la preocupación referente a la palabra hablada, otro equívoco en relación con la vocación se origina del ansia de saber qué «hacer».

—¿Qué me aconseja que haga?

—En tal circunstancia ¿cómo debo comportarme?

—¿Qué actividad debo desarrollar?

Son las preguntas que se me dirigen más frecuentemente.

Por mi parte, no sin una punta de picardía, algunas veces pregunto:

—¿Quién eres?

Invariably suena una respuesta de este estilo:

—Nosotros hacemos... Nos ocupamos de... Tenemos... Nos dedicamos a...

O sea, nos encontramos frente a la acostumbrada inversión de factores: la obra que realizan define a las personas.

O también, si pregunto:

—¿Qué quiere decir para usted ser sacerdote, ser religioso, ser monja?

Indefectiblemente recibo indicaciones de este género:

—Un sacerdote, una religiosa debería obrar así, actuar de esta manera, comportarse según este estilo, evitar tal cosa...

Otra vez un penoso vuelco de la situación: el hacer que es antes del ser. La actuación práctica en lugar de la identidad. La moral antes que la fe.

## DEMASIADOS DIRECTORES DE OBRAS Y POCOS PROGRAMADORES

He tenido en mis manos recientemente un «Plan de formación». Me quedé estupefacto. Un elenco de cosas, de actividades, de materias, de plazos, de iniciativas. Una comparación minuciosa —y complacida— entre lo que se hacía —o no se hacía— antes y lo que se hace hoy, en cambio.

Ni una página, ni una línea dedicada al «proyecto» de vida religiosa. Nada referente al proyecto de construcción de una monja, el proyecto de construcción de una persona en sus fundamentos antropológicos, psicológicos, teológicos, espirituales, lo que debería orientar el trabajo en los años de formación.

Como si un ingeniero se dedicase a determinar simplemente la cantidad de material necesario, los turnos de trabajo, la distribución de las personas en relación con las varias tareas, las cosas que hay que hacer y el modo, y el término en que la obra debe ser ultimada. Pero... sin presentar nunca el plano de la construcción. Por eso, en último término, los otros ignoran (jes de esperar que al menos él lo sepa!) si se va a levantar un rascacielos o una serie de cobertizos para la cría de pollos...

Tengo la impresión de que, en muchos campos de la vida religiosa, hay demasiados «directores de obras» y pocos «proyectistas».

Demasiados aparejadores meticulosos, y pocos artistas dotados de fantasía.

Demasiados especialistas en la ejecución y pocos capaces de proyectar, digamos más bien de crear.

Demasiados expertos del código de la circulación y pocos expertos de la carretera (o sea, pocos que sepan comunicar el sentido, el atractivo y el mapa del trazado viario).

## PRAGMATISMO

Esta desproporción da origen al fenómeno del *pragmatismo*, que significa precisamente la primacía del hacer, del comportamiento práctico, sin un plan claro y una visión amplia, sin especificar la meta que se quiere alcanzar.

Uno se preocupa de la acción y descuida las motivaciones profundas que deberían determinar el comportamiento práctico de una persona.

Echemos mano de los proyectos, pues, (suponiendo que sean verdaderos proyectos, a la medida del hombre y cortados según el plan de Dios y con las especificaciones concretas de los propios fundadores, y no dibujitos infantiles que reflejan nuestros horizontes sofocantes, nuestros miedos, nuestra mentalidad...).

La vida religiosa tiene necesidad de hombres que sepan ofrecer grandes ideales. Ideales que justifiquen el sacrificio que se pide. No necesita de personas que, a base de un modesto practicismo, invitan a hacer determinadas cosas de una manera determinada, a transportar grava y ladrillos... Y después se quedan esperando a ver lo que saldrá de todo esto (¡y nosotros con ellos!).

Basta leer las reglas más antiguas para darse cuenta de cómo sus inspiradores eran inmunes del todo al pragmatismo. De hecho ellos se preocupan por presentar un cierto tipo de vida cristiana, un «cierto modo de ser», más que de determinar en concreto unas normas de comportamiento práctico. La suya es una *visión* de la vida religiosa (frecuentemente ardua, ruda, «loca» según una lógica humana) más que un *código*. Un proyecto, más que una *orden de servicio*. La invitación a una *aventura* arriesgada, más que un *programa de viaje*. Una cosa fascinante y exigente al mismo tiempo. Pero, precisamente la fascinación que procede de aquella visión, de tal proyecto, permite intuir el compromiso práctico consiguiente.

En definitiva, es el proyecto el que debe determinar la «ejecución». Y no al revés.

El trabajo, los horarios, los compromisos, las normas de comportamiento, serán justificadas y aceptadas, precisamente porque se ha descubierto la grandeza del proyecto, se ha entrevisto la belleza de la construcción planeada. Por eso, examinado el plano, calculada la amplitud de la obra, se decide que... vale la pena.



## RECETISMO

Del pragmatismo nace inevitablemente este otro fenómeno que yo llamo «recetismo».

A fuerza de presentar la vida religiosa comenzando por las «cosas que hay que hacer», es lógico que algunas personas estén preocupadas exclusivamente de lo que deben hacer y piden a los «maestros» indicaciones precisas y minuciosas para cada caso. O sea, recetas.

Tenemos aquí precisamente el fenómeno del *recetismo*, contra el cual yo experimento una alergia, casi una repugnancia inventible (precisamente porque siento demasiada estima hacia la vida religiosa y hacia los «adultos» que, salvo prueba en contrario, la viven, me niego a envilecerla y a banalizarla alentando estas formas de infantilismo).

—Padre, dígame exactamente qué debo hacer...

—Si le parece bien le diré sencillamente quién es usted. Lo que debe hacer lo verá usted después.

Muchos se sienten molestos.

Claro, es mucho más simple y expeditiva la receta con todos los detalles de la terapia (dosis, modalidad de uso, horario) precisada hasta lo más mínimo.

Una religiosa, después de unos ejercicios espirituales, vino para «fijar algunos puntos». Yo pensaba remachar las ideas desarrolladas durante aquellos días. No, ella pretendía algo muy distinto. Exigía una serie de normas de comportamiento práctico. «Así tendré para trabajar todo el año sin perder el tiempo en pensar demasiado en ello», concluyó decidida, indicándome, como confirmación, las numerosas páginas que el precedente predicador le había «dictado».

—Y yo quiero, en cambio, que usted piense un poco en ello...

Estoy seguro de haberla decepcionado, además de tenerla sin trabajo durante un año...

En tales casos, lo que llaman concretar es sencillamente superficialidad, o sea, carencia de raíces.

Lo que se presenta como docilidad no es más que pasividad, pretensión de encontrar la «papilla preparada» (los alimentos condimentados y predigeridos...).

Lo que se define como simplicidad es solamente incapacidad de ponerse al tanto de las ideas y los principios, de los cuales se

extraen después, por medio de un fatigoso trabajo de elaboración y asimilación personal, los criterios que han de presidir la conducta práctica.

Las que se quieren hacer pasar como «Exigencias prácticas» son, en realidad, síntomas de ligereza.

#### UNA ENFERMEDAD INFANTIL

El «recetismo» es una típica enfermedad de la infancia. Quiero decir que conserva a la persona en un estadio de infantilismo casi incurable. Y, bien entendido, la culpa es también de aquellos «maestros» que consienten en descender a este terreno ambiguo y justifican o tal vez alientan estas formas aberrantes.

El paternalismo o maternalismo del guía, cuando va unido a cierta dosis de pragmatismo, provoca y alimenta el recetismo de los discípulos.

El *paternalismo* (o *maternalismo*) denuncia, sin posible error, las escasas dotes pedagógicas de algunos maestros. Su pragmatismo (que puede alcanzar aquí formas exasperadas) es todo lo opuesto a una auténtica obra de formación, que consiste, en cambio, en excitar, estimular y acompañar el desarrollo personal, el crecimiento responsable, que arranque del interior; no en proporcionar recetas prefabricadas, ya preparadas para el uso (casi siempre externo).

El *recetismo*, en cambio, significa falta de verdadero espíritu de fe. ¿Qué es, de hecho, una fe que no incluya un riesgo, una búsqueda, una decisión, una elección personal? ¿Cómo puede darse fe sin capacidad de asumir valerosamente las propias responsabilidades?

Finalmente, es demasiado evidente que todo lo que se construye a través de la fidelidad al recetismo y al pragmatismo paternalístico (o maternalístico) que lo inspira, presenta siempre un carácter de *fragilidad* y de *provisionalidad*.

Ante la mínima dificultad, estas personas infantiles se sienten presa de la más angustiada incertidumbre. No saben... qué hacer. Y se ponen a buscar desesperadamente a alguno que se lo diga (y quizás se trata de pequeños inconvenientes a los que se puede hacer frente con un poco de reflexión y coraje, y un mínimo de fantasía; pero el recetismo provoca la herrumbre por desuso de ciertos órganos...).

O a lo mejor, cuando explotan las verdaderas crisis, aquellas construcciones levantadas a fuerza de «practicismo» aparecen pronto amenazando derrumbarse, con peligro para sí mismas y para los otros. Ciertamente no es posible «resistir» si se carece de convicciones profundas, si se carece de principios sólidos, si no hay motivaciones bien asimiladas y asiduamente ilustradas.

Cuando arrecia la tempestad, no puede uno agarrarse a recetas volanderas...

Para mantenerse en pie, hace falta otra cosa muy distinta. La solidez se garantiza no con apuntalamientos externos, o con muletas de compartimientos prácticos, sino con elementos interiores que proceden de la profundidad de un ser que ha encontrado su centro de gravedad, que se ha preocupado por robustecer la propia espina dorsal.

El recetismo se cura solamente a través de un fatigoso crecimiento en la fe. Que es, en definitiva, crecimiento en la libertad, en la responsabilidad, en el coraje.

Gracias a la fe se madura, uno se hace adulto en Cristo. Personas libres para ser aquello que deben ser.

Por medio de la fe se aprende a tratar con el Señor, que no nos procura recetas prefabricadas (también él es alérgico a estas cosas; leer atentamente la Biblia para darse cuenta de ello...), sino que nos lanza a una aventura arriesgada y entusiasta.

No nos sugiere lo que debemos hacer, sino lo que debemos y podemos ser.

No nos dice «debes», sino «puedes»...

El Señor se limita a hacer brillar ante nuestros ojos un proyecto que trastorne todos nuestros... hábitos y lanza solamente una frase discreta: «Si quieres *ser*...».

Y entonces nos damos cuenta de las exigencias prácticas que comporta la realización de tal proyecto.

Sabemos enseguida lo que hay que «hacer», sin necesidad de demasiados pedantes asesores.

Más todavía, se nos ha despertado dentro tal vez el deseo de «hacer».

Yo personalmente estoy siempre a la espera de alguno que venga a pedirme informaciones acerca de su identidad.

El día en que, finalmente, llegue este cliente no afectado de «recetismo», le ayudaré, como hermano, a descubrir lo que él es. Y le diré al final: «mira, Dios te *condena a ser lo que puedes ser*. Nada más, amigo.

Suponiendo que acepte esta «condena», le daré una cita para después de algunos meses. Si, en el intervalo, no ha perdido el plano por el camino, será él el que me indicará la... «receta» de lo que ha conseguido «hacer» para realizar aquel proyecto. Y serán cosas maravillosas, estoy seguro. Muy por encima de todas las «prescripciones» que yo habría podido imponerle.

Animo, esperemos.

## Dios no fabrica muñecas

Hijo de hombre, yo te envío a los israelitas, a un pueblo de rebeldes... Los hijos tienen la cabeza dura y el corazón empedernido; hacia ellos te envío (Ez 2, 3-4).

¡Sé valiente y firme!... Yahvé marchará delante de ti; él estará contigo; no te dejará ni te abandonará. No temas ni te asustes (Dt 31, 7-8).

No tengas miedo ni te acobardes, porque Yahvé tu Dios estará contigo donde quiera que vayas (Jos 1, 9).

Recorriendo las páginas de la sagrada Escritura —especialmente el antiguo testamento— que presentan alguna narración de vocaciones, se pueden recoger algunas líneas constantes entre la trama de hechos y situaciones bastante diferentes entre sí.

Las conclusiones que se obtienen constituyen un material de reflexión con características de singular actualidad.

Presento algunas de ellas, de forma necesariamente sintética <sup>1</sup>.

### 1. *Para utilidad pública*

La Biblia habla de vocaciones colectivas y de vocaciones individuales. Pero también las llamadas al individuo tienen como fin el bien de toda la sociedad (leer, por ejemplo, las vocaciones de los Jueces).

A propósito de vocación, no se habla casi nunca de perfección individual, sino siempre de utilidad pública.

1. Es muy útil para profundizar en este tema el volumen C. ROMANIUK, *La vocazione nella Bibbia*, Bologna 1973. Las citas del presente capítulo se refieren a este estudio.



O sea, se trata siempre de *elección de servicio*, nunca de elección de privilegio o de santificación personal.

Una vocación lo es para el bien de la comunidad, y consiguientemente es un hecho que afecta a todo el pueblo.

Por lo cual toda elección personal tiene siempre una repercusión social.

Dios llama a alguno «para utilidad pública».

## 2. Para una misión urgente

En la llamada, con frecuencia, el nombre se repite dos veces. «Abrahán, Abrahán». Respondió: «Heme aquí» (Gén 22, 1).

«Vio el Señor que se había acercado para ver y Dios lo llamó desde la zarza diciendo: «¡Moisés, Moisés!». Respondió: «Heme aquí» (Ex 3, 4).

«Vino el Señor, se paró y llamó como las veces anteriores: ¡Samuel, Samuel! Respondió Samuel: Habla, que tu siervo escucha» (1 Sam 3, 10).

Esto indica sin duda la prisa de Dios y la *urgencia de una misión*<sup>2</sup>.

## 3. Cualquier vocación es la mejor

En toda vocación el protagonista principal es siempre Dios. Es él el que toma la iniciativa, ya sea directamente, ya sea por medio de intermediarios (hombres o ángeles).

Teniendo presente este principio elemental, se puede comprender lo vano de ciertas discusiones, en el aspecto moral, acerca de la «vía mejor», o la «vocación más perfecta». Si hubiésemos de elegir nosotros, si dependiese de nosotros la preferencia concedida a un camino sobre el otro, tales disputas serían absolutamente legítimas. Sería, además, obligado preguntarse cuál es la vocación mejor, cuál el género de vida más perfecto.

Pero como es Dios el que decide, como es él el que elige, el que llama a quien quiere, «llamó a sí los que él quiso, y vinieron donde él...» (Mc 3, 13), en tal caso no tiene sentido hablar de la llamada «mejor».

Cuando se hacen estas comparaciones, no se advierte que se invierten así los papeles en la vocación: el que responde suplanta

2. Cf. C. WESTERMANN, *Das Buch Jesaja kap. 40-66*. ATD 19, Göttingen 1966, 31-32.

a aquel que llama y se pone torpemente en el primer plano. Además, establecer jerarquías en esta materia equivale a querer... saber demasiado sobre los «misterios» de Dios.

No hay vocaciones «mejores». Hay simplemente vocaciones *diversas*. Cualquier vocación es la mejor, a condición de que sea de verdad la mía (o sea, la correspondiente a la llamada, y consiguientemente a la voluntad de Dios respecto a mí).

No es ya posible aceptar el falso dilema del que se abusa demasiado: ¿un cristiano está obligado a tender a las cosas mejores, o más bien puede contentarse con las buenas? Este dilema no tiene sentido. Todo cristiano debe tender a hacer la voluntad de Dios y basta. «Simplemente siguiendo la propia vocación divina, se elige siempre la cosa mejor» (Romaniuk).

Mi madre, eligiendo el matrimonio como respuesta a la voluntad de Dios respecto a ella eligió lo mejor.

Yo, haciéndome sacerdote, he elegido igualmente lo mejor.

Repito: desde el momento en que «somos elegidos», y nuestra elección es solamente una respuesta, colocándonos en la línea de *nuestra* vocación particular, nos situamos en el camino mejor.

## 4. Para una misión ardua

El cometido que se nos asigna no siempre es alegre, no siempre resulta fácil. Más bien es resueltamente arduo y duro. Por eso la aceptación del mismo no está nunca en una línea, de algo que se da por supuesto. Al contrario, importa un aspecto de incomodidad, de desgarramiento, de coraje y de oposición.

La aceptación de una vocación que es acogida en sus exigencias más radicales, acontece a menudo bajo el signo de las lágrimas y de las oposiciones (especialmente internas) más violentas.

La alegría se conquista después, poco a poco, en el esfuerzo por adecuarse a los compromisos más duros de la vocación.

La sonrisa inicial puede ser signo de ligereza (aunque no necesariamente).

La alegría posterior, conquistada en el contacto con la realidad es indicio sin más de la «misión cumplida».

## 5. Dios no anula nunca una vocación

De la Biblia no resulta que Dios haya «anulado» jamás una vocación o dispensado a alguno de seguirla... porque hayan sobrevenido razones de fuerza mayor o dificultades imprevistas.

Dos son las respuestas fundamentales que da el Señor para terminar rápidamente con las reservas, o las objeciones presentadas por los candidatos.

¿Te sientes pequeño, incapaz, tienes miedo, eres tímido? Pues bien, no hay que tener miedo. «Yo estoy contigo».

Leyendo los episodios más dramáticos de la vida de los profetas, no se puede menos de advertir la soledad del profeta. En algunos momentos esta soledad produce vértigo. Aquel pobre hombre está solo, bajo un peso aplastante. Pero ésta es una impresión superficial. El profeta no está nunca solo. Más aún, precisamente su soledad, el vacío abierto en torno al mismo, es el signo inequívoco de la presencia de aquel que le ha elegido, de aquel que se ha tomado la responsabilidad de aquella misión comprometida.

La segunda respuesta es de esta índole: «¿Adviertes la desproporción entre la misión que se te confía y tus propias fuerzas? ¿Presientes ya las dificultades insuperables que te cerrarán el camino? Pues bien, ten presente que *nada es imposible para Dios*» (Lc 1, 37).

O sea, al que ha sido llamado se le ofrece la garantía del Dios —contigo y la garantía del Dios-Señor— de lo imposible.

De este modo el Señor rechaza y hace vanas todas las objeciones.

## 6. Dios se divierte algunas veces

La elección de Dios resulta misteriosa y no está ligada a las «excepcionales» cualidades o méritos del hombre llamado a una determinada misión.

Más bien, algunas veces Dios parece divertirse en poner los ojos sobre el que es débil, pobre, incapaz, inepto, poco presentable.

Con frecuencia Dios elige precisamente lo que viene «descartado» por el hombre.

## 7. Vocación igual a misión

La vocación y la misión en la Biblia se identifican.

Dios llama y... manda o envía.

Dios concede audiencia y... abre las puertas.

La palabra clave es «ve». Sería interesante contar el número de veces que se registra este verbo en la sagrada Escritura puesto

en boca de Dios. Para tener una idea de la cuestión, sería suficiente leer las páginas que narran las varias e... insistentes v caciones de Elías.

La orden tajante: «ve» importa siempre un desprendimiento: de un lugar, una cosa, una ocupación (pobre Amós: «Yo no soy profeta, ni hijo de profeta; sino un pastor y cultivador de sicomoros. Pero Yahvé me tomó de detrás del rebaño...») (Am 7, 14-15). Desprendimiento de posesiones, personas, perspectivas humanas...

Para «ir» hay que dejar necesariamente algo y a alguien.

En el nuevo testamento la palabra-clave es «ven!» (y también este verbo expresa el desprendimiento a que acabamos de aludir). El mandato «¡ve!» sonará a continuación.

Por ahora Cristo liga a sus discípulos a su propia persona, a su propia vida, a su escuela, a su ...vagabundear.

Es él el que marcha, el que imparte las enseñanzas no en un lugar fijo, sino a lo largo del camino, en cualquier parte que se encuentre. «Jesús recorría todas las ciudades y los pueblos, proclamando la buena nueva del reino y sanando toda enfermedad y toda dolencia» (Mt 9, 35).

El apóstol, debe ante todo *venir* a Jesús y seguirlo.

Más tarde —en el intervalo se hará una especie de prueba general, cf. Mt 10, 5-7— la vocación se completará con la obligación de conjugar el repetido verbo «ir». «Id por todo el mundo y proclamad la buena nueva a toda la creación» (Mc 16, 15).

El haberse arraigado previamente en el ser, en la persona de Cristo, ha sido para hacer que se muevan después hacia los hombres. «Y os he destinado a que vayáis y déis fruto...» (Jn 15, 16).

De todos modos, lo mismo en el antiguo que en el nuevo testamento, se da este hecho fundamental: los «llamados» deben partir, si quieren cumplir la misión que Dios les ha confiado.

No se les permite fijar morada estable en ninguna parte para recibir allí a la gente y esperar a que vengan los otros a «retirar» el mensaje que les afecta.

No, dicho mensaje hay que «llevarlo» consignado a los destinatarios, recorriendo todos los caminos del mundo, yendo a llamar a la puerta de los hombres.

Por eso la disponibilidad del «llamado» no se manifiesta en «dejarse encontrar», sino en ir a encontrar a los hermanos para comunicarles la buena noticia que a ellos interesa.

Un profeta, un apóstol, no se encuentra a gusto en las salas de espera donde recibe a la gente, sino que tiene una gran familiaridad con los caminos del mundo.

«Instituyó doce para que *estuvieran con él*» (Mc 3, 14). Pero como él se trasladaba continuamente de un lugar a otro, sin tener domicilio fijo, *estar con Cristo significaba moverse con él*. Lo cual es siempre válido, a mi parecer.

Por otro lado, precisamente en la encarnación, Cristo nos ha ofrecido un modelo definitivo de auténtica misión... «Aquel día Dios salió de su convento. Ninguno sospechaba que fuese él, no llevaba hábito religioso, se le podía confundir con un hombre como los demás. Se molestó en venir a dar la limosna, antes de que se lo pidiesen. No quiso que se guardase antecámara, no pretendió que se respetase su horario de oficina, las horas de recibir «público». Sino que vino sin esperar que alguno fuese a visitarle. El es en verdad *el-que-viene*»<sup>3</sup>.

Desearía concluir estas reflexiones citando dos frases que me parece sugieren la conclusión lógica en que debieran desembocar las observaciones precedentes.

«Dios no ha traído al mundo ni los juguetes, ni las muñecas. Esta sería la injuria peor que se puede hacer a Dios: Dios no fabrica muñecas, o marionetas, o fantasmas, no fabrica cosas inútiles, no fabrica adornos artísticos para colocarlos sobre los muebles del cielo. No, Dios fabrica personas, imágenes de la persona trágica, grandiosa y completa que es Cristo... Por eso, a nadie debe permitírsele vivir como una marioneta, o como una sombra, o como una persona que puede estar o no estar en el mundo sin que nada cambie. No, Dios ha creado solamente personas con un deber, con una posición, con una misión en el mundo, que vive en estado de permanente liberación. Y cuando hay personas o instituciones que huyen de esta responsabilidad, que no asumen esta responsabilidad, el mundo se hace triste, se hace torpe y pesado, nos asfixia como una cárcel».

Y todavía:

«La persona es religiosa en la medida en que descubre que existir quiere decir haber sido llamados a algo»<sup>4</sup>.

3. P. GABOURY, *Devenir religieux*, París.

4. A. PAOLI, *Conversazioni a Fortin Olmos*, Brescia. 34 y 36.

## Desde el punto de vista del misterio

Dijo Yahvé a Moisés... Llena tu cuerno de aceite y vete. Voy a enviarte a Jesé, de Belén, porque he visto entre sus hijos un rey para mí. Hizo Samuel lo que Yahvé le había ordenado y se fue a Belén... Purificó a Jesé y a sus hijos y les invitó al sacrificio. Cuando ellos se presentaron vio a Eliab y se dijo: sin duda está ante Yahvé su unguento. Pero Yahvé dijo a Samuel: no mires su apariencia ni su gran estatura, pues yo le he descartado.

La mirada de Dios no es como la mirada del hombre, pues el hombre mira las apariencias, pero Yahvé mira el corazón.

Llamó Jesé a Abinadab y le hizo pasar ante Samuel que dijo: Tampoco a éste ha elegido Yahvé.

Jesé hizo pasar a Sama, pero Samuel dijo: Tampoco a éste ha elegido Yahvé.

Hizo pasar Jesé a sus siete hijos ante Samuel, pero Samuel dijo: A ninguno de éstos ha elegido Yahvé.

Preguntó, pues, Samuel a Jesé: ¿No quedan ya más muchachos? El respondió: Todavía queda el más pequeño, que está guardando el baño.

Dijo entonces Samuel a Jesé: Manda que lo traigan, porque no comeremos hasta que haya venido.

Mandó, pues, que lo trajeran; era rubio, de bellos ojos y hermosa presencia. Dijo Yahvé: Levántate y úngelo, porque éste es.

Tomó Samuel el cuerno de aceite y le ungió en medio de sus hermanos. Y, a partir de entonces, vino sobre David el espíritu del Señor. (1 Sam 16, 1-13).



¡NO MALTRATÉIS EL MISTERIO!

He aquí que todos están embarcados en la tarea de explicar la vocación. Desde el punto de vista teológico, psicológico, sociológico y quién sabe cuántos más todavía.

Viene el deseo de decir a ciertos especialistas, demasiado sabios y satisfechos de sí mismos: no maltratéis el misterio, por favor.

Es cierto que la llamada religiosa presenta algunos aspectos que pueden ser estudiados por la ciencia o por la investigación teológica o psicológica. Pero *lo más* queda fuera. Precisamente

porque *lo más* es un campo en el que opera un protagonista que se ríe de las telarañas sapientes de nuestros análisis más meticolosos. *Lo más* es un abismo de tal profundidad que nuestras obstinadas exploraciones, como a la luz de una linterna de bolsillo, resultan absolutamente ridículas.

Bien que hagamos alardes magistrales con nuestras tesis recargadas de erudición y de citas, que tratemos de ahondar en la investigación, sirviéndonos de los recursos que proporciona la psicología y hasta el psicoanálisis, que hagamos ostentación de los datos y tablas de la sociología religiosa. Pero después, retirémonos púdicamente. No maltratemos el misterio.

Después de tantos puntos de vista, respetemos el punto de vista del misterio.

Tanto más que el protagonista, cuando decide reclutar un nuevo discípulo, parece que no tiene la costumbre de pasar a consultar a los «despachos de los doctos» más pretigiosos en la materia.

#### LO IMPREVISIBLE

Para ponernos en el punto de vista del misterio, sigue siendo fundamental el episodio de la vocación de David, a través de la intervención mediadora de un hombre: Samuel.

La elección de Dios recayó precisamente sobre el último, el más pequeño. Había sido olvidado, no valía la pena presentarlo en el desfile de «los mejores elementos». Contaba bien poco en la casa de Jesé y había sido destinado al trabajo más humilde... En cambio, Dios descarta todo lo que es considerado como «óptimo» desde un punto de vista humano, y promueve al excluido, aquel que ni siquiera había sido puesto en el escaparate por el padre. «Manda que lo traigan, porque no comeremos hasta que haya venido».

Y como para desanimar a cualquiera que intentara atacar el misterio con las armas ofrecidas por la ciencia humana, precisa: «La mirada de Dios no es como la mirada del hombre, pues el hombre mira las apariencias, pero Yahvé mira el corazón».

O sea, queda prohibido hacerse demasiadas ilusiones al respecto. Los criterios de valoración que Dios adopta para un «candidato» no son como los de los hombres. Sus exámenes, sus *tests* no son los nuestros. El descarta cuando nosotros tendríamos todas las razones para promover. El escoge aquello que quizás nosotros despreciamos.

Y la elección definitiva de Dios no tiene en cuenta tampoco las «reservas» dictadas por la prudencia de hombres religiosos y expertos.

Es elocuente, a este propósito, lo que sucedió con ocasión de la vocación de Saulo.

Ananías —un hombre, diríamos, concienzudo— no deja de exponer a Dios sus propias perplejidades, más que fundadas, respecto a aquel «novicio», cuyos precedentes no permitían esperar nada bueno de él:

«Señor, he oído a muchos hablar de este hombre y de los muchos males que ha causado a tus santos en Jerusalén...» (Hech 9,13).

El mismo Pablo admitirá, poco después, y casi justificará la desconfianza de los cristianos para con él, aun después de su conversión: «Señor, ellos saben que yo andaba por las sinagogas encarcelando y azotando a los que creían en ti; y cuando se derramó la sangre de tu testigo Esteban, yo también me hallaba presente, y estaba de acuerdo con los que le mataban y guardaba sus vestidos» (Hech 22, 19-20).

Pero Dios no tiene para nada en cuenta las reservas prudenciales de Ananías: «Vete, pues éste me es un instrumento de elección que lleve mi nombre ante los gentiles, los reyes y los hijos de Israel» (Hech 9, 15).

Y corta decididamente también ante las mismas perplejidades de Saulo: «Marcha, porque yo te enviaré lejos, a los gentiles» (Hech 22, 21).

Al lado de estos dos episodios, que tienen como protagonistas a David y a Pablo, podemos anotar una observación rápida, seca, del evangelio: «Llamó a los que él quiso; y vinieron donde él» (Mc 3, 13).

Todo lo cual pone en evidencia una realidad fundamental: los criterios de elección de Dios son de Dios y basta. Pertenecen a él en exclusiva. Un secreto, del cual es difícil que se filtren indiscreciones.

Y luego tengamos presente que en Dios no se dan métodos uniformes. Sus elecciones, lo mismo que sus llamadas, son algo único, irrepetible. Llevan el signo de la gratuidad y de la libertad.

*La «constante» en su obrar es la de lo imprevisible.*

## LO INESCRUTABLE

La otra verdad que aflora, si nos situamos en el punto de vista del misterio, es ésta: la vocación es siempre para algo de lo que Dios no da explicaciones demasiado detalladas. O sea, que Dios difícilmente deja traslucir sus intenciones. Sus planes permanecen inescrutables.

Lo mismo que el Señor llama a quien quiere, también llama con una finalidad, de acuerdo con un proyecto que él conoce, y del cual nosotros percibimos solamente algunas líneas discontinuas, confusas, sin poder captar nunca el plan completo.

«Cuando se aproximaban a Jerusalén, al llegar a Betfagé, junto al monte de los olivos, envió Jesús a dos discípulos, diciéndoles:

—Id al pueblo que está en frente de vosotros y enseguida encontraréis un asna atada y un pollino con ella. Desatadlos y traédmelos. Y si alguien os dice algo, diréis: El Señor los necesita; enseguida los devolverá» (Mt 21, 1-3).

Quizás la explicación más convincente —y la más respetuosa con el misterio— en lo que se refiere a los fines de una vocación, está precisamente en esto. El Señor que pone sus ojos sobre una creatura. El Señor que «tiene necesidad de ella». Para los fines que él sabe.

Ah, no es el caso de hacer el inventario de los méritos, de los límites, de las cualidades, de la capacidad, de los defectos de aquella «asna». Sirve indudablemente para algo. ¿Para qué en concreto? Es un secreto del Señor.

Cuando se trata de una persona, él no constriñe; no fuerza a nadie. No recurre a disimulos diplomáticos, a tácticas de prepotencia o de astucia. Se limita a lanzar un llamamiento, y se queda esperando, respetuosamente, casi con el sombrero en la mano, la respuesta, el «sí». Que cada cual debe pronunciar libremente.

«Si alguno os pregunta algo...».

Sí, hay mucha gente que se cree en el deber de hacer observaciones.

Estudiosos, teólogos, expertos, psicólogos, especialistas en problemas religiosos, sociólogos, curiosos de varios géneros, todos tendrían explicaciones que pedir y consejos que dar (también por costumbre).

Pero la explicación no es más que una: «El Señor tiene necesidad de ti».

¿Te puede bastar?

## GENEROSIDAD

La tercera verdad que salta a la vista, situándonos en el ángulo del misterio es la *generosidad de Dios*.

Hablando de la vocación, estamos acostumbrados a señalar la generosidad del que responde al llamamiento, su disponibilidad, su sacrificio, su desprendimiento.

Y olvidamos que la generosidad es, sobre todo, de aquel que, en la vocación, asume la iniciativa y llama, invita a alguno.

Por eso, lo nuestro es simplemente una respuesta. El sí a una invitación generosa. Consentir en una propuesta que nos eleva. «Me has seducido, Yahvé, y yo me de hejado seducir» (Jer 20, 7).

Un sí que implica ciertamente, esfuerzo, desprendimiento, desgarramientos, entrega, compromiso. Pero implica, sobre todo, el reconocimiento del «amor loco» de Dios.

«Por tanto, no se trata de querer o de correr, sino de que Dios tenga misericordia» (Rom 9, 16). Pablo demuestra que lo ha entendido todo, renunciando precisamente a entender. Porque se ha dado cuenta de que está por medio, esencialmente, la misericordia, la generosidad de Dios.

## Y NO QUEDA MÁS QUE MARAVILLARSE

Por consiguiente, el punto de vista del misterio significa, en el fondo, ser conscientes de que, en la aventura de la vocación, *la mayor parte queda escondida en Dios*.

Las negociaciones —invitación y respuesta, insistencia y dilaciones, propuesta y consentimiento, requerimientos y adhesión o rechazo— se desarrollan siempre entre dos. Sin testigos. Sin curiosos. Fuera se trasluce solamente algo, migajas, sobre las que los otros se lanzan con voracidad. Pero la trama esencial del *acontecimiento* sigue siendo un secreto. Y el interlocutor secundario, aun si lo intentase, no lograría explicarlo. Sería simplemente balbucir la propia confusión, el propio estupor.

Inútil querer saber e indagar «lo más» que permanece oculto.

Una vocación, lo hemos dicho, está marcada con el signo de lo imprevisible, de lo inescrutable y de la generosidad de Dios.

Por eso dejemos todo intento de saber, frente al acontecimiento de la vocación, de nuestra vocación; es más legítimo una actitud de asombro, de maravilla.

Y queda toda una vida a disposición para expresar nuestro estupor...

En esta perspectiva, se puede considerar el aspecto propiamente subjetivo de la vocación. Cada uno de nosotros elabora un «proyecto» que se refiere a él mismo.

Justamente se ha observado que, para un conejo de campo o una alondra, existe un solo modo de ser conejo o alondra. «Para el hombre, en cambio, hay millones de modo de ser hombre».

Intentemos, entonces, fijar, aunque sea sólo brevemente, la dinámica de este proyecto subjetivo.

## EL HOMBRE QUE SE INVENTA A SÍ MISMO

Marc Oraison, en el libro citado, distingue tres deseos fundamentales.

1. *Deseo de ser*. A dos niveles: la duración de la existencia, y la realización de sí mismo según una determinada imagen. El primer nivel es común con los animales (instinto de sobrevivir). El segundo es propiamente humano. Y se puede definir: «el deseo no sólo de vivir, sino de ser *éste*», o sea, tal persona determinada. Aquí la llamada la dirige el sujeto... a sí mismo. Es un llamamiento interior, aunque no excluye la influencia de los otros. Nos encontramos con el llamado *proceso de identificación*.

Podemos decir, por eso: *el hombre que se inventa a sí mismo*.

En un determinado momento, se despierta en el joven la percepción de la propia capacidad de ser un *sujeto* (ciertas educaciones paternalísticas o maternalísticas —es decir, demasiado «protectoras»— lo mismo que ciertas actitudes autoritarias, no favorecen ciertamente esta capacidad).

El *niño* expresa y realiza una determinada imagen de sí mismo en el *juego*.

Posteriormente —en la edad de la adolescencia— expresa una determinada imagen de sí mismo en el *sueño*, en el fantasear.

Más tarde (en cualquier caso no más allá de los diez y ocho años) se pasa de la *imaginación-sueño* a la *imaginación creadora*. Entonces el joven formula claramente su propio proyecto al contacto con la realidad, y se hace capaz de esfuerzo teniendo ante la vista aquel resultado que le parece el *suyo*.

De todos modos, «el deseo de ser sí mismo según una determinada imagen es indudablemente uno de los factores esenciales de lo que se llama una «vocación».

No todos entienden este lenguaje, sino solamente aquellos a quienes se les ha concedido...

Quien pueda entender que entienda (Mt 19, 11-12).

## LA VOCACIÓN, FENÓMENO TAMBIÉN HUMANO

Se ha dicho que la vocación representa el encuentro de dos libertades. En efecto, parte de una libertad y se dirige a otra libertad (tengamos presente que no existe solamente la libertad de elegir, sino también la de ser elegido).

Por consiguiente, hay la vocación considerada desde el punto de vista del misterio.

Pero también la vocación desde el punto de vista humano.

Normalmente se llama «vocación» una realidad que no se logra explicar. Pero, al menos, una pequeña parte de esta realidad es posible analizarla con nuestros instrumentos imperfectos, con la ayuda de la ciencia, de manera especial de la psicología.

Alguien<sup>1</sup> ha dicho: «Vocación, fenómeno humano».

Para evitar equívocos, podemos precisar: vocación, fenómeno *también* humano.

1 M. ORAISON, *Vocation, phénomène humain*, París 1970. El esquema, las consideraciones y las citas de la primera parte de este capítulo tienen este libro como punto de referencia.

2. *Deseo de hacer.* Al principio el niño descubre el «hacer» como respuesta a una pregunta. Es la madre que lo *llama* (he aquí donde encontramos la *llamada*) a hacer algo para ella.

Más tarde intuye la posibilidad de una acción autónoma.

Deseo de hacer, pues, como deseo de manifestarse (a sí mismo y a los otros) en una acción.

El niño comienza a utilizar las manos, no solamente para tomar, sino para hacer y, eventualmente, para ofrecer.

El muchacho comienza a decir: «Quiero hacer esto o lo otro...».

3. *Gusto de hacer.* En la elección de la actividad propia y de la propia manera de vivir, o de ser sí mismo, influye la experiencia del placer que se experimenta en el hacer una cosa determinada o en el ser de tal manera concreta.

Por eso el niño se siente impulsado instintivamente a *prolongar en el tiempo* aquella actividad o aquella manera de vivir en la que encuentra gusto.

Este último punto me parece bastante importante porque subraya la necesidad psicológica que un individuo puede encontrar en la propia vocación, un mínimo de *satisfacción de ser*, de realización de los propios deseos más profundos, un mínimo de placer.

Por lo cual, podemos concluir que la vocación, desde este punto de vista subjetivo, ofrece al individuo la posibilidad de llegar a ser «aquello que le permita la mejor realización de sí mismo para ser, grosso modo, feliz».

#### LA LLAMADA SE INSERTA EN UNA REALIDAD PREEXISTENTE

En este tejido de exigencias y de orientaciones individuales se sitúa la llamada del Otro, la cual no nos viene pegada a la piel desde el exterior, sino que tiene en cuenta algo que llevamos ya dentro.

Este segundo dinamismo es ilustrado con claridad por Enzo Bianchi <sup>2</sup>.

«Acoger la vocación o recibir un carisma de Dios no es recibir una cosa de él directamente sobre nuestra piel, no puede ser una violencia que se hace a una persona cualquiera sin tener en cuenta su estructura psico-somática.

2. E. BIANCHI, *Il celibato, fenomeno umano e cristiano*: Il Gallo» 2 (1971).

«Sentir la vocación significa más bien ver en nosotros, conocernos, descubrir de lo que estamos hechos, para qué queremos vivir, de qué manera podemos existir en plenitud de desarrollo.

«Recibir un carisma es descubrir en nosotros una aptitud, un valor de nuestra persona, una condición natural, y no algo extraordinario o trascendente.

«Lo que decimos que viene de Dios no es algo que nos ha sido dado en un cierto momento de nuestra vida, como si nos hubiese sido pegado por su voluntad inefable, sino que es algo que teníamos ya dentro. Nosotros, todo lo más, lo descubrimos, y consiguientemente, si lo ponemos al servicio de la comunidad, para utilidad de los otros, si lo destinamos a la construcción del cuerpo, se convierte en carisma. Porque no lo hemos guardado celosamente para nosotros, sino que lo hemos puesto al servicio de los hermanos.

«Tener vocación, sentir la vocación es simplemente aceptar lo que somos nosotros, aquello de que hemos sido hechos, y asumir, aceptar, evidenciar esta realidad. Todos nosotros tenemos cualidades, capacidades, posibilidades que asumidas y ofrecidas se convierten en carismas.

«Así es como obra en nosotros el Espíritu: no interviene cambiando lo que no puede cambiar, sino que se sirve de la realidad de que hemos sido hechos.

«Llamados por Dios, aunque hasta ahora no se ha interpretado así, debe significar para el cristiano haber entrevisto lo que somos y poder serlo viviéndolo mejor, (y no ya soportándolo) por los otros y por Dios.

«Es difícil pensar que la vocación pueda realizarse contra nuestro temperamento. Al contrario, ella debe utilizar nuestras posibilidades, hacer que fructifiquen nuestros talentos, como se suele decir, resulta un acuerdo entre lo que somos y lo que queremos ser.

«La pregunta que brota en este punto es quizás la siguiente: ¿Qué significado, qué fuerza y qué función tiene la palabra de Dios en todo esto?

«Yo diría que del encuentro entre mi situación, hecha de necesidad y de disponibilidad, y el llamamiento de la palabra, nace mi respuesta positiva y auténtica. La palabra de Dios es impo- tente frente a mis necesidades, pero puede actuar con fuerza en el ámbito de mis posibilidades. Pero, entendámoslo bien, *aquella* palabra de Dios, que *yo* he sabido descifrar, *yo* y no otro. Yo he visto en ella un signo y sólo para mí ella ha tenido un significado, solo para mí ella ha resonado con fuerza hasta hacerse para mí un llamamiento.

«Si la palabra de Dios se impone, sin tener en cuenta mi realidad, entonces ella se convierte en *ley* y la ley hace de mí un esclavo, y por consiguiente a corto o largo plazo un frustrado, un oprimido, amputa mis posibilidades de desarrollo, amenaza mi autenticidad.

Si la palabra de Dios, en cambio, ilumina mis posibilidades, las dirige y les da un sentido, entonces yo puedo elegir libremente, desarrollarme partiendo de estas posibilidades, y entonces mi elección se convierte en fuente de desarrollo y de autenticidad.

«La realidad de la vocación encuentra su sostén y su eje en el enfrentamiento entre la palabra de Dios y nuestras posibilidades, permaneciendo firmes las necesidades indeclinables del sujeto.

«El campo en el que se juega la vocación es aquel en el que se enfrentan, de un lado, *lo que yo soy* y *lo que la palabra de Dios me pide*, de otro, el espacio de *lo que yo puedo ser*».

Quiero concluir con una observación de Marc Oraison:

«En un cierto sentido la *vocación* se inscribe como expresión última de una reacción bastante común en la habitual existencia: *el deseo de dar a conocer alguien a alguno*.

«No se trata ya, en absoluto, de proponer o imponer un *saber*. No se trata de promover o difundir una *filosofía*...

«El religioso o el sacerdote no tienen ninguna *superioridad de saber*. Lo que transmiten no es el *saber*, sino el *conocimiento de alguien*, es decir, de Jesús que revela el misterio.

La observación me parece muy importante, porque se hace a base de criterios psicológicos. Como se ve, también desde este punto de vista, se llega a descubrir el motivo dominante de la vocación religiosa. Haber encontrado a alguien y desear darlo a conocer también a los otros.

Es un motivo que tiene el sabor de un gozoso descubrimiento. Aquel descubrimiento que hizo que los primeros discípulos, después de haber estado con Jesús, después de haber visto, sintieran la urgencia de revelar a los otros lo que habían descubierto:

«Hemos encontrado al Mesías» (Jn 1, 41).

## Aquél que debe crecer



Esta es, pues, mi alegría, que ha alcanzado su plenitud.  
Es preciso que él crezca y que yo disminuya  
(Jn 3, 29-30).

Estad siempre alegres en el Señor.  
Os lo repito, estad alegres... El Señor está cerca.  
(Flp 4, 4-5).



## «No soy yo», o sea, el valor de desaparecer

Al día siguiente ve a Jesús venir hacia él y dice:

He aquí el cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.

Este es por quien yo dije: Viene un hombre detrás de mí que se ha puesto delante de mí, porque existía antes que yo. Y yo no le conocía, pero he venido a bautizar con agua, para que él sea manifestado a Israel.

Y Juan dio testimonio diciendo: He visto al Espíritu que bajaba del cielo como una paloma y se quedaba sobre él. Y yo no le conocía, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: Aquel sobre quien veas que baja el Espíritu y se queda sobre él, ése es el que bautiza con el Espíritu Santo.

Y yo le he visto y doy testimonio de que éste es el elegido de Dios (Jn 1, 29-34).

### EL DEDO QUE SEÑALA A OTRO

Es menester descender a Betania, al otro lado del Jordán, donde Juan está bautizando. Es muy importante coger al vuelo una imagen, un gesto preciso: el dedo del precursor que señala a otro.

El día anterior Juan había recibido una delegación de gente importante, enviada de la capital con el concreto encargo de averiguar su identidad:

—¿Quién eres tú?

—Yo no soy el Cristo.

—¿Quién eres, pues? ¿Elías?

—No.

—¿Eres tú el profeta?

—No.

—¿Quién eres, pues? Dínoslo, para que podamos informar a los que nos han enviado. ¿Qué dices de ti mismo?

—Yo soy voz que clama en el desierto: Rectificad el camino del Señor, como dijo el profeta Isaías...

—¿Por qué, pues, bautizas, si no eres tú el Cristo, ni Elías ni el profeta?

—Yo bautizo con agua, pero en medio de vosotros está uno a quien no conocéis, a quien yo no soy digno de desatarle la correa de las sandalias (Jn 1, 19-27).

Ahora este «uno» está allí, mezclado con la muchedumbre de penitentes, y el Bautista no duda un momento en levantar el dedo:

—¡Helo aquí! El es cordero de Dios, la víctima que carga sobre sus espaldas los pecados de todo el mundo...

Realmente este es un gesto muy significativo.

Juan no atrae ni por un momento siquiera el interés de los discípulos sobre su persona. Sino que lo desvía inmediatamente hacia el personaje principal que ha hecho por fin su aparición.

Se diría que su misión es la de *apartar* la atención de la gente de su figura de profeta para polarizarla sobre la figura del otro que se ha presentado (pero andando de puntillas, discreto, anónimo, a la espera de que alguien le reconozca...).

#### EL ÉMULO VIENE A SEGAR EN SU CAMPO

«El día siguiente» (lo que no significa necesariamente un dato cronológico, sino sencillamente una sucesión de acontecimientos), Juan apunta otra vez con el dedo señalando al otro.

«Al día siguiente se encontraba de nuevo allí Juan con dos de sus discípulos. Fijándose en Jesús que pasaba dice: He aquí el cordero de Dios» (Jn 1, 35-36).

El dedo que señala al otro cuesta a Juan la pérdida de dos de sus discípulos, los cuales, después de haber oído las palabras del maestro, «siguieron a Jesús» (Jn 1, 37).

Estos habían venido de lejos (eran galileos como los otros compañeros) y habían alcanzado a Juan en el territorio de la Peerea para estar con él un poco de tiempo, para aprender algo en su escuela de austeridad, para hacer un retiro penitencial. Y en la escuela de Juan acaban por encontrarse con Jesús (oh, si todos los que vienen a nuestras casas, para reuniones, semanas de estudio, discusiones, encuentros, etc., tuvieran la agradable sorpresa de encontrar a Cristo!...).

Y abandonan al viejo maestro para marchar detrás del nuevo recién llegado, el... émulo.

Jesús, cosa extraña, recluta sus primeros seguidores en el círculo de los que seguían a Juan. Se los arrebató sin más. ¡Ha venido a segar en el campo del otro!

Pero el precursor, lejos de enojarse, es el primero en alegrarse por ello. No ve en Cristo a un émulo molesto para la propia fama, la propia popularidad o la propia tarea.

Al contrario, es él el que toma la iniciativa para que le abandonen sus propios discípulos, a los que confiesa con claridad que el otro es el único maestro.

«Los dos discípulos le oyeron hablar así y siguieron a Jesús».

Para el Bautista esto está muy bien, es exactamente lo que hay que hacer. «Es preciso que él crezca y que yo disminuya» (Jn 3, 30).

Esta es su lógica. Que, después de todo, es distinguir exactamente, aunque sea también dolorosamente, una gradación jerárquica. Y no permitir, en ningún caso, que se inviertan los papeles, y el personaje principal sea relegado a un rincón, mientras los otros alegan la ridícula pretensión de dominar la escena.

#### UNO QUE HACE SITIO

El dedo de Juan el bautizador que señala, sin demora, la llegada del protagonista, representa el símbolo más eficaz de los límites en que debe situarse todo testimonio religioso que intente cumplir rigurosamente con el deber sin entretenerse en la peligrosa zona de la complacencia personal y de la confusión de los grados.

Desearía proponer una definición un poco insólita de la verdadera persona religiosa (y pienso, quede esto bien claro, en un individuo dotado de una fuerte personalidad, con un especial atractivo, lo mismo a nivel humano que en el espiritual, no en un pobre ser insignificante). La definición sería ésta: «Uno que *cede el puesto*». Es decir, el verdadero testigo no es nunca pesado, asfixiante, absorbente, sino que hace sitio a los demás.

Cede el puesto al otro.

Concede espacio a la libertad de los otros.

Sabe que su misión es la de provocar el encuentro, favorecerlo y prepararlo. Pero cuando esto sucede, él no está para incomodar, ni para hacer de maestro de ceremonias, ni tampoco para invitado obligado. Se retira, más bien, discretamente.

Si es ignorado, u olvidado, no se dedica a refunfuñar. Al contrario, se alegra porque el acontecimiento esencial se ha verificado,

y todo lo que se refiere a su persona resulta completamente secundario.

Ciertamente, no es fácil para una persona que debe ejercer un fuerte influjo sobre los otros, mantener este delicado equilibrio entre dos libertades.

Resulta difícil resistir a la tentación de identificarse con el otro, y de hacer sus veces.

Resulta difícil resistir a la tentación, todavía más engañosa, de suprimir la libertad ajena, imponiendo nuestros esquemas, nuestros plazos y nuestros... ritos para el encuentro.

Para evitar estas tortuosidades, es necesario un notable y asiduo esfuerzo ascético (no por nada el Bautista es el hombre de la penitencia), una excepcional capacidad de mortificar nuestras pretensiones más... molestas.

El verdadero testimonio une, a un coraje extraordinario, una extraordinaria discreción; a una irresistible fuerza de choque, un acentuado respeto de la libertad; a una descollante personalidad, una sobresaliente capacidad de... desaparecer. Incomodidad y pudor, en suma.

En otras palabras, el testigo auténtico es *uno que sabe desaparecer en el momento justo*, para dejar libre el campo a los verdaderos e insustituibles protagonistas del encuentro.

Un encuentro que ha preparado él <sup>1</sup>, que lo ha esperado, que le ha hecho sufrir, por el que ha rezado y trabajado, que ha deseado intensamente. Y por el que ahora paga el precio quizás más

1. Y aquí desearía aludir solamente a la necesaria y obligada paciencia en la preparación del encuentro. Paciencia que quiere decir respetar las etapas, los ritmos, las mentalidades de los otros. Se trata de evitar las cosas forzadas. No imponer comportamientos que no corresponden a convicciones interiores. No intentar «prácticas» que no estén justificadas por una maduración y una exigencia y una responsabilidad profundas.

Ciertas personas religiosas excesivamente... celosas, si no logran llevar a los otros a los sacramentos a corto plazo, se sienten casi culpables y tienen la impresión de que traicionan su propia misión. Si no entablan inmediatamente conversación sobre «las cosas del alma» tienen la impresión de perder el tiempo y de aparecer... poco espirituales. Es necesario recordar que una relación de amistad tiene también un valor religioso. Y la llegada de la gracia hay que prepararla pacientemente, respetando también los «largos plazos», y potenciando los contactos humanos.

Ciertas prisas excesivas, ciertas propuestas intempestivas, ciertos sistemas precipitados y simplistas terminan por producir grandes males —a veces irreparables—, y crear situaciones ambiguas y precarias. Los resultados inmediatos van siempre en daño de una verdadera maduración. El ilusionarse con «saltar» impúneamente ciertas etapas se paga indefectiblemente, a corto o largo plazo, con amargas sorpresas.

difícil: el marcharse de puntillas, para no molestar, sin esperar siquiera un gesto de saludo, o una invitación a la fiesta.

Bien. Se trata de aprender del precursor esta importantísima lección: el coraje de decir «no soy yo».

Es decir, la honestidad de presentar a aquel que es el esperado, el que ofrece todas las garantías, el que no decepciona, sin intentar el peligroso juego del cambio de puestos.

Cuando entra él en escena —y nosotros hemos trabajado para despejarle el camino de obstáculos— es necesario desaparecer, dejar despejado el campo. De lo contrario hay peligro de estropear la fiesta.

Será bueno, de cuando en cuando, refrescar la memoria. Para concretar bien los papeles: quién es el protagonista y quiénes son comparsa. Para aprender exactamente el tiempo de la acción. Y, sobre todo, el tiempo de la salida... Un retraso, en este sentido, puede resultar fatal (además de exponernos al ridículo).

Me olvidaba. Y si el protagonista tarda en llegar, nuestra misión es la de fomentar y mantener la espera, y purificar la mirada para hallarse en condiciones de reconocerlo. ¡No de sustituirlo!

# El estúpido mira el dedo (pero no toda la culpa es suya...)

Se suscitó una discusión entre los discípulos de Juan y un judío acerca de la purificación. Fueron, pues, donde Juan y le dijeron:

Rabbi el que estaba contigo al otro lado del Jordán, aquel de quien diste testimonio, mira, está bautizando y todos se van a él.

Juan respondió:

Nadie puede arrogarse nada si no se le ha dado del cielo. Vosotros mismos me sois testigos de que dije: Yo no soy el Cristo, sino que he sido enviado delante de él. El que tiene a la novia es el novio; pero el amigo del novio, el que asiste y le oye, se alegra mucho con la voz del novio. Esta es, pues, mi alegría, que ha alcanzado su plenitud. Es preciso que él crezca y que yo disminuya.

El que viene de arriba está por encima de todos: el que es de la tierra es de la tierra y habla de la tierra. El que viene del cielo está por encima de todos... (Jn 3, 25-31).

Otra vez Juan reafirma la lección precedente.

En abierta contradicción con la actitud del Bautista se dan dos «males» que pueden arraigar en la vida religiosa: el complejo de monumento y el instinto parasitario. Examinémoslos brevemente.

## EL COMPLEJO DE MONUMENTO

Sufren de este mal —más bien grave— los que tienen propensión a imantar la mirada de los otros sobre la propia persona (o la propia capacidad, o celo, o bondad) sin preocuparse por dirigirla en el sentido justo, hacia «aquel que ha de venir».

Lo he definido «complejo de monumento», porque estos maestros, inconscientemente, por una especie ya de deformación profesional, lo ven todo y a todos con referencia al propio monumento personal.

Cualquier cosa —también el apostolado, la caridad, el interés por los demás<sup>1</sup>, hasta la oración y el espíritu de sacrificio— se convierte en material que afirma el pedestal sobre el que destaca dominante la imagen de ellos... llena de singular encanto.

La cuestión resulta desde luego escandalosa cuando se reduce la caridad a un «medio» que se subordina a este fin egoísta. Hay algunas personas que se muestran bondadosas, condescendientes, generosas, comprensivas, altruistas con su cuenta y razón... Por un estudiado cálculo de popularidad y de prestigio. Con lo que se convierten en repugnantes «mercenarios del amor». Aun cuando el precio que se cobra no sea el dinero, sino un tributo de admiración por haber erigido el monumento a la propia bondad!

Hay algunos peligrosos equívocos sobre el amor y el deseo de ser amados.

Es oportuno recordar la severa advertencia del cura de Torcy: «El buen Dios no ha escrito que nosotros debemos ser la miel de la tierra, sino la sal» (G. Bernanos).

Casi siempre la preocupación por ser amados va acompañada de cobardía, de debilidad y alguna vez de compromisos más mezquinos. Y se transforma indefectiblemente en pérdida de la propia libertad.

Juan se alimentaba con «miel silvestre», pero no intentó jamás *seducir* a ninguno valiéndose de la aureola de su fama profética. Al contrario, se alegraba cuando alguno se apartaba de él para seguir al otro. «Esta es mi alegría, que ha alcanzado su plenitud»...

Oigamos otra vez la voz del cura de Torcy: «Nuestro pobre mundo se asemeja al patriarca Job, tendido sobre su estercolero, lleno de llagas ulcerosas. La sal sobre la propia piel quema ciertamente. Pero impide también la putrefacción. Uno de vuestros tópicos, además del de acabar con el diablo, es el de ser amados, amados por ser quien sois, se entiende... Un verdadero sacerdote jamás es amado, recuérdalo!».

El «complejo de monumento» se cura solamente a golpe de pico. Es necesario hacer pedazos inexorablemente nuestra imagen expuesta a la pública admiración. Demoler todo aquello que en

1. He conocido un pobrecito, aquejado de este «complejo de monumento», que ha lanzado como pasto a una entera comunidad la triste historia de algunas personas, que un elemental sentido del pudor debería haber conservado envuelta en la más celosa reserva. Y todo esto, evidentemente, para subrayar las propias condiciones de «buen pastor», que recuperara las ovejas extraviadas. ¡Inaudito! En realidad era el grosero intento de cultivar... el propio monumento de apóstol comprometido en campos difíciles.

nosotros tiende a retener, a bloquear, en vez de empujar hacia el otro.

Nuestra misión no es la de ser muro, sino puerta abierta hacia lo único necesario, paso (ni siquiera obligado) hacia una realidad infinitamente superior, brecha que deja entrever el ilimitado espacio de la libertad de los hijos de Dios.

Vengan, pues, los golpes de pico para abatir el «complejo de monumento». Y, al mismo tiempo, una especie de revolución copernicana. Desalojar el «yo» del centro del universo que ocupa indebidamente, y comenzar a girar, juntamente con los demás, en torno al único sol.

Una revolución sencillísima —aunque sea difícil y costosa—: apartar el yo y colocar a Dios en su verdadero puesto.

«Ahora es él el que debe crecer y yo disminuir». He aquí el verdadero signo de que se ha logrado la curación del complejo de monumento. Nuestro «hacernos pequeños» es el crecimiento del otro.

Y asistir a este fenómeno, no con el aire de enojo y mal humor del que ha sufrido una injusticia; sino con la alegría, la profunda satisfacción del que reconoce que «esto es justo» y que «así las cosas quedan en su sitio».

#### EL INSTINTO PARASITARIO

Se manifiesta con dos síntomas clamorosos: el afán de rivalidad, que provoca discordias y divisiones. Y la envidia, que es siempre fuente de innumerables sufrimientos, cementerio de muchas generosidades, responsable de la desaparición de muchos bienes.

1. *Afán de emulación.* «Se suscitó una discusión entre ellos sobre quién de ellos sería el mayor» (Lc 9, 46). Jesús hablaba de la pasión ya próxima y los discípulos no discutían sobre el honor de seguirlo hasta el Calvario, sino que disputaban sobre su propia grandeza.

En nuestro campo, cuántas mezquinas rivalidades por cuestiones de prestigio, pequeñeces puntillosas, ridículos honores. Hay complicadas precedencias no reconocidas. «Mi puesto», hasta en el banco de la iglesia o en el comedor. Increíble. Se deja todo para seguir a Cristo y después a lo largo del camino —quizás después de treinta años o más de vida religiosa «ejemplar»— uno se en-

tre tiene en disputar por semejantes bagatelas, y se llega a mantener el enfado (cualquier referencia a personas o hechos concretos no es casual).

Y nace el fenómeno de las capillitas. Cada una con sus propios ritos, programas, altares, santos protectores y eminencias más o menos grises.

«He sabido de vosotros que existen discordias entre vosotros. Me refiero a que cada uno de vosotros dice: 'Yo soy de Pablo', yo de Apolo, yo de Cefas, yo de Cristo» (1Cor 1, 11-12).

Yo interpreto —y me agrada observar que hay grandes exegetas que piensan lo mismo que un despistado como yo en la materia— la frase final «yo de Cristo», no como la declaración de un enésimo grupo que se adhiere a Cristo, sino como el grito de protesta de Pablo que pone las cosas en su punto. Es decir, a aquellos que se jactan «yo soy de Apolo», «yo soy de Cefas», Pablo les arroja a la cara la elemental realidad que todos parecen haber olvidado: «Pues yo soy de Cristo».

Una comunidad no debe estructurarse en torno a una persona —aunque sea muy prestigiosa—, sino en torno a Cristo.

La unidad no se consolida multiplicando abusivamente las columnas, puramente ornamentales, sino descubriendo con claridad el centro, lo único necesario.

No se trata de influir sobre los otros, de dominarlos, sugestionarlos o manipularlos, sino de orientarlos hacia Cristo.

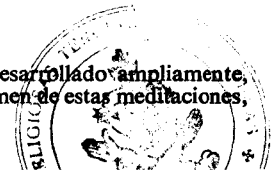
No se trata de vencer, conquistar, tener poder, gozar de prestigio, sino de llevar a Dios.

No se trata de combatir nuestras guerrillas personales, para ampliar nuestra zona de influencia, sino de dirigir una lucha seria para dilatar los confines del reino.

2. *Envidia.* No se podrá hacer nunca, por desgracia, un inventario completo de los sufrimientos provocados por estúpidos motivos de celos y, sobre todo, un inventario completo del bien que se ha impedido hacer, por haber sido envenenado en la fuente a causa de esta baba verdaderamente diabólica<sup>3</sup>.

Aludo aquí brevemente tan sólo al fenómeno de la *envidia entre congregaciones religiosas*. «Maestro, aquel que estaba contigo a la otra parte del Jordán... ahora bautiza y todos acuden a él...». Hay siempre algunos «celosos» preocupados y llenos de sospechas por el bien que hacen los otros.

3. El tema de la envidia y de los celos será desarrollado ampliamente, en relación con la vida comunitaria, en el tercer volumen de estas meditaciones, de próxima publicación.



«Maestro, hemos visto a uno que expulsaba demonios en tu nombre, y tratamos de impedirselo, porque no viene con nosotros» (Lc 9, 49). ¿Entendido? No es de los nuestros. No tiene permiso...

Competencias, cuestiones de prestigio y superioridad, particularismos, exclusivismos (hasta referidos a los santos), necios egoísmos de campanario.

Algunos confunden el amor al propio instituto con el espíritu de clan. Una cosa es amar más (por lo tanto, preferir, *pre-diligere*) a la propia familia religiosa, y otra cosa es considerarla *superior* a las otras. El primer amor es legítimo y hasta obligado. En el segundo caso, en cambio, se da el anómalo fenómeno del campanilismo, responsable de divisiones, desconfianzas y hasta sordas hostilidades.

Y después, *la envidia a nivel personal*. Esta es señal segura de inmadurez —aun desde un punto de vista humano—. Es la que impide y obstaculiza la maduración del bien en el campo de los otros.

Quien paga los vidrios rotos de esta malsana vegetación es siempre la vida. Por eso he definido los fenómenos de rivalidad, discordias, y envidias como «instintos parasitarios». De hecho se alimentan a expensas del árbol principal, y por consiguiente a expensas de la vida.

Cuando cada cual cultiva su propio huertecito particularísimo, es inevitable que permanezca inculto precisamente el campo del Señor. Más aún, el campo del Señor es saqueado, explotado, o por lo menos se le limita, en ventaja del propio terreno abusivo.

Aquí es el caso de decir: cuando nosotros nos engréimos y tenemos la pretensión de hacernos «grandes», él se hace pequeño, se hace invisible.

Cuando queremos *imponernos*, nos transformamos en pantalla, o muro que reduce o tal vez llega a impedir la vista del otro.

#### UN BAÑO PURIFICADOR

Dice un proverbio chino: «Si señalas con el dedo el cielo a un tonto, el tonto se queda mirando tu dedo».

Es un fenómeno nada raro en la vida religiosa. Pero la culpa no es sólo del tonto. Puede ser también de aquel que se complace en que los otros se detengan a admirar el vasto panorama de... su dedo.

Para inmunizarse contra este peligro, será bueno bajar al Jordán y permanecer en compañía de Juan para un largo retiro penitencial.

Será posible, entonces, que se nos imprima bien en el pensamiento aquel gesto suyo asombroso pero «justo», expresado con el dedo que señala a «aquel que ha de venir».

Un gesto que importa desprendimiento, sufrimiento e impulso decidido hacia el otro.

Esta es la verdadera penitencia, la verdadera conversión.

Conversión nuestra y de los otros.

La conversión implica, efectivamente, un cambio de dirección, un viraje. Es decir, una capacidad de acertar con la dirección justa, y proporcionar a los otros la *orientación exacta*. «No soy yo...». «Vedlo, es él!».

Para esta práctica penitencial se hacen necesarios frecuentes baños en el Jordán, en sus aguas purificantes. Hasta que este «bautismo» no nos haya limpiado de todas las escorias del amor propio, de la vegetación abusiva y parasitaria que albergamos, y de todas las costras... monumentales que llevamos encima.

# Una respuesta sencillísima a una pregunta embarazosa

Al día siguiente, se encontraba de nuevo allí Juan con dos de sus discípulos. Fijándose en Jesús que pasaba, dice:

He aquí el cordero de Dios.

Los dos discípulos le oyeron hablar así y siguieron a Jesús.

Jesús se vuelve, y al ver que le seguían dice:

¿Qué queréis?

Ellos le respondieron:

Rabbi —que quiere decir Maestro— ¿dónde vives?

Les respondió:

Venid y lo veréis.

Fueron, pues, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día.

Era más o menos la hora décima (Jn 1, 35-39).

## DIARIO DE UNA VOCACIÓN

Jesús recluta sus primeros discípulos en el ambiente del Bautista. Eran galileos llegados al Jordán, en la comarca de Perea, para hacer unos días de retiro con el profeta del que hablaban todos. Y, por la tarde, se encuentran en casa de otro Maestro.

Jesús ni siquiera ha tenido necesidad de llamarlos —la llamada oficial, definitiva, será más tarde—. Son ellos los que, casi instintivamente, van detrás de él.

En estas páginas del evangelio de Juan hay un encanto muy particular. Uno queda impresionado por la precisión de los detalles —indicaciones del lugar, de la fecha, hasta de la hora— con un cuadro rico en observaciones sorprendentes, en matices. La cosa no debe extrañar, tratándose de un testigo ocular, más aún, de un protagonista.

En realidad, uno de los dos discípulos que siguen a Cristo es él en persona, Juan, aunque no lo dice y mantiene el anónimo, como hará más tarde en su evangelio respecto a los hechos que tratan de él personalmente (ahora no puede decir todavía «el discípulo al que Jesús amaba»).

Aquí el apóstol cuenta el encuentro que cambió totalmente su existencia. Es la historia —casi un diario— de su vocación. Y es natural que conservara estos recuerdos con una especie de celosa ternura.

Sólo que acerca del coloquio que sigue no deja traslucir nada. «Y se quedaron con él aquel día». Sería interesante saber lo que se dijeron los tres durante aquellas horas (conociendo las costumbres de los orientales — las cuatro de la tarde es ya una hora tardía— todo hace suponer que Andrés y Juan cenaron con Jesús y fueron huéspedes suyos también durante la noche).

Pero en este punto Juan nos decepciona. El que describirá con detalles los coloquios con Nicodemo o la Samaritana, no dice ni siquiera una palabra acerca del tema de la conversación de aquellas horas.

¿Sentido de pudor por algo que debe permanecer en la intimidad de una persona y hay que sustraer, por consiguiente, a la curiosidad indiscreta? O tal vez una indicación de esta índole más o menos: lo importante no es lo que nos dijimos, sino el hecho de estar allí reunidos con él. Ciertos momentos, ciertos encuentros son «gracia», prescindiendo de las palabras que se pronuncian.

## NO LO ESPERÁBAMOS

«¿Qué queréis? ¿Qué buscáis?».

Fueron cogidos de improviso. No se esperaban aquella pregunta, y se sintieron en apuro.

No encuentran más solución que responder, a su vez, con una pregunta banal:

—Maestro ¿dónde vives?

Debió sonreír ante aquella ingenua salida. De todos modos, les responde complacido y cortés:

—Venid y ved.

Detengámonos un poco en la consideración de aquella pregunta. Cristo que se vuelve hacia ellos, los mira, y trata de informarse:

—¿Qué buscáis?

Adelante. Con aquella mirada interrogante sobre ellos, es necesario decidirse a responder.

Para nosotros la pregunta exige una doble precisión. Se dobla de esta forma:

—¿Qué buscábamos antes?

—¿Qué buscamos ahora?

En la ocasión de nuestra respuesta a la primera llamada ¿qué buscábamos? ¿Cuáles eran nuestros ideales? ¿Qué era lo que nos impulsaba a seguir a Jesús? ¿Cuáles nuestros proyectos? ¿Y cuáles nuestros sueños? ¿Qué perspectivas? ¿Cómo deseábamos gastar nuestra vida?

Y ahora, después de diez, veinte, treinta años de vida religiosa ¿qué es lo que buscamos todavía?

¿No hemos hecho uso, acaso demasiado frecuente de las tijeras, en el sentido de que hemos:

reducido el proyecto originario,

recortado los ideales,

empequeñecido los horizontes,

disminuido las pretensiones,

descartado algunos fines excesivamente comprometidos,

eliminado los sueños de grandeza,

estrechado las perspectivas?

Y nos hemos contentado con mucho menos.

Hemos elaborado diversos arreglos.

Efectuado numerosas transacciones.

Nos hemos convertido en creaturas «razonables».

«Bien, en fin de cuentas...».

«Dios no pretende tanto...».

«Por otra parte, estoy bastante bien, los hay que están peor que yo».

«Tampoco se debe exagerar...».

Así las tijeras se han puesto al rojo vivo, de tanto uso.

Y nos encontramos con un miserable pedazo de papel entre las manos. El proyecto inicial es casi irreconocible, de tan empequeñecido.

¿Qué buscáis?

Juntamente con Dios ¿no nos hemos puesto acaso a buscar otra cosa que tiene poco que ver con él, y que termina por hacernos perder hasta el mismo objeto de nuestra búsqueda?

¿Estamos seguros de buscar propiamente a Dios?

Ciertas mezquindades, cierto amor propio, ciertas pequeñas grandes vanidades, deseos de estimación, avideces, o cálculos ¿a título de qué entran en el programa «Dios solo»?

¿Qué buscabas?

¿Qué buscas?

¿Ha sido respetado el programa original? ¿O has realizado la desenfadada «operación reducción»? O tal vez, peor, ¿has deslizado dentro furtivamente, números absolutamente «fuera de programa», que lo falsean y lo desnaturalizan todo?

¡Animo! Verifiquemos lo que ha sucedido.

## LA SEGUNDA VOCACIÓN

«Venid y veréis».

También nosotros hemos ido. Hemos visto.

Ha habido contacto con la realidad. El ideal ha bajado a una situación concreta, a un ambiente determinado.

Tales personas. Tal trabajo. Tales exigencias. Tales dificultades. Tales cansancios.

...Y estas desilusiones.

El desgaste de los días de trabajo, formados por las cosas acostumbradas, la acostumbrada tarea, las acostumbradas ocupaciones banales, los acostumbrados defectos, las acostumbradas incomprensiones.

El episodio desagradable, la injusticia que te deja sin respiración.

La mezquindad de cierta gente que te da un sentido de abatimiento.

Las cerrazones injustificadas, los retrasos, que deterioran las más legítimas esperanzas.

La hipocresía que te disgusta.

«Fueron y vieron donde vivía» ...Pero, en los conventos, además del Señor, parece que habitan también los hombres. Y donde hay humanidad, hay miserias.

El, el Señor no decepciona. Pero las personas, sí, son especialistas en decepciones.

Entonces uno se siente desalentado.

«¿Vale la pena?...». Se pregunta uno.

He aquí que has llegado a una etapa decisiva en tu vida religiosa.

Al principio, respuesta a la vocación significaba entrar en el convento.

Ahora significa decisión de permanecer, después de haber encontrado una razón válida.

Es la segunda vocación.

La primera vez bastaba quizás el entusiasmo.



Ahora el entusiasmo no basta ya. Mejor: el entusiasmo debe apoyarse en sólidas razones, que son naturalmente diversas de las de hace veinte años.

Al principio, seguir a Cristo podía ser algo casi instintivo. Era el heroísmo de una decisión. Era correr detrás de un ideal en su estado puro.

Ahora es el heroísmo de la fidelidad que supera la prueba del tiempo. Ahora significa responder, conscientemente, a una segunda llamada, después de haber visto que el ideal ha descendido a una determinada realidad, no siempre confortadora, sino al contrario a veces decepcionante.

Y la fidelidad a él, pese a todo. Después de haber experimentado, dolorosamente, que solamente él ofrece todas las garantías. Solamente él no decepciona.

La respuesta a esta segunda vocación es la decisión de una persona madura. Quiero decir una persona madurada en el choque —y las correspondientes sacudidas— de una realidad más bien ingrata.

Una persona consciente de que, pese a todo, «vale la pena» proseguir, o más bien recomenzar. Con tal que todo se oriente exclusivamente hacia él.

Lo contrario sería permanecer bajo el signo de la confusión, del equívoco, siempre expuestos a las más punzantes desilusiones.

He aquí, pues, cómo la respuesta a la pregunta «¿qué buscáis?», puede ser extraordinariamente simple, y a la vez muy comprometida.

Quizás basta solamente una palabra.

Pero es necesario un trabajo duro y constante de purificación —y muchos fragorosos derrumbamientos de ilusiones— hasta llegar a pronunciar, con conocimiento de causa, esta sola palabra de respuesta.

## Ven y verás lo que hemos encontrado

Andrés, el hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que habían oído a Juan y habían seguido a Jesús. Este se encuentra con su hermano Simón y le dice:

Hemos encontrado al Mesías —que quiere decir, Cristo. Y le llevó donde Jesús. Jesús, fijando su mirada en él le dijo: Tú eres Simón el hijo de Juan; tú te llamarás Cefás (que quiere decir, piedra). Al día siguiente, Jesús quiso partir para Galilea. Se encuentra con Felipe y le dice:

Sígueme.

Felipe era de Betsaida, de la ciudad de Andrés y Pedro. Felipe se encuentra con Natanael y le dice: Hemos encontrado a aquel de quien escribieron Moisés en la Ley, y también los profetas: Jesús, el hijo de José, de Nazaret. Le respondió Natanael: ¿De Nazaret puede haber cosa buena? Ven y lo verás.

Vio Jesús que se acercaba Natanael y dijo de él: Ahí tenéis un israelita de verdad en quien no hay engaño. Le dice Natanael: ¿de qué me conoces?

Le respondió Jesús:

Antes de que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi.

Le respondió Natanael:

Rabbi, tú eres el hijo de Dios, tú eres el rey de Israel.

Jesús le contestó:

Por haberte dicho que te vi debajo de la higuera ¿crees? Has de ver cosas mayores.

Y añadió:

Yo os aseguro: veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el hijo del hombre (Jn 1, 40-51).

### LOS ALUMNOS SABEN YA MÁS QUE EL MAESTRO

La historia de una vocación se dilata, se convierte en una comunicación alegre de un encuentro, de una experiencia decisiva.

La historia de la vocación llega a ser noticia, historia fascinante, a través de una trama de amistades.

Una llamada se convierte en una invitación a muchos. Invitación tanto más digna de fe cuanto que se transmite mediante un tono de estupor, de descubrimiento entusiasta.

La llamada del Maestro se hace sentir o directamente o a través de llamadas de los amigos. Los dos primeros se presentaron por una indicación muy precisa del Bautista. Los demás van llegando como consecuencia de las informaciones de los primeros protagonistas. En algunos casos es Jesús mismo el que «encuentra». En otros son los discípulos los que se encargan del reclutamiento.

Así es como la noticia llega hasta Natanael, que es un tipo original. Vale la pena que nos detengamos un momento en este personaje <sup>1</sup>.

Natanel es sin duda el intelectual del grupo. Culto, goza de un cierto prestigio intelectual, con la garantía de su más que notable familiaridad con la Escritura. Está preparado para explicar la Biblia a los otros y para señalar los pasajes en que se anuncia al mesías <sup>2</sup>.

Así las cosas, un día, un alumno suyo, Felipe, se le planta delante y le anuncia con aire de triunfo:

—Sabes, aquel de quien nos hablabas a diario, esto es el mesías anunciado por Moisés y los profetas, pues... ahora lo conocemos... Lo hemos encontrado!

Es extraordinaria esta revelación del discípulo al maestro, dentro de su ingenuidad y de su involuntaria ironía.

Como si dijese: tú nos has hablado frecuentemente de él, nos le has mostrado a través de libros y de explicaciones teóricas. Y nosotros, le hemos encontrado en la calle. Hemos hablado con él. Hemos estado con él. Y hasta nos ha hospedado en su casa. Si quieres... te lo podemos presentar, te lo podemos dar a conocer... ¿Aceptas?

¡Cuántas disquisiciones sutiles, qué infinidad de precisiones doctrinales, qué cantidad de pruebas, de demostraciones teóricas! Se señala el camino, para llegar a él mediante arduos y complicados itinerarios, pasos obligados y etapas bien precisas. ¡Cuánta historia! Hace falta ser «especialistas» en la materia; y mira por donde se acerca el último de la clase, aquel que habitualmente no entiende nada y te dice con toda tranquilidad:

—¡Yo le encontré! lo conozco personalmente. Ha sido todo muy sencillo.

Esta mañana cuando merodeaba por las calles...

1. Para esta interpretación nos fundamos en las bellas páginas que le dedica R. Bernard, *Le mystère de Jésus I*, Paris, 69 s.

2. San Agustín le hará la faena de excluirlo de la lista de los apóstoles y ¡precisamente por su preparación intelectual! A Natanael, sin embargo, se le identifica con el apóstol Bartolomé.

Recuerdo una viñeta aparecida en un periódico. En todos los rincones de la tierra se dan teólogos «vedette». Otean el horizonte, lejanísimo, y lo hacen por medio de potentes prismáticos. Algunos, para ver mejor, se suben en una pila de libros gordos, en escaleras de silogismos, en montañas de doctas investigaciones. Y allí está el niño a dos pasos, rodeado de una tropa de chiquillos que juegan con él sin ningún problema...

«Yo te bendigo Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios y prudentes, y se las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito» (Mt 11, 25-26).

Pero volvamos de nuevo a Natanael. Este arruga la nariz cuando Felipe entusiasmado por su hallazgo, pasándose de la raya dice:

—...Es Jesús de Nazaret, hijo de José.

Entonces Nazaret era un puebluco insignificante, de menor categoría que Caná, que era el pueblo más importante de la región. Y Natanael que era de Caná, miraba con un cierto desprecio a los de Nazaret. En estas circunstancias era comprensible su observación sarcástica:

—¿De Nazaret? ¿Puede salir algo bueno de Nazaret?...

Felipe no se deja enredar en esta discusión:

—Ven y lo verás con tus propios ojos.

Natanael, aunque tiene sus defectos, es honesto. Y por eso echa a andar detrás de su alumno...

#### POR QUÉ MUEREN LAS VOCACIONES

Ya estamos. Otra vez con el problema de las vocaciones a vueltas. Mejor, de la crisis de vocaciones. Hablan todos, todos se lamentan, se buscan las causas con un montón de responsabilidades a descargar sobre unos u otros.

En la página del evangelio que hemos citado más arriba, se ve el problema desde una perspectiva fundamental: la de las mediaciones.

—¡Hemos encontrado al mesías!

El fenómeno de la vocación sigue siendo un misterio que hay que respetar, y frente al cual nuestros excursus y nuestras prédicas cuanto más insistentes son, más ridículas aparecen.

Misterio de una llamada de Dios bajo el signo de la gratuidad y de la libertad.

Misterio de una respuesta por parte de la persona bajo el signo de la libertad.



Es, sin embargo, en el terreno sagrado de este doble misterio donde, precisamente, encuentra su espacio la mediación humana. Discreta, al mismo tiempo que eficaz, y a veces hasta determinante. Puede ser el cauce para la percepción de la llamada y para estimular la respuesta.

No se trata sólo de «hacer conocer», informar, iluminar, sino más bien de manifestar la belleza de un ideal, en concreto, a través del testimonio de la propia experiencia.

—¡Hemos encontrado al mesías!

El conocimiento y la información tienen el poder de esclarecer el sentido de la llamada.

Pero la «prueba» convincente del propio descubrimiento está pidiendo la respuesta, animándola.

—Ven y verás.

Mírame. Date cuenta de lo que soy. Fíjate cómo me he realizado, qué alegría y qué libertad encontré.

La «propaganda», la «publicidad» (me encuentro en las hojas vocacionales con esta terminología sospechosa y equívoca) en pro de la vocación tienen valor a nivel de una demostración práctica desde un punto de vista existencial. (Solamente así se evitarán informaciones vulgares, intervenciones desafortunadas, se respetará la libertad del otro y se sugerirá una decisión sin forzar indebidamente).

«No es que falten vocaciones, es que se acaban». Este es el diagnóstico del cardenal Garrone. Y yo añadiría: mueren sobre todo por falta de mediaciones humanas.

Como se ve, el problema, además de afectar a los que «no llegan», está condicionando muy de cerca a los que viven dentro.

#### UNA FASCINACIÓN QUE NO SE VE

Es inútil echar la culpa al clima de indiferencia religiosa, a la actual incapacidad de sacrificio de los jóvenes, a las dificultades de la educación familiar, a la influencia de un mundo fascinadamente edonista y de una sociedad secularizada.

Son dificultades reales. También Natanael tenía dificultades para aceptar la propuesta, tenía objeciones que poner.

—¿De Nazaret?

Bien, pero frente a estas dificultades hay que subrayar lo que supuso para él la propia experiencia.

—Ven y verás.

La pega está en que, entre los muchos obstáculos que se acumulan a la hora de dar una respuesta a la llamada, puede presentarse también éste de un testimonio carente de vida, de un anuncio estentóreo, de una irradiación insuficiente, de un impulso... que frena, de un entusiasmo... que congela. O sea, el obstáculo de un atractivo que no se ve, de un contagio que no se da, de una comunicación que parece una historia empolvada de otros tiempos, en vez de presentarse como noticia de fascinante actualidad.

—¡Hemos encontrado al mesías!

Intentemos pensar, por favor, en el tono con que sería dada esta noticia...

La crisis de vocaciones es algo que te compromete personalmente.

Cualquier religioso está encargado y es responsable de las vocaciones.

Las «jornadas de las vocaciones» duran exactamente trescientos sesenta y cinco días al año. Y afectan a todos los religiosos.

Tu vida es una palabra a favor o en contra de la vocación religiosa. Nunca será una palabra neutra.

Tu postura, tu mentalidad pueden ser causa de un atractivo o de una repugnancia. Y si dejan en la indiferencia, esto ha de colocarse al lado de la repugnancia.

Intenta reflexionar: ¿tu modo de vivir la vocación será capaz de provocar en alguien el deseo de ser como tú? ¿es una noticia «interesante» para los demás? ¿constituye un argumento válido para mover a alguno hacia el convento?

Tienes coraje para mirar de frente a una chica o un chico y decirles:

—¡Mira lo que soy!

—¡Date cuenta cómo me siento realizado desde un punto de vista humano, cristiano, religioso!

—¿Sabes lo que he encontrado? ¿Sabes a quién he encontrado? O de otra manera:

Mi alegría es la explicación lógica, convincente de lo que no logro expresarte con palabras. Te ofrezco la alegría como prueba de mi descubrimiento.

Pero no bajas la mirada, por favor.

# Ven y verás lo que hemos preparado

¡HABÍAN OLVIDADO EL NIDO!

—Ven y verás.

Hemos dicho que el «problema de las vocaciones» es cuestión de atractivo fascinante, de contagio, de capacidad de provocar el deseo de imitarnos (en relación con el testimonio de la vida religiosa se puede aplicar aquello que se ha dicho de la fe: «o es un virus o una vacuna, o contagia, o inmuniza; o se difunde o provoca la repugnancia).

Ven y verás lo que hemos encontrado.

Ven y verás lo que somos.

Pero esto no basta. Es necesario completarlo así:

—Ven y verás lo que te hemos preparado.

Es lo que un viejo capellán de monjas llamaba «la preocupación del nido».

Me contaba aquel simpático cura:

«En esta casa se organizó, hace tiempo, un curso para «responsables de las vocaciones». Escuché alguna de aquellas sabias conferencias: más o menos interesantes, más o menos abstrusas. En verdad no me encontraba a gusto entre aquellas temáticas complicadas. Algunas cosas me parecían retorcidas a posta. Pero quizás era por culpa mía, que no había seguido el desarrollo de la problemática en aquel sector concreto...

«Total, que una mañana abandoné la sala. Tal cantidad de 'técnicas de reclutamiento' me provocaba casi un malestar físico. Escapé y huí hacia la huerta a respirar aire puro, para desintoxicarme de tantas palabras muertas para mí, que era un ajeno a los trabajos del grupo.

«Me paré. Era primavera. Los pájaros volaban como saetas de un árbol a otro, de un matorral a una pérgola, de un seto a un pedrusco. Los observaba atentamente, estaban como comprometidos en aquel quehacer. Uno llevaba en el pico una paja o una brizna de hierba, otro sacudía su plumaje sutilmente, otro llevaba una hoja, y otro un poco de barro.

«¡Era claro! ¡Estaban haciendo el nido! Todos preocupados por el nido que había de hacerse con la colaboración general, mejor dicho con una movilización general.

«¿Está entendido? El objetivo era el mismo, o que os pensá-bais. Y los esfuerzos iban todos en aquella dirección.

«Y me daban ganas de volver a aquel salón, abrir las puertas de par en par, empujar a aquella gente para que saliese, y hacerles caer en la cuenta de lo que estaba pasando en la huerta y que aprendieran aquella gran lección.

«Me entraban ganas de acercarme al micrófono y gritar:

—¿Habéis pensado en el nido?».

Y me preguntaba con ojos maliciosos:

—¿Qué piensa usted, que es un «comprometido en los trabajos»?

## LOS MATERIALES PARA LA CONSTRUCCIÓN

Sí. Creo que el nido es sin duda el problema principal.

Buscar vocaciones, está bien.

Pero antes de nada preocuparse del nido.

(Es claro que nido no significa algodón en rama, ausencia de dificultades, materialismo, protección sofocante, aire acondicionado...).

En una palabra, poder decir:

—Ven y verás lo que te hemos preparado.

Este es el calor que encontrarás.

El aire de confianza que respirarás..

La atmósfera de simpatía que te acogerá.

El estilo de fraternidad que descubrirás inmediatamente.

La vida de familia a que te incorporarás.

El ambiente sereno en que podrás desarrollarte.

La espontaneidad que regulará todas nuestras relaciones.

La ayuda concreta que se te ofrecerá siempre.

Una criatura es fruto del amor. Y puede crecer, desarrollarse, realizarse, solamente en un clima de amor, de respeto, de libertad, de alegría, de confianza, de sinceridad. Ahí están los diversos componentes del nido, los distintos hilos, los materiales de esta construcción tan elemental.

Entonces, ¿cuál ha de ser tu contribución «vocacional» en esta línea?

¿Qué pones de tu parte en la construcción del nido?

¿Qué aportas para la acogida de quien puede llegar?

¿Podrás decir sin más: ven y verás lo que te hemos preparado?

#### EL SEÑOR EN PERSONA CONTROLA LA TEMPERATURA-AMBIENTE

Pero creo que la invitación «ven y verás» se dirige sobre todo al Señor. Sí, porque él es quien llama. Las criaturas son suyas. Y él es quien debe «inspeccionar» el nido que les acogerá. El es quien debe dar el visto bueno para declarar la «habitabilidad» de una casa.

Así pues, ¿estamos preparados a una eventual, imprevista visita canónica de Cristo que viene a cerciorarse de la «capacidad receptiva», y a comprobar las «estructuras de acogida» de nuestro convento? Como si dijese:

—Quisiera enviaros un centenar de vocaciones (...un momento, danos tiempo para frotarnos las manos...). Pero antes tengo que ver si estáis a la altura para recibir las como se debe, para hacerlas crecer como yo quiero, para ayudarlas a madurar según el proyecto original que está grabado en el corazón de cada una... Controlemos qué garantía se les ofrece respecto a temperatura...

Sí. El está preocupado por la temperatura-ambiente. Sabe que para el desarrollo auténtico de la persona se necesita una atmósfera de calor humano, de cordialidad, de alegría, de estima, de confianza.

El es, no lo olvidemos, el Dios de la vida, es más, el Dios celoso de la vida. Y no puede permitir que una criatura suya se entristezca, se le coarte en su empuje vital, se sienta frustrada en sus aspiraciones más profundas, y se vea ahogada en su espontaneidad.

No puede permitir que se apague en ella la alegría de vivir, de realizarse, de entregarse.

No puede tolerar que manos inexpertas le arranquen al vivo sus características peculiares y la encuadren en un molde de escaúvida uniformidad.

No puede estar de acuerdo con que se paralice a una criatura suya con heladoras ráfagas de sospechas, de envidias, de mezquindades.

No puede permitir que alguien intente bloquearla para siempre en posturas infantiles.

Ahí está la importancia de la temperatura-ambiente. Lo que quiere decir, en pocas palabras: capacidad para acoger a una persona tal como es, respetar sus ideas, sus características específicas.

Tengamos en cuenta para evitar equívocos, que se trata de una persona de hoy, no de ayer; de una persona portadora, además de la llamada de Dios, de la realidad del mundo de hoy, no de la realidad de hace cincuenta años, ni tampoco de aquella realidad que nosotros tenemos metida en la cabeza...

#### EXAMEN DE CONCIENCIA —SINCERO— DE UNA MADRE

El otro día una superiora general me confesaba lo siguiente:

—Para mí y para mi instituto no quiero que la crisis de vocaciones, de la que todos somos dolorosamente conscientes, se resuelva en un fácil acto de dolor. Debe provocar, antes que nada, un examen de conciencia lúcido, despiadado.

Hemos confundido hasta la terminología. Decimos, por ejemplo: «nuestras» religiosas, «nuestras» novicias, «nuestras» vocaciones. Olvidamos que no son «nuestras», sino de Dios. Una vocación no es propiedad de un instituto. Es, simplemente, que Dios nos la confía. Debemos acogerla, custodiarla, hacerla crecer, y estar siempre prontas a responder de ellas ante el propietario legítimo que tiene derecho a pedirnos cuenta en cualquier momento.

Y entonces, el problema de la preocupante escasez de vocaciones en mi instituto, está planteando una profunda e inquietante pregunta: ¿estamos de verdad seguras de que *las merecemos*? Tengamos en cuenta que Dios es muy exigente antes de confiárnoslas.

Este me parece que es el examen de conciencia que tenemos que hacer antes de lanzar fáciles acusaciones contra los «malos tiempos» que corremos.

Nada tengo que añadir a este sincero examen de conciencia de una general. Solamente espero que no sea el único.

## Y VIO DIOS QUE PODÍA FIARSE...

Entonces ¿te animas a acompañar al Señor en esta visita canónica de control de la temperatura-ambiente de tu convento?

¿Tienes fuerzas para informarle de lo que tenéis, de lo que habéis preparado para quien, eventualmente, pueda venir a llamar a vuestras puertas?

¿Podrás decirle tranquilamente, sin ruborizarte lo más mínimo:

— Ven y verás?

Un día Dios pasó revista a su creación. Y la Escritura resume así las impresiones del artífice:

— Y vio Dios que era bueno.

Observando el «nido» que habéis dispuesto para aquellos a quienes él llama, sería necesario poder concluir:

— Y vio Dios que podía fiarse...

Si las cosas no son así no hay salvación, estamos en el desierto.

Examen de vocación  
sobre una sola materia

Aquí tenéis un israelita de verdad en quien no hay engaño (Jn 1, 74).

## ¡MIRA! AHÍ TIENES UNA PERSONA SINCERA

Hubo un examen solemne de la vocación, rapidísimo, y al terminar Cristo acogió sin dudarlo a un «novicio» en la comunidad. Y la promoción, mejor dicho, el motivo de la promoción, le proclamó públicamente:

— Ahí tenéis un israelita de verdad en quien no hay engaño.

Quizás toda discusión acerca de la importancia de este material humano, la sinceridad, en la formación religiosa, debiera partir de aquí: Cristo que aprecia en un futuro discípulo la lealtad. Y siente la necesidad de hacerle el panegirico delante de todos.

¿Por qué esta acentuada simpatía del Maestro hacia una persona sincera? El motivo parece obvio. Es una persona de quien puede fiarse para transmitir su mensaje.

Dios es la verdad.

Y es natural que pretenda que la persona llamada a manifestarlo a los hombres posea el carisma de la verdad.

Se explica que la luz prefiera filtrarse a través de un cristal limpio.

## LA PARENTELA DEL MENTIROSO

Basta dar una ojeada a la Biblia para darse cuenta del concepto que Dios tiene de la insinceridad.

En el salmo 12 encontramos una sorprendente definición del mentiroso. Es aquel que

«habla con labios de engaño y con lenguaje de doble corazón» (v. 3).

Dice una cosa con la boca, y en la cabeza, en el corazón se alberga otra.

«Corazón doble» y, a veces, hasta triple, cuádruple...

A la verdad se la adoba de muchas maneras, según los intereses, el cálculo, las ambiciones, el miedo, la oportunidad.

Existe una verdad «verdadera» y otra oficial.

Existe una verdad para unas personas y otra distinta para el resto.

Una verdad para ciertas circunstancias, y una verdad diversa para otras circunstancias.

La palabra, que debería ser el vehículo de la verdad, se convierte en un instrumento al servicio de aquella gigantesca empresa que tiene como fin engañar al prójimo.

«Cada cual miente a su prójimo»... (v. 3).

En la Escritura la alternativa es determinante: o se es hijo de Dios, y por lo mismo de la luz

o se nace del «padre de la mentira».

Las dos parentelas están bien determinadas y no toleran componendas de compromiso.

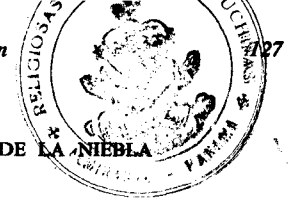
Los mentirosos «nacen del padre de la mentira» y, como él, intentan remedar a Dios, cuya palabra crea de la nada cuanto existe. La palabra de los mentirosos, sin embargo, no crea, se limita a *inventar* una realidad engañosa, o deforma la realidad.

## ...Y LOS TÍTULOS NOBILIARIOS DEL SINCERO

El culto a la sinceridad, por el contrario, es expresión de la adoración de Dios que es la verdad. Es la manifestación del propio origen: hijo de la luz.

Y este es el campo en el que es lícito, justo, gloriarse del propio origen y quizás hasta de lucirlo ante todo el mundo.

Una persona sincera es una persona «noble» que hace honor a su ilustre... ascendencia.



## DESCONFIANZA EN LOS HIJOS DE LA NIEBLA

Un Dios que aprecia la virtud de la sinceridad en su discípulo. Pero también el mundo, a este respecto, sintoniza con los gustos y las exigencias de Cristo.

Probad a hacer una encuesta, aunque sea muy superficial, entre un grupo cualquiera de laicos. Preguntadles por el defecto que más les fastidia en un religioso, veréis en qué porcentaje tan enorme se señalará la insinceridad como el defecto más «escandaloso».

Y esto es, sin duda, una señal positiva de fe. Es la intuición fundamental de que el Dios de la verdad no puede ser manifestado y atestiguado sino por personas veraces.

Pero no se puede ser veraz cuando se habla de Dios y después nos permitimos el lujo de la insinceridad cuando hablamos de otras cosas. No es posible admitir estas contradicciones, esta inconsecuencia.

Una persona, para que pueda ser «creíble» a la hora de presentar la verdad de Dios, debe ser «creíble» también desde un punto de vista humano.

Si me engañas en algo tengo derecho a desconfiar de ti cuando hables desde un plano superior. Cuando te faltan las credenciales bajo el aspecto humano, te las niego también en el plano sobrenatural.

De una persona tengo necesidad de fiarme *siempre*, no sólo en las ocasiones solemnes. Tratándose de la verdad, no caben las medias tintas. O existe un horario continuo o no existe en absoluto. Peor aún, si se ofrecen homenajes «al padre de la mentira».

Antes hablé de los «hijos de la luz».

Viendo ciertas actitudes, examinando la reconstrucción de ciertos hechos, se piensa automáticamente en los «hijos de la obscuridad». Mejor, en los «hijos de la niebla».

La niebla hace confundir las cosas, anula los contornos, falsea las perspectivas, te desorienta, te hace sentir fuera de lugar, por eso en ciertos momentos te da la impresión de estar como perdido, aunque te encuentres en un paraje que te es familiar.

Algunas personas, aun hablando de los acontecimientos más simples, tienen este desagradable «poder de confusión». Inútilmente puedes esperar de ellos una noticia clara, rectilínea, honesta, una referencia precisa. Es todo un penoso zigzaguear entre afirmaciones y reticencias, aspectos insignificantes que se agigantan

e importantes que se silencian con mucho cuidado, insinuaciones y alusiones confusas, intenciones aireadas e intenciones —las verdaderas— que se procuran ocultar. El resultado es un «lío» que da la impresión de un profundo envilecimiento.

¿Cómo puedo creer a estas personas —que son habilísimas para confundirme con su nebulosidad en el terreno de los hechos concretos— cuando me hablan de Dios o de las «cosas del espíritu»?

#### EL GUSTO POR LAS EXCEPCIONES QUITA EL SABOR DE LA VERDAD

He hecho ya la experiencia mil veces, quizás alguna más.

Cuando hablo en público de la sinceridad, e insisto en este aspecto fundamental de nuestro testimonio, siempre hay alguien que tiene algo que objetar. No falla nunca. Lo sé. Y conozco las objeciones antes de que me las pongan. Revelan, no la preocupación por profundizar en el tema en sus aspectos positivos, comprometidos, sino el deseo de sentirse dispensados con todas las de la ley de sus inquietudes de conciencia.

Y se desempolva inexorablemente la casuística más manoseada de ciertos tratados de moral de infausta memoria.

—...Pero en ciertas circunstancias...

—...Pero si yo...

—Quisiera consultarle un caso...

—Se dan situaciones en las que prácticamente, teniendo en cuenta todo... ¡Y venga a abrir los paraguas de las excepciones para defenderse de las consecuencias de la sinceridad, que resultarían... desastrosas para la salud —personal o colectiva!

—A veces, por buscar un bien mayor...

¿Habéis entendido? ¡Por un bien mayor! ¡Se puede ofender al Dios de la verdad por «buscar un bien»!

—En alguna ocasión puede ser un acto de caridad exquisita...

(¿No habéis pensado nunca que se puede llegar a crear una contradicción insostenible entre las exigencias de la verdad y las de la caridad?... Como si el peor insulto que yo pudiera lanzar contra una persona, un signo indudable de desprecio, no fuera precisamente la mentira, el engaño... ¡Inaudito! ¡Yo, para demostrar mi amor exquisito al prójimo, lo engaño! Qué lógica, amigos).

—Pero... si es que los teólogos admiten que...

(Sí, sí, y lo admiten. Por mi parte, te recuerdo un aforismo de Lanza del Vasto: «La restricción mental es mentir de tal manera que uno se convence a sí mismo de que no ha mentado». En este

caso en vez de engañar a una sola persona, como sucede con la mentira corriente, se engaña a dos personas: ¡a mi y al otro!).

—En determinadas circunstancias puede haber motivos de educación que permitan...

(Te cito de nuevo a Lanza del Vasto: «la mentira de gente educada es como pintarse sin haberse lavado la cara»).

Y podría continuar hablando del tema páginas y páginas.

¡Qué cara más dura! Me sé de memoria todas estas objeciones. Este es el equívoco razonamiento acerca de las excepciones.

Desanima constatar cómo hay gente que no hace ningún esfuerzo por enamorarse, por entusiasmarse de una virtud, de su belleza, de su utilidad. Al contrario, se afanan por descubrir los casos en que pueden pasarla por alto (pero, eso sí, preocupándose de que la conciencia quede en paz, de que no tengan remordimientos... lo esencial es tener la conciencia tranquila, eso faltaría. ¡Y el cloroformo de las excepciones es el mejor invento que descubrieron ya en la edad media para vivir en paz!).

#### PETICIÓN LEGÍTIMA PARA ABOLIR UN MANDAMIENTO

Una vez, en medio de un diluvio de excepciones, supe contener los nervios y dije simulando seriedad:

—Todas vuestras reservas me parecen válidas y hay que tenerlas muy en cuenta tanto por su número como por su importancia. Así pues, me atrevo a rogaros que las recopiléis. Hay material suficiente para legitimar la abolición del octavo mandamiento de la ley de Dios. Y, puesto que yo no tengo poder en este campo, intentaremos pasar la petición, con su correspondiente y voluminoso dossier, a quien corresponda... Es posible que lo tenga en cuenta. Y así se llegue a la abolición de este mandamiento.

Otras veces, por el contrario, prevengo con tiempo las intervenciones «clarificadoras». Echo inmediatamente las manos hacia adelante, antes de que se abran los célebres paraguas:

—Sí, yo también lo sé. Se dan excepciones. No creáis que me olvido de ellas. Además, estad tranquilos, que también Cristo las tuvo en cuenta. Dijo así: «sea vuestro lenguaje claro: un 'sí' cuando es un 'sí' un 'no' cuando es un 'no'». Y después enumeró las excepciones. Aquí las tenéis: «lo que pase de ahí viene del maligno». Buscad, por favor, este texto en el capítulo 5 de Mateo, versículo 37.

Bromas aparte, sé muy bien que a veces ni es oportuno, ni hay que decirlo todo. Pero una cosa es no hablar, y otra decir una



mentira. «La franqueza no consiste en decir todo sino en decir la verdad» (Shakespeare). Me parece que está claro.

#### ALGUNOS CLAVOS QUE REMACHAR

Para terminar, quisiera que remacháramos juntos algunos clavos.

1. La insinceridad es siempre expresión de debilidad, de miedo (es la manifestación típica del niño que «se defiende» con la mentira, porque teme el castigo). El gusto por la sinceridad, empero, se consigue solamente con una fuerte dosis de coraje.

Cuando te sientas cogido por la tentación de acumular pretextos para justificar una mentira, intenta repetir este simplicísimo razonamiento:

La insinceridad es una señal evidente de miedo.

Donde hay miedo no puede haber amor (cfr. san Juan).

Por tanto la insinceridad es, fundamentalmente, falta de amor.

Repítelo hasta convencerte de que verdad y caridad pueden y deben ir del brazo. Siempre. Una mentira jamás puede ser fruto del amor. A lo más, será una «hija ilegítima» del miedo. O quizás fruto de un matrimonio de conveniencia, de interés, de cálculo, camuflado bajo capa de «exquisita» caridad.

2. La sinceridad se apoya en dos columnas: el sentido de la propia dignidad y el respeto a los demás. Así pues una persona insincera es una persona marcada por la mezquindad, por la fragilidad. Se puede esperar el derrumbamiento en cualquier momento. Y los escombros consiguientes son la prueba de la pérdida de la propia dignidad y del sentido de respeto hacia el hermano.

3. La sinceridad constituye el soporte humano indispensable para una peculiar característica de la vida religiosa: la *trasparencia*.

A través nuestro, los hombres tienen que descubrir, intuir, «ver» a Dios.

Ciertas ambigüedades, ciertas posturas y comportamientos retorcidos, ciertas astucias diplomáticas, ciertas tortuosidades, ciertas hipocresías sutiles, cierto juego de equilibrio en las palabras, cierto lenguaje acaramelado, no son, por supuesto, el mejor

precedente para una vida que debe tener como distintivo la transparencia.

No te maravilles, pues, si los hombres se paran ante tu insinceridad y no van más allá. Es lo justo. Intuyen que no merece la pena seguir adelante... A una persona que no da culto a la sinceridad, ya no se lo puede pedir nada. Y menos acerca de Dios. Es *inatendible*.

4. Y no te creas un despabilado cuando logres hacer caer alguno en la trampa. Y quizás buscando su bien...

Está atento porque la mentira no paga nunca. Más aún, es la mayor tontería. Acabará pronto o tarde por volverse contra ti.

«Cavó una fosa, recavó bien hondo,

mas cae en la fosa que hizo;

revierte su obra en su cabeza,

su violencia en su cervíz recae» (Sal 7, 16-17).

¡Es la tontería del que se cree listo y no se da cuenta que está construyendo la propia ruina con sus propias manos!

¡LO BIEN QUE ESTABA CON NOSOTROS!

Y estamos en el examen de conciencia.

Vuelve a abrir el evangelio por la página que te cité al principio de esta reflexión: Natanael que, mientras se halla todavía en camino, es examinado y aprobado por Cristo de una sola materia: la lealtad.

¡Animo! Intenta dirigirte hacia Cristo. Y afina bien el oído para escuchar si, al acercarte, dice:

—Ahí tenéis a un religioso de verdad en quien no hay engaño.

Está atento. Se trata de tu aprobado.

Pero, para no dejarte mal sabor de boca, al terminar este capítulo, quisiera regalarte una sonrisa.

En cierta ocasión me contaba una religiosa:

«Estábamos reunidas para aclarar un episodio que había ocurrido en la comunidad. Las versiones no sólo eran diversas en lo que se refería a aspectos marginales sino que había divergencias de fondo sobre el hecho mismo. Y esto, a pesar de que aquellas personas habían sido o protagonistas o testigos del episodio.

«Era algo increíble, capaz de dejar desarmado a cualquiera. No era posible ponerse de acuerdo en absoluto (y eso que no había

nada de por medio, excepto la clarificación de nuestras relaciones). Había por lo menos cinco o seis «verdades», opuestas entre sí. Y tenga en cuenta que se trataba de un hecho concreto, no de una teoría.

«Menos mal que la campana tocó a tiempo y nos libró de aquel lío y de la humillación de aquella situación crítica. Iba a empezar la misa vespertina.

«Habían pasado cinco minutos y todas estábamos en la iglesia. Y mientras el capellán salía de la sacristía, todas cantábamos este estribillo (puesto en labios del Señor):

*¡Me encuentro muy bien entre vosotros  
porque sois sinceros como yo!*

«Inmediatamente sentí que la puerta se cerraba de golpe. Probablemente era el viento. Pero yo lo interpreté como si fuera él. Estaba muy contento de estar entre nosotras. Y por eso se iba...

«Esto no es más que una hipótesis mía ¿eh?...»

De todas maneras hay que tenerlo en cuenta.

## Una propuesta para un nuevo estilo de seriedad

### EL PRECIO PARA QUE SE FÍEN DE TI

El gusto por la sinceridad es la base humana indispensable para una vida que tiene a gala la transparencia más cristalina.

Paralelo al gusto de la sinceridad, yo pondría el *culto de la exactitud*. Es una forma elemental de honestidad, un deber fundamental de justicia.

Aquí podemos enunciar un principio muy simple: si quieres que te tomen en serio, procura ser serio en cuanto haces y en cuanto dices.

O también: si quieres que los hombres tomen en serio las «cosas de Dios y del espíritu», no dejes de tomar en serio las cosas de los hombres.

La seriedad —que exige información, preparación, competencia, respeto, honestidad, rigor, conciencia— es el precio a pagar para que se fíen de ti.

Esto es, merezco confianza siempre que ofrezca garantías suficientes —¡y evidentes!— de seriedad.

### UN DESAHOGO

Y al llegar aquí, permíteme que mi meditación sea un «desahogo».

A veces quedo consternado, y me siento desanimado cuando veo cómo personas religiosas abarcan campos vastísimos —desde

la ciencia a la política, desde la mística a las cuestiones sindicales, desde la psicología al aborto, desde la teología al divorcio, desde la historia al periodismo— con una facilonería, una superficialidad, una falta de seriedad que toca la inconsciencia. Y lo que es peor, todo ello lo revisten de una presunción increíble.

A esta gente jamás se les ocurre pensar que antes de meterse en ciertos campos —donde hasta los mejores especialistas se mueven con gran circunspección— es necesario tener un mínimo de preparación específica.

No. Ellos tratan con desenvoltura todos los temas —aún los más delicados— lanzando juicios a diestro y siniestro acerca de materias de las que ni siquiera advierten su complejidad, liquidando con soluciones infantiles y simplistas problemas que ni siquiera saben plantear en términos precisos y cuyas profundas implicaciones tampoco advierten.

Y hasta es posible que estas personas, porque son «pías», estén predicando constantemente sobre la humildad. Y te repiten el estribillo de que «la ciencia hincha», y que «no tenemos necesidad de saber tantas cosas». Ya. Se diría que a ellos la ignorancia les concede el permiso para interesarse por cosas que ignoran de la manera más absoluta. ¡Y esto sería humildad! (Dios mío, qué espantosos vacíos están llamadas a llenar ciertas virtudes).

#### UN MUESTRARIO DE LIGEREZAS

¿Ejemplos concretos? Ahí van. No tengo otra dificultad sino la de seleccionarlos.

Se habla de «sacerdotes obreros», se airean «clamorosos fracasos», sin haber visto jamás uno en su vida, sin haber hablado con él, sin haber leído un artículo escrito por un experto en la materia, para así tener noticias directas de sus motivaciones profundas, sus dificultades, sus riesgos, sus puntos de vista.

Se descalifican a priori experiencias comprometidas en el campo eclesial o específicamente «religioso», apoyándose en alguna fórmula desgastada por el uso. Y, por supuesto, sin ningún conocimiento real, honesto de aquellas experiencias ni de las personas que las viven.

Se ironiza burdamente acerca de una huelga, de una protesta popular, cuyas causas se ignoran por completo.

Hay personas que dicen escandalizarse por ciertas reivindicaciones sindicales, y afirman que ya «no entienden nada».

Y acto seguido, dicen que jamás han pisado en una fábrica, que no saben exactamente que es una cadena de montaje, que no han leído absolutamente nada acerca de esta cuestión. Y quizás hasta se justifican diciendo: «Estaría bueno que yo tuviera que interesarme por estas cosas. No es mi campo. No tengo tiempo» (pero lo tienen para hablar de ello... sin saber).

Sucede a veces que una asamblea entera escucha en religioso silencio a un charlatán que polemiza gratuita y envidiosamente acerca de realidades que lo superan con mucho, habla de situaciones dramáticas en países que no conoce (¡y lo dice!) sacando conclusiones que espantarían a quien tenga un mínimo de honestidad intelectual. Y aquella asamblea rompe finalmente el silencio para aplaudir frenéticamente. Porque les da gusto oír tales cosas —aunque se dan cuenta que se dicen bajo el impulso de la improvisación y la ligereza—. Aplauden porque —me cuesta decirlo— «se reconocen» en aquel muestrario de inexactitudes:

Algunos continúan después repitiendo en tono sarcástico: «prueba a entender a los jóvenes de hoy...» Y si quieres saber dónde han conocido a algún joven, y quiénes han sido los jóvenes con que se han encontrado, y qué han hecho para comprenderles, provocarás respuestas embarazosas y hasta... extravagantes<sup>1</sup>.

Otros condenan libros o periódicos, o revistas o teólogos sin haber leído jamás *directamente ni una línea*. Así... porque oyeron decir... o porque han visto gente alarmada...

El colmo de la deshonestidad, a este respecto, se da cuando, en vez de discutir lealmente o luchar a cara descubierta en el terreno de las ideas (sí, pero cuando ni siquiera se conocen las ideas ¿contra quién se combate?...), se condena a las personas con medios ilícitos, o sea dudosos, con sospechas, insinuaciones molestas, llegando a veces hasta la calumnia más descarada y criminal<sup>2</sup>.

Se echan abajo ideas, hipótesis, sin ni siquiera parar la atención en ellas.

Se diagnostican males teniendo como base informaciones in-

1. Oí, no hace mucho, emitir juicios no precisamente lisonjeros, sobre «ciertos jóvenes». ¡Y el punto de referencia eran personas que superaban los 35 años!

2. La facilidad y rapidez con que corren ciertas voces difamatorias y estúpidamente interesadas es la mejor prueba de la ligereza —por no decir algo peor— de ciertos ambientes religiosos. Prefiero no insistir más sobre el tema, también porque ciertas llagas no se cicatrizan fácilmente y con rapidez y, al hurgar dentro, provocan aún hoy un dolor lacerante. La responsabilidad que contraen ante Dios ciertos osados «repetidores» de noticias me parece que tiene que ser grande. ¿O me equivoco?

directas o interesadas; y después de haber recibido noticias de segunda o tercera mano.

Es notorio que en aquellos conventos en que escasea la información, —o se da una información más bien sospechosa y contaminada de unilateralidad— tienen entrada libre individuos que dogmatizan con una prosopopeya y una petulancia impresionante y escandalosa.

Me atrevería a decir que precisamente en estos ambientes el no querer saber, el rehusar comprobar y documentarse, arguyen miedo, inseguridad, y debilidad. Porque se intuye que habría que poner en crisis las propias seguridades tan cómodas, las propias posturas tomadas tan a la ligera. Se teme ver tambalearse y caer los propios fundamentos sin consistencia. Se tiene miedo de ver atacado el monumento del propio prestigio fundado a veces en la ignorancia de los otros.

No olvidemos que la falta de información es siempre causa de peligrosas regresiones.

Y a lo mejor precisamente esta gente —sólo he citado algunos casos de un amplio muestrario de ligereza— tiene la cara dura de quejarse porque los otros, los alejados, el mundo extraño, los «malos» «¡no nos conocen!».

«HABLO PORQUE NO SÉ...»

Dan ganas de gritar: ¡intentemos ser personas serias!

Descubramos de nuevo la validez del principio de la honestidad intelectual.

Reencontremos el gusto, el culto de la exactitud.

Respetemos la verdad.

Cultivemos el sentido de la dignidad.

Tengamos al menos un poco de pudor, de discreción frente a cosas y temas que nos superan.

No se trata de saber de todo, de estar a la última en todo, de poseer una competencia vasta y profunda en los campos más dispares.

Sería prácticamente imposible y difícilmente conciliable con los quehaceres propios de ciertos religiosos.

Se trata, simplemente, de limitarse a hablar de lo que se sabe. Y callar cuando el tema supera nuestro conocimiento o el campo de nuestra observación. En una palabra, no hablar de lo que se ignora (parece, en cambio que ciertas personas han escogido este slogan: «hablar sobre todo de aquello que no se sabe»).

Terminé mi desahogo. Perdóname si he sido un poco duro. Pero, tratándose de la verdad, hemos de ser severos e inexorables al exigir el máximo respeto. Especialmente cuando no hay de por medio solamente ideas sino personas.

¿Me permites que te sugiera un propósito?

Mira, procura ser una persona seria. O sea, una persona que, cuando habla, tiene los papeles en regla y a mano la información más escrupulosa, el conocimiento más seguro y, no en último lugar, el amor más respetuoso a la persona.

Recuerda la amonestación de Isaías: «no sentenciaré de oídas» (Is 11, 3).

Evita, pues, el engaño de aquel sutil tentador que es el «he oído decir» en sus más variados disfraces de superficialidad, aproximaciones, facilonería, chapucería. Combátelo con las armas de la seriedad y la exactitud, llevadas hasta el escrúpulo.

Ten presente, finalmente, que el medio más seguro para que se te tenga como persona seria consiste... en serlo de verdad.



Cuarta semana de adviento

## El riesgo de la fe

*He estado contigo en todas las empresas (2 Sam 7, 9).*

*Feliz porque has creído (Lc 1, 45).*

La barca se hallaba ya en medio del mar, zarandeada por las olas, pues el viento era contrario. Y a la cuarta vigilia de la noche vino hacia ellos Jesús caminando sobre el mar. Los discípulos, viéndole caminar sobre el mar, se turbaron y decían:

Es un fantasma y de miedo se pusieron a gritar.

Pero al instante les habló Jesús y dijo: ¡ánimo!, que yo soy; no temáis.

Respondióle Pedro:

Señor si eres tú mándame ir a ti sobre las aguas.

El le dijo: ¡Ven!

Bajó Pedro de la barca y se puso a caminar sobre las aguas yendo hacia Jesús. Pero, viendo la violencia del viento, le entró miedo y, como comenzara a hundirse, gritó:

¡Señor, sálvame!

Al punto Jesús tendiendo la mano, asió de él y le dice:

Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?.

Subieron a la barca y amainó el viento. Entonces los que estaban en la barca se postraron ante él diciendo:

Verdaderamente eres hijo de Dios (Mt 14, 24-33).

## AHOGARSE DULCEMENTE...

No es difícil de entender la situación de Pedro. Sale con gran decisión, seguro de sí, desafiando a todo y a todos. Después, cuando oye silbar el viento, le tiemblan las piernas y siente que le falta tierra —mejor dicho, agua— bajo los pies.

No será la última vez. Le sucederá más veces salir decididamente con intención de superar cualquier obstáculo que se le presente. «Aunque tenga que morir contigo, yo no te negaré» (Mt 26, 35). Y esta vez bastará que le sople al oído la pregunta de una criada. Y ahí le tienes por tierra.

Pero en este caso Pedro se salva porque se da cuenta de que se ahoga y escapa de su miedo con un grito que es petición de ayuda en la dirección exacta.

Para nosotros, el peligro está en que ni nos enteramos de que estamos ahogándonos. Nos dejamos engullir, insensiblemente,

dulcemente, por las movedizas arenas de la mediocridad. Desaparecemos, poco a poco, sin reaccionar, en el terreno fangoso de la mezquindad. Nos perdemos en el anonimato. Perdemos nuestra identidad en el mimetismo del «hacen todos lo mismo». Aceptamos tranquilamente un arreglo, el que sea, y nos dejamos mecer por el balanceo de la barca. Vida tranquila, sin sacudidas, sin empuje. Un lastimoso ir tirando.

Hemos insinuado en uno de los capítulos precedentes, el tema de la «segunda vocación». Ahora bien, me parece que el peligro está en diferir la respuesta a la segunda llamada, fingir que ni siquiera se oyó. Y seguir adelante cansinamente, movidos por la inercia. Y no nos damos cuenta de que, si no partimos por segunda vez, después de haber aclarado las razones de este nuevo viaje, y de haber aceptado conscientemente el riesgo de esta decisiva aventura de fe, en realidad estamos parados, mejor dicho, estamos perdiendo terreno.

Lo que llamamos fidelidad no es más que la cansada repetición de gestos sin espíritu.

Lo que llamamos «vida» es, simplemente, funcionamiento. En realidad no se vive, nos dejamos vivir.

No se sigue a Cristo. Nos dejamos remolcar sobre una vía muerta.

No se es ya «signo». No significamos nada.

Es un entorpecimiento general, un embotamiento de todas las facultades que te quita hasta las ganas de gritar, de pedir ayuda. Nos dejamos caer, pesadamente, en la cuneta.

#### LA INSATISFACCIÓN EQUIVOCADA

Una situación peligrosa. Y, sobre todo, causa de cruel sufrimiento.

Es la amargura que se acumula dentro, que envenena todo el organismo, y que frecuentemente explota en una insatisfacción que se proyecta sobre los otros, sobre el ambiente. Sobre todo, menos sobre nosotros mismos.

No es raro tropezarse con este tipo de personas en los ambientes religiosos. Especialistas en lamentaciones. Abonados a las quejas; dramatizan los incidentes más insignificantes. Se convierten en plañideras inconsolables por tonterías. Adoptan tonos apocalípticos ante la más pequeña contradicción.

Las cosas van mal. No hay duda. Pero la culpa es de los superiores, de los compañeros, de aquel trabajo que no me va, de aquel compromiso...

Nunca se examina la insatisfacción en su causa más profunda. Y siempre se echa la culpa a los demás.

Como ciertos enfermos maniáticos que no soportan el colchón, la colocación de la almohada, de la luz, los ruidos imperceptibles, la comida... Y no se dan cuenta de que el mal está dentro. Se hacen la ilusión de estar mejor, cuando cambian de postura.

En estas personas eternamente insatisfechas es muy fácil localizar el fallo real. Son aquellos que no han respondido a la segunda vocación, sino que vivaquean al eco, mortecino ya, de la primera.

Para ellos nada va bien. Y no se dan cuenta de que el mal está dentro, no fuera. Algo se ha enredado allí dentro.

#### BLOQUEADOS A MITAD DE CAMINO

Sucede como cuando se va a la montaña. A mí me ocurre alguna vez.

Salgo con intención de llegar a una cima determinada. Después, a una cierta altura, me paro para respirar. Me empiezan a doler las piernas, el corazón late deprisa. Uno se para un instante. Y termina por prolongar la parada durante horas.

Y se da el caso de que te instalas allí para estas paradas interminables, en lugares abruptos, rocosos. No se ven los prados del valle que está al fondo, ni tampoco las cimas. Una situación ambigua que presenta un panorama desolador.

¿La solución? Seguir adelante, escapar de aquel sitio inhóspito. Pero uno ya se ha instalado, y no se advierte el contrasentido de aquella situación absurda.

Puede suceder lo mismo en la vida religiosa. Bloqueados a mitad de camino. Ni arriba ni abajo. Una escalada que se transforma en un instalarse. Un subir que se resuelve en un quedarse. Una meta que ha desaparecido del horizonte. Una decisión inicial que viene sustituida por la resignación.

Y se sufre mucho.

No creo que haya nadie en el mundo que sufra tanto como esta gente.

En efecto, han dejado atrás la alegría del valle, de las verdes praderas, de la llanura... Son las criaturas de la renuncia. Primero renuncian a algo, y ahora renuncian a lo que justificaría las precedentes renunciaciones. Renuncian a lo que dejaron atrás y renuncian a lo que tienen delante, a aquello que deberían conseguir.

Se han privado de la alegría del valle, de las praderas, de la llanura que han dejado. Y no han alcanzado la alegría de la cima y de los panoramas que se divisan desde aquella altura.

Allí están, a mitad de camino. No hay más que rocas. Ni praderas floridas, ni nieves perpetuas.

No hay más que renuncia. Renuncia a lo que se dejó —y lo que es peor— renuncia a aquello que ya no se busca.

Es una situación verdaderamente insostenible.

Y, a pesar de todo, hay personas que logran soportar durante años esta situación. Es un misterio para mí. Cómo es posible no volverse loco a casusa del sufrimiento.

Cuando me encuentro con algunas de estas personas, me dan ganas de rogarle:

—Ten piedad de ti...

Sí. Intenta, de una vez, tener compasión de ti. No puedes soportar todo esto indefinidamente. Deja de ser ya cruel contigo mismo. Decídate. Responde a quién te llama. Descubre de nuevo el sentido de esta segunda vocación. Haz algo, por favor. No te quedes ahí, como si todo pudiera funcionar automáticamente.

#### LA RECETA: ENFURECERSE Y ENTUSIASMARSE

—¿Qué debo hacer?

Mira, la receta te la ofrece un autor español:

«Lo primero que hay que hacer es enfurecerse: salir fuera de sí. Segundo, entusiasmarse: entrar en Dios» (J. Bergamín).

Así que lo primero ya sabes, enfurecerse.

Enfádate, encolerízate contra ti mismo. Métete con tus canchios, tus cobardías, tus inconsecuencias, tus renunciadas. Sal fuera, cierra la puerta, no estés más en casa. Abandona aquella situación.

Y después, entusiámate. Entusiasmarse quiere decir, etimológicamente, entrar en Dios.

Ten en cuenta, sin embargo, que este entusiasmo no es como el primero: instintivo, espontáneo, superficial, bajo el impulso de la emotividad. Es la recuperación del entusiasmo inicial, pero después, no obstante los auténticos jarros de agua fría que ha habido en tu vida, el derrumbamiento de tantas ilusiones, la maduración de ciertas experiencias dolorosas. Es el don que vuelve a presentarse en toda su lozanía. Un don que ha resistido a ciertas temperaturas... heladoras.

Sólo ahora tu entusiasmo será auténtico. Porque representa de verdad «un entrar en Dios» después de haber mirado cara a cara a la realidad, aun la más mortificante, después de haber hecho inventario de lo que tiene importancia y de lo que no la tiene, de lo que merece la pena retener, y de lo que resulta deficitario.

Ahora tienes el derecho-deber de entusiasmartelo de verdad. Porque has palpado que solamente buscando a Dios es posible caminar sobre las aguas, aun en medio de la tempestad, sin hundirte.

Ahora sabes que si buscas otras excusas, corres peligro de un nuevo naufragio.

Ahora estás seguro de que si pierdes la dirección de tu búsqueda, si te entretienes en el camino, no hay nada en el mundo que pueda llenar el vacío que se te abre dentro.

Así pues, ten piedad de ti. De tu sufrimiento inhumano. Hazle cesar.

—Ven— le dijo Jesús.

También para ti resuena la misma llamada.

Y si tienes la impresión de que vas a sucumbir, grita.

«Un hombre a punto de ahogarse no puede salir del agua tirándose de los pelos. Tampoco vosotros podéis hacer esto. Otro cualquiera os debe salvar» (K. Barth).

Así es.

Alguien te llamó por segunda vez.

Y ahí está esperando tu respuesta. Que puede ser hasta una dramática petición de auxilio.

Y él, que te llamó, no espera otra cosa para echarte una mano...

Es suficiente con que te decidas a abandonar la zona de «prohibido aparcar» en que te has asentado.



# Propuesta para la fundación de la «orden de los insatisfechos»

...Y diré a mi alma: ...descansa. ...Pero Dios le dijo: ¡necio!  
(Lc 12, 19-20).

...PERO YO NO DECÍA LA VERDAD

Siempre dije que no. Jamás fundaría una nueva orden religiosa. De ningún tipo. Nunca se me había pasado esta idea por la cabeza, en ningún momento de mi vida.

Y, sin embargo, mentía. Lo confieso. Me veo obligado a admitir que todavía hoy, de vez en cuando, me asalta esta tentación y muchas veces me cuesta trabajo liberarme de ella.

Por eso he decidido exponer aquí, sin muchos preámbulos, mi proyecto de fundación, dejando a los lectores el valorar si la cosa es realizable o no.

Pienso fundar la orden de los insatisfechos. Tendría que estar abierta a todos, sin excluir a nadie. La condición única para la admisión sería: poder demostrar que se vive insatisfecho.

Pero, para evitar equívocos, preciso inmediatamente: *insatisfechos de sí mismos*, no de los demás.

Quien se queja de los otros, aunque tenga razones para dar y vender, y todas válidas, encontrará la puerta inexorablemente cerrada.

Aquí, perdonadme, sólo son admitidos quienes tienen motivo para quejarse de sí mismos.

Descontentos —y esta es la segunda precisión decisiva— no de lo que tienen (o no tienen) sino de *lo que son* (o no son).

O sea, que reconozcan *el gap* (desnivel) —para usar un término de moda en nuestra civilización tecnológica— entre lo que son y lo que debieran ser. Y no quieran de ninguna manera aceptar este vacío.

## CADA UNO EN SU PUESTO

Nadie se asuste. No intento segar en las tierras de otro. Para entrar en mi orden, no hace falta «salirse» de las ya existentes, es más, es indispensable permanecer donde se está (entre otras razones, porque no tengo locales... y los que tengo están hasta arriba de libros y apenas si quepo yo).

Os lo suplico. Cada uno en su puesto. Ningún cambio exterior. El superior general como el portero; el ecónomo como el maestro de música; el cocinero como el maestro de novicios.

¡Ay de quien se mueva!

La pertenencia es «en espíritu y... en insatisfacción».

Por tanto: ¡ay de los satisfechos!

¡Ay de quien está contento de lo que es, de lo que hace, de lo que ha conseguido!...

## BOCETO PARA LAS REGLAS

De todos modos, hace falta un mínimo de **reglamento**. Ahí lo tenéis, reducido a lo indispensable.

*Orden de los insatisfechos*: ha sido fundada con el fin preciso de reclutar a quienes admitan haber provocado y provocar daños en el mundo, en la iglesia y en la vida religiosa. Y, por supuesto, en la propia vida. Con la certeza absoluta de que esta admisión tendrá la virtud de dar un empujón a los varios mecanismos que tienen la pésima costumbre de bloquearse.

*El lema*: «¡Ay de vosotros, los que ahora estáis hartos!» (Lc 6, 25).

*Santo protector*: todos, indistintamente. Los que figuran en el calendario y los que han quedado fuera. Los conocidos, y los que permanecen en el anonimato. Sí, porque ¿qué clase de santos serían si, en un momento dado, se dieran cuenta de que lo son, declarándose así satisfechos de los resultados obtenidos? En el



mismo instante en que hubieran dejado de luchar, porque la aureo-la estaba ya al alcance de la mano, se habrían quedado en pobres hombres como nosotros...

*Obligaciones especiales:* una sola: estar descontento de sí mismo.

*Prohibiciones:* una sola: estar descontento de los otros.

*Faltas que llevan consigo la inmediata expulsión de la orden:* se pueden dar dos casos: 1. Cuando uno sale con esta expresión: «yo ya he hecho demasiado». O expresiones similares. 2. Cuando se atribuye a otras personas, o a circunstancias externas, la culpa de la propia insatisfacción profunda.

*Ejercicios de penitencia:* durante la cuaresma y durante todos los días del año litúrgico: medir escrupulosamente la distancia que te separa de las exigencias de Dios y de las exigencias de los hermanos.

*Prácticas de piedad:* examinar minuciosamente un incidente desagradable ocurrido en comunidad, u otra cosa cualquiera que no vaya bien, y concluir: «¡es culpa mía!». O también, a elegir: ojear las páginas de un periódico, encontrar un hecho que te disgusta mucho, y reconocer: «es también culpa mía».

*Ejercicio especial para la fantasía:* cada día, a poder ser por la mañana, imaginar cómo andaría el mundo, cómo funcionaría mi comunidad, si yo pusiera de mi parte todo lo que debo... Después intentar imaginar lo más aproximadamente posible, cuál sería mi alegría —y cuánta me quedaría para los demás— si fuese de verdad lo que debería ser...

*Devoción recomendable:* a nuestra Señora de la insatisfacción. O, si se prefiere, a nuestra Señora de la fiebre. La fiebre, lo habrás entendido, es el descontento que padeces, que te ahoga sobre todo por la tarde, cuando termina la jornada. Pues bien, ponte bajo la protección de la Señora. Que te la guarde como un precioso tesoro, y que no permita que te falte nunca. Porque la fiebre revela que hay algo en tu organismo que no funciona. El día en que no advirtieras ya los síntomas de la fiebre, o sea de la insatisfacción, estarías desahuciado.

*Consejos para vencer las tentaciones:* si alguna vez te asalta violentamente una tentación de complacencia en ti mismo, de la observancia de los deberes religiosos, abre el evangelio por el

«sermón de la montaña». Párate en cualquiera de esas exigencias increíbles de Cristo. Intenta valorar su amplitud, sus consecuencias. Y después intenta repetir en voz alta: «Señor, todo eso yo ya lo he cumplido». Repítelo cada vez más alto, para que te oigan también los demás hasta que, o desaparezca la tentación —lo cual sucede casi siempre, te lo puedo asegurar por propia experiencia— o... desaparezcas tú (y en este caso iremos a buscarte en alguna hornacina).

#### LA PREOCUPACIÓN DE QUE EL SEÑOR ESTÉ CONTIGO

Ya que me he puesto a ello, me confesaré hasta de lo más íntimo. Después de haber expuesto mi problema, me veo obligado a reconocer que he tenido la debilidad de preparar la... carta circular que remitiré a todos mis hermanos y a todas mis hermanas de la orden de los insatisfechos.

No os riáis, por favor. Creo que es un derecho-deber de cualquier fundador que se respete.

Ahí va:

«El Dios de la insatisfacción nos bendiga a todos y nos conserve siempre en el descontento de nosotros mismos, para que él pueda estar contento de nosotros y el mundo no se decepcione demasiado por nuestro pobre testimonio.

«Carísimos: hay un momento, en nuestra jornada, en que renovamos nuestra pertenencia a la orden de los insatisfechos. Y quisiera subrayar, en esta mi primera toma de contacto con vosotros, la importancia de este acto litúrgico.

«Al principio de la misa nos reconocemos pecadores y nos damos golpes de pecho, con convicción, diciendo: 'por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa...'

«Ese gesto y esas palabras son los signos característicos de la pertenencia a nuestra orden. Y hay que practicarlos no como un rito formalista, sino como un acto preciso de acusación lanzado contra nosotros con nuestras propias palabras.

«O sea. Es culpa mía, pero mía:

- Si las cosas en el mundo no van bien
- si en la iglesia no se da siempre la necesaria correspondencia entre palabras y obras
- si en la comunidad no se realiza aquella «comunidad de personas» que constituye su razón de ser.
- «Por eso me reconozco culpable:
- del egoísmo

- de la violencia
- de la inconsecuencia
- de la intolerancia
- de la indiferencia
- de un evangelio disminuido
- de un cristianismo vocinglero
- de un testimonio religioso insignificante.

«Carísimos. Hagámoslo de manera que en el mundo entero se oiga el retumbar de los golpes descargados sobre nuestro pecho.

«Sea un estruendo que despierte nuestra conciencia, que tiene peligro de adormecerse.

«Aquel estruendo avisa a Dios de que existe al menos alguien en el mundo que tiene el coraje de tomarse las responsabilidades de los estropicios hechos sobre la tierra, sin descargarlos sobre los otros.

«Un estruendo que da un empujón al mecanismo de nuestra vida y también al gigantesco mecanismo de este mundo bienaventurado en el que «todo va mal», pero en el que todos se consideran, no faltaba más, personas de bien.

«Y Dios, cuando oiga aquel ruido, os aseguro que volverá a sonreír como el primer día, cuando todavía nadie había originado los desastres, que después sucederían y que siguen sucediendo... Al fin podrá sonreír porque habrá encontrado a alguien dispuesto a pagar personalmente sin pasar la «cuenta» a otros presuntos culpables.

«Dios volverá a sonreír porque esto es principio seguro de algo bueno...

«En señal de esta común complicidad, os saluda de corazón vuestro hermano, que quiere ser el primero de los insatisfechos, y que tiene todos los motivos para serlo.

«Y la preocupación de que Cristo esté siempre con nosotros».

## Nuestra Señora del riesgo

Al sexto mes fue enviado por Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea llamada Nazaret a una virgen desposada con un hombre, llamado José, de la casa de David; el nombre de la Virgen era María. Y entrando donde ella estaba dijo:

Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo.

Ella se conturbó por estas palabras, y discurría qué significaría aquel saludo.

El ángel le dijo:

No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios, vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo a quien pondrás por nombre Jesús. El será grande y será llamado hijo del Altísimo. Y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su Reino no tendrá fin.

María respondió al ángel: ¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?.

El ángel le respondió:

El Espíritu Santo vendrá sobre tí y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado hijo de Dios. Mira, también Isabel, tu pariente, ha concebido un hijo en su vejez, y éste es ya el sexto mes de aquella que llamaban estéril, porque ninguna cosa es imposible para Dios.

Dijo María:

He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.

En aquellos días, se levantó María y se fue con prontitud a la región montañosa, a una ciudad de Juda... (Lc 1, 26-40).

### HA SUCEDIDO ALGO

Quisiera hacer esta meditación con especial esmero.

Ha sucedido algo inaudito en la vida de una muchacha. Y las consecuencias repercutirán en el mundo entero.

Sin embargo, el sensacional acontecimiento sucede en un contexto de extrema simplicidad, de silencio, de oscuridad. En un «clima de complicidad» entre Dios y la criatura. Hay una zona de misterio que escapa a la curiosidad de los más, a la información

de los sabios, a la influencia de los poderosos, en la que se cumple un evento decisivo.

Si quisiéramos resumir cuanto ha sucedido, en una noticia escueta, reducida a lo esencial, siguiendo el estilo evangélico, y renunciando por una vez a nuestras literaturas, deberíamos decir: *una criatura ha dicho que sí.*

El mismo cielo debió quedar asombrado ante aquella palabra tan insólita en la tierra.

—Adán, ¿dónde estás? (Gén 3, 9).

El hombre no se ha dejado encontrar para la cita con Dios.

Ahora, finalmente, hay *una criatura que se deja encontrar*, que responde a aquella primera llamada cuyo eco resuena aún en los aires:

—Heme aquí... soy la esclava del Señor.

Dios encontró a alguien que dice sí. Alguien *disponible*. Alguien con quien se puede contar para la realización de su proyecto. Y así puede empezar su obra.

«En Jerusalén se le quita la palabra al sacerdote. El ritual perfecto y complejo del templo, mientras permitía a una casta de privilegiados, que en su nombre podían dominar, paralizaba el movimiento del Espíritu. En Nazaret, una muchacha virgen pronunciaba una palabra en consonancia con el «fiat» de la creación: y entonces el ritmo de la creación recobra su parábola ascensional. La tierra pura se convierte en portadora de Dios, la tierra se alza hacia el cielo y el cielo se encuentra con la tierra» (G. Vannucci).

#### SILENCIO ACOGEDOR DE LA PALABRA

María reasume en sí la postura típica de cualquier vocación religiosa. Un espacio de libertad que se encuentra con el dinamismo de la absoluta libertad de Dios. Silencio acogedor de una palabra que provoca en el corazón una vibración única, irrepetible, exclusiva. Ofrecimiento de todo su ser. Pura receptividad, renuncia a toda libertad egoísta, separada, para insertarse por completo en el plano de la acción de Dios. Aceptación incondicional de un proyecto divino que de momento se recibe en su conjunto, en su esbozo, y cuyas líneas se seguirán perfilando, en su imprevisibilidad, y en sus siempre nuevas exigencias, a través de una revelación confiada a la realidad de los sucesos de cada día.

«La plenitud de la gracia de Dios alcanza a María en su pobreza y en su humildad»<sup>1</sup>.

María es la criatura que acoge la palabra.

Eva había acogido la palabra de la serpiente, principio de separación.

María acoge la palabra de Dios, principio de comunión. Y precisamente en ella, en su terreno virginal, queda abolida la separación entre el cielo y la tierra, entre Dios y el hombre, entre materia y espíritu. En su seno se restablecen las relaciones de amor entre lo creado y el creador.

«María dijo:... Hágase en mí según tu palabra» (Lc 1, 38).

«Dijo María a los sirvientes: haced lo que él os diga» (Jn 2, 5).

Ahí tenéis un ejemplo de acogida de la palabra y una invitación a recibir la palabra. «Hágase en mí...» «Haced».

Y después... estad a la expectativa.

#### LA QUE HACE AMANECER

«Se levantó María y se fue con prontitud a la región montañosa, a una ciudad de Judá...».

Esta imagen de la Virgen que va deprisa por un camino intransitable, me ha fascinado siempre.

Aquellos pasos expresan conocimiento seguro, decisión, coraje, la alegría de un anuncio.

Lleva dentro de sí un misterio, un misterio consumado en la profundidad de su ser. Y ahora se festeja al aire libre, en los caminos de los hombres.

Dentro de poco el silencio explotará en un himno.

Y la palabra se convertirá en fuerza transformante.

Ella ha respondido a las esperanzas de Dios.

Y ahora está dispuesta a responder a las esperanzas de todos.

El acontecimiento que se ha realizado en su interior, se convierte en mensaje, en noticia que se difunde.

Al principio, nadie sabe nada. Todo se ha desarrollado en silencio, en la oscuridad de una casa cualquiera, en el corazón de una muchacha como las demás. Ahora esta joven camina deprisa hacia arriba por un camino de montaña. ¿Quién advierte su presencia?

Eso faltaría... Los poderosos están ocupados en sus complicados juegos políticos. Los sabios inclinados sobre sus libros. La gente corriente enfrascada en las cosas de cada día.

1. M. THURIAN, *L'essentiel de la foi*, Taizé 1972.

El mundo sigue adelante como antes.

...Y sin embargo algo ha ocurrido.

Aunque nadie haya sido informado de ello.

La zona es árida, la vereda casi intransitable, y la muchacha camina deprisa. Ella sí que es consciente de lo que ha sucedido. Es portadora del acontecimiento.

Precisamente ella es la criatura que ha asumido la responsabilidad de decir sí.

Y basta ese sí para cambiar la faz de la tierra. Para hacer florecer el desierto rocoso.

Aunque los grandes no hayan sido informados.

Aunque todo, aparentemente, continúe funcionando, o no funcionando, como antes.

Dios se ha hecho Emmanuel, el *Dios con nosotros*, porque aquella joven ha querido estar presente en el momento del encuentro con él (encuentro que es, precisamente, disponibilidad para *estar con...*).

Dios vuelve a decir sí al mundo, porque María ha rescatado tantas negativas con su sí decisivo.

Por eso camina deprisa. Su paso, por supuesto, no es el de quien sigue a un féretro. Es el paso de quien anuncia el nacimiento de los «tiempos nuevos».

Y ella no es espectadora, es protagonista.

Ella es quien verdaderamente «espía la aurora».

Quisiera decir más: *Hace la aurora*.

#### SE VE CLARO DESPUÉS

Ciertas preguntas acerca del futuro de la vida religiosa, de su significado y de su presencia en el mundo del mañana, han creado sospechas en mí, hasta me han molestado.

Si la vida religiosa fuese simplemente un *proyecto humano*, tales pretensiones de clarificación serían legítimas, es más, necesarias. Sería muy justo «ver claro» con anticipación.

Pero como la vocación religiosa es disponibilidad para entrar en el «proyecto de Dios», no tiene sentido el «ver claro», hasta en los detalles, antes de comprometerse.

Veremos claro después, cuando el acontecimiento se haya manifestado —como en la vida de la Virgen— a través de todos los eventos —pequeños y grandes, y de cualquier modo imprevisibles— de nuestra existencia.

La cita con Dios es siempre ponerse en camino, dejando para «después» la visión completa del recorrido.

Con otras palabras: conoceremos el camino solamente después de haberlo recorrido por completo, hasta el final. Las explicaciones vendrán más tarde. Y también las teorías.

La fe no es otra cosa que eso. *Saber que él sabe*.

Entonces, una vocación religiosa, o es una aventura de fe, o no es nada.

Exigir precisiones, esclarecimientos, equivale a una pretensión de seguridad, lo que se opone a una postura auténtica de fe.

No podemos imponer a la gracia de Dios pasos obligados, itinerarios preestablecidos, plazos fijos, acarreos forzados.

Es preciso abandonarse a su dinamismo de libertad y de imprevisibilidad. Y esperar una revelación que siempre es progresiva, fatigosa, dolorosa (y casi siempre habla el lenguaje de los acontecimientos).

Una vida religiosa excesivamente programada y planificada, termina por convertirse en un rechazo del misterio de Dios, que debe encontrar en nosotros disponibilidad, elasticidad, adaptación, ductilidad, espontaneidad, y no reglas preestablecidas (¡por nosotros!) y direcciones únicas (¡marcadas por nuestra ceguera!).

Es verdad que, en la vida religiosa, no se excluye una visión clara del presente y, en cuanto sea posible, del futuro. Son necesarios también programas inteligentes, que sintonicen con las características del tiempo en que vivimos y con la misión especial que hemos de cumplir en un determinado contexto socio-cultural. Hace falta una cierta capacidad para no dejarse pillar de improviso por los cambios de nuestra época. En una palabra: se necesitan ideas suficientemente claras y programas realistas desde un punto de vista humano y religioso.

Pero... en todos nuestros programas deberíamos poner esta advertencia fundamental: *s.c.s.*, que quiere decir: salvo contraórdenes superiores. Más: salvo cambios impuestos día a día, hora a hora, quizás en el último momento, por las *sorpresas de Dios*, a nuestra total disponibilidad. O sea, que se trata de dejar un amplio margen a la novedad, que representa una constante en el juego de Dios. Y no se da por supuesto que estas novedades siempre sean agradables o serenantes...

«Se levantó María y se fue con prontitud a la región montañosa, a una ciudad de Judá...».

Si. La vida religiosa es misterio. Pero misterio en marcha por los caminos de los hombres. Y es necesario caminar deprisa. Y tanto más deprisa cuanto más urgente y vital es el mensaje que llevamos. Deprisa, porque no hemos sido nosotros los que hemos marcado el programa...

También para ti la vocación es un misterio de acogida, de disponibilidad, de libertad.

También tú eres, simplemente, una «criatura que ha dicho sí».

Ponte en camino como la Virgen, *nuestra Señora del riesgo*, la que aceptó el riesgo del sí.

Recuerda que la paradoja fundamental de la vida religiosa consiste en el hecho de que «se capta el valor y la existencia de lo que se ha vivido, solamente después»<sup>2</sup>.

Por tanto, ponte en camino y... ya verás lo que haya de suceder.

El sí, si brota de un terreno como aquel de la Virgen, es siempre decisivo. Para ti y para los otros. Es siempre «milagroso».

Pero es necesario ponerse en camino. Espiar el despuntar de la aurora, anticiparla... no dejarse despertar por ella.

2. J. DECHANET, *Va où ton coeur te mène*, Bruxelles 1972.

## Anotaciones acerca del primer viaje apostólico



...Se levantó María y se fue con prontitud a la región montañosa, a una ciudad de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. Y en cuanto oyó Isabel el saludo de María, saltó de gozo el niño en su seno, e Isabel quedó llena del Espíritu Santo; y exclamando con gran voz dijo: bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno; y ¿de dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí? Porque, apenas llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de alegría el niño en mi seno. ¡Feliz la que ha creído que se cumplirán las cosas que le fueron dichas de parte del Señor! (Lc 1, 39-45).

### PARÉNTESIS PERSONAL: CONDENADO A VIVIR LAS PALABRAS

Ahí va María de camino como portadora del Verbo, de la palabra.

Es el primer viaje apostólico, si bien se mira. Los siguientes —aunque tengan otras características— deberán acomodarse a este modelo.

Y ahora déjame abrir un paréntesis.

Debo agradecerte que hayas seguido el hilo de todas estas meditaciones.

No creas que es un modo peculiar mío de decir las cosas. Créeme. Ni tampoco un hábil y miserable truco para captar tu benevolencia. Sólo faltaba eso.

No. Estoy profundamente convencido de que estas páginas son «gracia», sobre todo para mí.

Me siento obligado antes de comunicarte una palabra, que es siempre una palabra que me anima y me vuelve impaciente, me atormenta y me entusiasma, me coge y me libera, a hacer las cuentas con esta palabra. Sí, antes de ofrecértela por medio de la plu-

ma y del corazón, con todas sus limitaciones— esta palabra me compromete muy seriamente. Compromisos de silencio, de oración, de reflexión, de observación, de estudio, de búsqueda, de sufrimiento.

Y este es el precio que hay que pagar puntualmente, si no se quiere ser un mero charlatán.

Es verdad que hay un precio más decisivo y exigente. Aquel que es determinante para la credibilidad de la palabra: la vida.

Imagino las dudas muy justas que tienes a este respecto: «¿Pero este señor vive todas estas cosas o se conforma con decir-las?».

Bien, no me cuesta nada reconocerlo: ni una cosa ni la otra. Yo simplemente... intento, me arriesgo, pruebo. Y, ante los resultados, casi siempre decepcionantes, me doy golpes de pecho... y vuelvo a empezar. Pero tened en cuenta que el pensar en las personas que esperan algo de mí, que tienen derecho a exigir-melo, me ayuda a rehacerme, a comenzar de nuevo, después de los fracasos con que la vida me regala cada día.

Así pues, te puedo ofrecer únicamente esta imagen mía: un sacerdote, un hermano que intenta. Como tú. Y con resultados inferiores a los tuyos. Sin embargo, su encuentro con la palabra, si no consigue ser vital, es al menos un encuentro que produce sufrimiento no resignación.

Con todo, estoy convencidísimo de que las palabras se pagan. Y precisamente con la vida. Y no se puede uno librar de pagar este precio. Ni tal «impuesto a las palabras» prescribe. Por tanto en cualquier momento uno puede ser condenado a vivir las palabras que se pronunciaron una vez (recuerdo una página de Giuseppe Marotta en la que imagina a los muertos obligados a... realizar los elogios fúnebres escritos sobre su tumba...) y para el que no logra pagar este impuesto en la tierra, existe un purgatorio para pagar, hasta el último céntimo, el impuesto de las palabras.

El evangelio nos advierte de que se nos pedirá cuenta de toda palabra inútil. Interpreto el vocablo «inútil» en este sentido: palabra sin una relación estrecha con la vida. O sea, palabra dicha pero no hecha.

Por eso, no te preocupes. Nos juntaremos en el paraíso sólo después de muchos años de purgatorio, cuando termine de pagar hasta la última línea, la última coma, todos mis libros.

No creas que estoy en una situación envidiable. Dios no permite a nadie que juegue o, peor aún, que trampee con su palabra. Y menos todavía que ofrezca a los otros una palabra que no se ha probado, experimentado dolorosamente en sí mismo. La palabra

es uno de aquellos dones que sólo se pueden ofrecer después de haberlo «asimilado».

Disculpa este largo paréntesis personal. Espero que sea al menos tan tranquilizante para ti, como es inquietante para mí.

#### SIGUIENDO LOS PASOS DE MARÍA

Volvamos la atención a los pasos de María para aprender algo acerca del dinamismo característico de todo testimonio religioso.

La lección se nos da, sobre todo, en dos imágenes fundamentales. La rapidez de su paso a través de la región montañosa. Y el encuentro con Isabel.

Intentemos sintetizar esta enseñanza.

1. *Un paso ligero*, rápido, desenvuelto, caracteriza el «caminar» de la Virgen.

¿Sois capaces de imaginar a esta joven hosca, arisca, pesada? Yo no puedo.

Poned, sin embargo, la atención en ciertas personas consagradas, y *tendréis la impresión de ver gente que lleva a la espalda*, en vez de alas, plomo y lastre. Y como si quisieran cargar con lo mismo a los demás. El concepto de vida religiosa de esta gente da la idea de una capa pesada, que aplasta, que oprime, que impide lanzarse, que trunca al nacer cualquier intento de vuelo.

Su figura recuerda más la imagen de una armadura medieval, que el regazo de la Virgen que guarda al Verbo.

Cierta compostura y gravedad exterior no es siempre señal de riqueza interior. Es más, casi siempre la dureza, la rigidez externas cubren el vacío, la desolación, la pobreza interior. Cierta exagerada y pretendida compostura de gestos, delata, no digo desmesura interior, pero sí pone en evidencia, frecuentemente, una... constitucional incapacidad para correr con alegría por los caminos de Dios, y marchar con conciencia de lo que se hace por los caminos de los hermanos.

Hay que distinguir con precisión entre apariencia y transparencia, entre máscara y rostro, entre persona y personaje (el personaje siempre tiene necesidad de la máscara porque no se fía de su rostro auténtico), entre rigidez y docilidad, entre gravedad e interioridad.

No conozco personas más *ligeras* —en el peor sentido de la palabra— que ciertos monumentos de «compostura religiosa».

*La gravedad no tiene nada que ver con la profundidad. Es más, esta última exige un algo de lozanía, agilidad, alegría, espontaneidad. ¡Algo de lo que tenían los pasos de la Virgen!*

2. «...Y llegó con prontitud...» Y aquí se nos plantea el problema del ritmo de nuestra vida (a nivel personal, comunitario y de instituto).

¿Cuál es nuestro ritmo?

¿Es el ritmo uniforme, frenado, de las fatigosas acomodaciones, del complicado «alinearse», o es el ritmo vivaz de las anticipaciones?

¿Es el paso cansino de la costumbre o el del gozo de la sorpresa? ¿La monotonía de la funcionalidad o la novedad de la intuición?

¿Nuestras relaciones con el mundo llevan el signo de la profecía, del presentimiento o del... resentimiento? (¿o el de la advertencia moralística?).

Recordemos que el ritmo, el paso, está en relación directa con el mensaje que nos urge desde dentro (o, al menos, debería...).

Si nuestro paso es cansado, tímido, vacilante, no podemos esperar que los demás caigan en la cuenta de la belleza e importancia del mensaje que llevamos.

Captamos el interés en la medida que logremos ser verdaderos adelantados, verdaderos precursores.

### 3. El encuentro con Isabel

La anunciación: es lo que le ha sucedido a ella.

La visitación: es lo que ella hace que suceda.

El encuentro con Dios es desconcertante no sólo para quien dice sí, para quien se deja encontrar, sino también para cuantos se acercan a aquella criatura que ha dicho sí.

María suscita algo extraordinario en Isabel. Su presencia no deja ni las cosas ni... a las personas como estaban. Basta un saludo para suscitar algo nuevo.

Existe una realidad profunda misteriosa en ella que sintoniza inmediatamente con aquella otra realidad profunda que Isabel lleva dentro de sí.

La vida responde a la Vida.

Y la palabra hasta se deja comprender por alguien que todavía no ha nacido.

Se capta el mensaje en toda su excepcional novedad y provoca saltos de alegría.

Todo esto se desarrolla en un contexto de regocijo, de estupor

recíproco, de canto (las palabras de Isabel y el «Magnificat» de María no hacen sino cantar las maravillas de lo que está sucediendo).

Lo que maduró en el silencio de Nazaret, ahora explota en un grito incontenible.

Los verdaderos encuentros exigen una cierta complicidad entre dos seres. La complicidad de la profundidad.

El contacto se establece en lo más íntimo de las personas. De otro modo la comunicación resulta dispersa. La unión banalmente epidérmica.

Hoy se insiste mucho, y con razón, en los encuentros, en las relaciones interpersonales.

No olvidemos, sin embargo, que solamente una persona puede encontrar de verdad a la otra si, antes, se ha encontrado consigo misma y ha penetrado en la profundidad de su ser y se ha habituado a vivir, a permanecer en aquel nivel de interioridad.

Insistamos aún en las relaciones interpersonales y en la comunicación, pero no nos limitemos a enlazar líneas de unión, a garantizar la posibilidad de comunicación, olvidando la riqueza, la fuerza y el contenido de la comunicación.

La transmisión puede resultar todo lo perfecta que se quiera, y puede ser captada en todas las ondas, pero si el mensaje es un... aburrimiento o una banalidad, entonces toda aquella eficiencia resulta ridícula e inútil.

4. *La que se da cuenta de lo sucedido es Isabel.* «Apenas llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de alegría el niño en mi seno». Es su prima la que se ha dado cuenta de lo sucedido al encontrarse con María.

No quiero forzar las cosas.

Pero..., si alguna vez preguntásemos a los otros, a quienes viven cerca de nosotros, y tuviéramos humildad y coraje para oír lo que provoca en ellos nuestra presencia, entonces tendríamos un criterio bastante comprometido para reencontrar nuestra identidad (parece como si todos la hubiéramos perdido en este momento...) y para comprobar la incidencia de nuestro testimonio y la resonancia profunda del mensaje que llevamos.

Más que mirarse en demasía al espejo de nuestros análisis y de nuestras problemáticas, intentemos, al menos de vez en cuando, pedir a los otros información sobre nuestra conducta.

Para saber si realmente nos hemos «realizado», no nos limitemos a observar lo que ha ocurrido dentro de nosotros, sino animémosnos a constatar qué hemos logrado en los demás.



Las cabriolas de Juan en el seno de su madre son una **imagen** extremadamente significativa para este tipo de prueba. Al menos, así me parece.

El examen de hoy llega también al sí que has pronunciado y que renuevas cada día.

Para que sea un sí válido debes controlar:

- lo que provoca en ti
- lo que provoca en los otros.

Pon atención, sobre todo, a esta segunda dimensión.

¿Qué impacto causarás en los demás?

¿Qué riqueza aportas en el encuentro con los otros?

¿Cuál es la fuerza de choque de tu mensaje?

Mira que el sí, para ser una fuerza desconcertante no puede reducirse a fórmula, a lección, a consejo. Debe ser *palabra*, reflejo, eco y manifestación del Verbo.

Palabra que no es charlatanería, sino que viene garantizada con las credenciales de la vida.

Y con estas credenciales, se llega a todas partes. No existe zona que pueda sustraerse impunemente al influjo de una palabra que mantiene estrechas relaciones con la Palabra y cuenta con su carga vital.

Pues, ¡ánimo! arriesguémonos al sí.

«¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas...!».

O sea, eres bienaventurada porque has aceptado el riesgo del sí.

Tiempo de navidad (25 de diciembre-5 de enero)

## El Dios con nosotros

Y la palabra se hizo carne y puso su morada entre nosotros (Jn 1, 14).

Y la vida era la luz de los hombres (Jn 1, 4).

¡Qué hermosos son sobre los montes,  
los pies del mensajero que trae buenas nuevas! (Is 52, 7).

# Debemos habérmolas con un niño

Porque un niño nos ha nacido,  
un hijo se nos ha dado... (Is 9, 5).

Y esto os servirá de señal: encontraréis a un niño envuelto en pañales  
y acostado en un pesebre (Lc 2, 12).

## CUANDO DIOS YA NO PUEDE MÁS...

Para comprender la paradoja de la Navidad, el año pasado esperé la media noche relejendo dos profetas: Isaías y Jeremías. Fue una lectura que me ayudó mucho a entender este misterio en su realidad desconcertante, y a presentarme para el encuentro con una conciencia purificada de excrescencias retóricas o sentimentales.

Desde aquellas páginas se intuyen los humores de Dios en relación a los hombres.

Bastará citar las frases más significativas:

«Ira tiene Yahvé contra todas las naciones» (Is 34, 2). No hace falta discurrir mucho para reconocer que hay motivos para dar y vender (basta una mirada rápida a nuestro interior...).

«Estaba mudo desde mucho ha, había ensordecido, me había reprimido» (Is 42, 14).

Y ahora:

«Yahvé desde lo alto ruge» (Jer 25, 30).

Parece acabarse el tiempo de la misericordia de Dios, de sus interminables esperas:

«Alargué mis manos todo el día hacia un pueblo rebelde» (Is 65, 2).

Sin resultado. Todo inútil. Se ha cansado. Se ha consumido su paciencia.

«¿De una nación así no se vengará mi alma?» (Jer 5, 9).

Esta pregunta se va repitiendo varias veces como un estribillo siniestro. Y viene reforzada por aquella otra:

«¿Cómo te voy a perdonar?» (Jer 5, 7).

Por ello no nos debe extrañar que Dios tome una decisión extrema:

«He aquí a Yahvé que sale de su lugar a castigar la culpa de todos los habitantes de la tierra contra él» (Is 26, 21).

Es inútil hacerse vanas ilusiones acerca de los fines de aquella «salida»:

«Se levanta a pleitear Yahvé y está en pie para juzgar a su pueblo» (Is 3, 13).

Su venida provoca ruina:

«He aquí que Yahvé estraga la tierra» (Is 24, 1).

Y entonces será prudente que cada uno busque su refugio:

«Entrarán en las grietas de las peñas  
y en las hendiduras de la tierra,  
lejos de la presencia pavorosa de Yahvé  
y del esplendor de su majestad,  
cuando él se alce para hacer temblar la tierra.  
Aquel día arrojará el hombre,  
a los ratones y a los topos  
los ídolos de plata y los ídolos de oro que él se hizo  
para postrarse ante ellos  
y se meterá en los agujeros de las peñas  
y en las hendiduras de las piedras,  
lejos de la presencia pavorosa de Yahvé...» (Is 2, 19-21).

¡Es el día «del Señor de los ejércitos»! (Is 2, 12). Al hombre no puede dársele más que este consejo: «Húndete en el polvo» (Is 2, 10).

#### CUANDO LA PALABRA TOMA LA PALABRA...

Y he aquí que amanece el día de la justa venganza de Dios. El Señor ha salido de su lugar.

Ya no hay salvación. Tendremos que hacer cuentas con él. Estemos preparados, pues, a aguantar la mirada de este Dios «terrible».

«Vamos deprisa a Belén»... Es mejor afrontar el juicio cuanto antes. La espera es siempre más angustiada que cualquier condena.

Recojamos nuestros bártulos y pongámonos en camino. Es inútil buscar excusas, preparar defensas, componer justificaciones ridículas. El castigo será inevitable.

Se nos ha informado de que Dios «ha salido de su lugar» con la intención de «castigar la culpa de todos los habitantes de la tierra contra él».

Es inútil escapar. Es mejor presentarse como culpables.

Un extraño tribunal, en un extraño ambiente. Y un extraño juez.

«Porque un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado» (Is 9, 5).

Esperábamos un juez inexorable. Y ha llegado un niño...

«¿Os parece poco cansar a los hombres, que cansáis también a mi Dios? Pues bien, el Señor mismo va a daros una señal: he aquí que la doncella ha concebido y va a dar a luz un hijo, y le podrá por nombre Emmanuel» (Is 7, 13-14).

Es verdad, teníamos que saberlo. Cuando Dios pierde la paciencia, nos manda a su hijo. Un niño.

Cuando Dios decide acabar con algo, sale de su lugar para convertirse en el Dios-con-nosotros.

¡Este es el Señor que «estraga la tierra»!

Tendríamos que habernos escondido, siguiendo el consejo del profeta, «en las grietas de las peñas». Y resulta que le encontramos en una cueva...

La Navidad nos ofrece precisamente esta sorpresa inaudita.

El día que esperábamos fuego del cielo.

El día en que teníamos que rendir cuentas.

El día en que la palabra se dirigía directamente a los hombres, sin necesidad de intermediarios...

Pues bien, aquel día...

...«Se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador y su amor a los hombres» (Tit 3, 4).

«Lo que se hace visible, cuando Dios se manifiesta en persona, es un hombre. Es más, es un niño» (Y.-M. Congar).

«...Y encontraron... al niño acostado en el pesebre».

Aquí hay que rendir cuentas. En esta cueva. Con este niño. Y son cuentas que se hacen en silencio.

Cuando la palabra se dirige a los hombres directamente, comienza... con un espacio de silencio.

«He callado durante mucho tiempo...».

Y también ahora cuando la palabra se ha hecho carne, hay un gran silencio.

Sólo faltaría que fuéramos nosotros quienes le rompieran...

# Tú no eres nadie hasta que alguien te ame

Os anuncio una gran alegría... (Lc 2, 10).

...Y en la tierra paz a los hombres en quienes él se complace (Lc 2, 14).

## PARA QUE EL HOMBRE PUEDA SER ALGUIEN

«Sólo tengo una palabra que decir. Pero si se me permitiese decir esta única palabra, esta única frase, de manera que quedara grabada e indeleble, mi elección estaría hecha. Sé lo que diría: *nuestro Señor Jesucristo no era nada, no olvidéis esto, cristianos*».

Esta expresión de Kierkegaard puede parecer paradójica. En realidad no es otra cosa que el comentario más exacto a la realidad más fundamental de la encarnación, de la que habla san Pablo: la *kénosis*, el anonadamiento, el vacío, el despojo de Cristo.

«Sentid entre vosotros lo mismo que Cristo:

el cual siendo de condición divina,

no hizo alarde

de ser igual a Dios.

Sino que se despojó de sí mismo

tomando condición de siervo,

haciéndose semejante a los hombres

y apareciendo en su parte como hombre;

y se humilló a sí mismo,

obedeciendo hasta la muerte

y muerte de cruz» (Flp 2, 5-8).

«Tú no eres nadie hasta que alguien te ame» dice una canción popular americana. Cada uno de nosotros era «nadie». En un

momento dado, alguien nos llamó por el nombre y empezamos a existir. Nuestra nada ha sido fecundada por el amor de Dios. Y hemos llegado a ser alguien. Hemos llegado a ser personas.

«¿Qué es lo que sería capaz de probarme que tengo un rostro sino el beso de Dios?» (Mercedes de Gournay).

Así descubro que he sido amado. Que existo porque alguien me ha amado.

Ahí está la raíz de mi ser. Y la raíz de mi unicidad. Alguien que me ama y que me llama por mi nombre.

Sin embargo, el hombre, porque ha pecado, ha vuelto a ser la nada absoluta. Se ha desintegrado, se ha deshecho.

Dios le sigue amando y acepta ser como él, se convierte *él mismo en nada*, para que el hombre pueda volver a ser algo, para que de nuevo sea alguien.

«Dios se ha hecho portador de la carne para que el hombre pueda ser portador del Espíritu» (Atanasio de Alejandría).

Esta es la realidad más desconcertante de la encarnación.

«Vosotros que en un tiempo no erais pueblo, y que ahora sois el pueblo de Dios» (1 Pe 2, 10).

Lo mismo puede decirse a nivel personal. Tú que, con el pecado, eras no-persona, eras nada, ahora has vuelto a ser alguien. Te ha sido restituida tu identidad personal.

La «noticia, motivo de alegría» de la Navidad creo que puede resumirse así: ¡tú has vuelto a ser alguien porque alguien te ama!

## EL CAMINO QUE TRAJÓ A DIOS HASTA NOSOTROS

Quizás se nos ha insistido demasiado acerca de los caminos para llegar a Dios.

Y hemos olvidado que «no existe un camino que conduzca a Dios» (K. Barth). Existe sin embargo un camino que trae a Dios hasta los hombres. Empieza precisamente en Belén y termina en el Calvario. Comienza en el pesebre y acaba sobre una cruz.

Sin este camino, todos los nuestros (aun garantizados con textos de especialistas, con abundancia de mapas y minuciosas recomendaciones para el viaje) no desembocan en ninguna parte.

Nuestro encuentro con Dios sólo es posible porque Dios mismo ha venido a encontrarnos.

Se ha observado que la ley del pecado es la caída.

La ley del amor en cambio, es el *abajamiento*.

Dios elige precisamente el descender.

«Dios no invita al siervo, quedándose él en su puesto, sino que él mismo baja a buscarlo. Siendo rico, viene a la casa del

pobre. Presentándose, declara directamente su amor y busca un amor igual. Rechazado, no se aleja. Frente a la insolencia no se irrita. Echado fuera, se queda a la puerta y hace todo lo posible por mostrarse como verdadero amante. Martirizado, lo soporta todo y muere»<sup>1</sup>.

Por esta razón, algunos místicos han hablado del «amor loco de Dios».

El mismo Cabasilas lo explica así: «dos características revelan al amante y le hacen triunfar: la primera consiste en hacer el bien al amado en todo cuanto sea posible, la segunda en elegir por él el sufrir cosas terribles si fuese necesario. Pero esta última prueba de amor, muy superior a la primera, no podía convenir a Dios, que es impasible.

«Siendo amigo de los hombres, Dios podía colmarles de beneficios, pero, manteniéndose a distancia, no podía sufrir por ellos...

«No debía, sin embargo, quedar escondido el inmenso amor de Dios hacia los hombres: y así, para darnos la prueba de su gran amor, para mostrarnos que nos ama con un amor sin límites, *Dios inventa su anonadamiento*, lo realiza y hace de manera que sea capaz de sufrir. Así, y con todo el sufrimiento que le viene encima, Dios convence a los hombres de su extraordinario amor por ellos y los atrae de nuevo hacia sí...»<sup>2</sup>.

Esta es, pues, la segunda precisión de la «noticia, motivo de gran alegría»: Dios tiene a gala hacernos saber que nos ama. Y, para hacérselo saber de la manera más segura, viene él mismo a comunicarnos la noticia, llegando hasta nosotros, inventando el camino del abajamiento, del anonadamiento.

Así el amor responde al Amor.

«El hombre no cede más que bajo el peso de la extrema humillación de Dios» (Máximo el confesor).

#### TODOS SOMOS «BUSCADOS»

Hay todavía una última información que recibimos con ocasión de la Navidad.

Se podría expresar así: ¿no sabes que te están buscando?

A primera vista, puede parecer una noticia poco tranquilizadora. Todos somos «buscados» por Dios. No se excluye a nadie.

1. N. CABASILAS, *La vita in Cristo*, libro VI, c. 2, p. 286.

2. *Ibid.*, libro VI, c. 2, p. 286-287.

Sabiendo que nuestros documentos no están en regla, siendo conscientes de que tenemos asuntos sin resolver con la justicia divina, el hecho de que se nos busque no debería ser precisamente un motivo especial de alegría. Al contrario...

Además se da el agravante de que hemos escapado del lugar del delito.

Adán, ¿dónde estás? (Gén 3, 9).

Ahora oímos a un paso el respirar del perseguidor...

Pero el profeta, esta vez, barre de un plumazo nuestro miedo y nos explica la dicha de ser «buscados»:

Mirad que Yahvé hace oír  
hasta los confines de la tierra:  
decid a la hija de Sión:  
mira que viene tu salvador,  
mira, su salario le acompaña,  
y su paga le precede.  
Se les llamará 'pueblo santo',  
'rescatados de Yahvé';  
a ti se te llamará 'buscada',  
ciudad no *abandonada* (Is 62, 11-12).

Ahí está la noticia decisiva: somos «buscados» para no ser nunca más abandonados.

El Dios que nos busca, el Dios que se abajó hasta nosotros no nos abandonará más.

El-que-viene, nos advierte que viene para quedarse. Para estar con nosotros.

El Emmanuel es, precisamente, el Dios-con-nosotros. No un huésped ocasional.

Isaías nos descubre una de las maneras cómo Dios ve a los hombres desde lo alto:

«El está sentado sobre el orbe terrestre cuyos habitantes son como saltamontes» (Is 40, 22).

Hay que decir que es una imagen más bien insólita.

Sea lo que sea, ahora el Señor ha abandonado la altura, desde la que los hombres parecían saltamontes.

Bajó a nuestro nivel. Se ha hecho pequeñísimo, un niño. Ha venido a poner su morada entre nosotros.

Y nosotros podemos verlo. Contemplarlo con nuestros ojos. Dios se hace visible, se ofrece a nuestras miradas.

Y nos lleva a Belén, donde nos ha permitido verle, y allí Dios no sólo *parece* sino que *es* verdaderamente uno de nosotros.

Pero uno de nosotros que me dice:

«Con amor eterno te he amado» (Jer 31, 3).

Y esta es la *noticia, motivo de gran alegría*.

## Los que llegaron primero

Había en la misma comarca unos pastores, que dormían al raso y vigilaban por turno durante la noche su rebaño.

Se les presentó el ángel del Señor, y la gloria del Señor los envolvió en su luz, y se llenaron de temor. El ángel les dijo:

No temáis, pues os anuncio una gran alegría que lo será para todo el pueblo: os ha nacido hoy en la ciudad de David, un salvador, que es el Cristo Señor; y esto os servirá de señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre.

Y de pronto se juntó con el ángel una multitud del ejército celestial, que alababa a Dios, diciendo:

Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres en quienes él se complace.

Cuando los ángeles, dejándoles, se fueron al cielo, los pastores se decían unos a otros:

Vayamos, pues, hasta Belén y veamos lo que ha sucedido y el Señor nos ha manifestado.

Y fueron a toda prisa, y encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre.

Al verlo, dieron a conocer lo que les habían dicho acerca de aquel niño; y todos los que lo oyeron se maravillaban de lo que los pastores se decían.

María, por su parte, guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón.

Los pastores se volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto, conforme a lo que se les había dicho (Lc 2, 8-20).

### LA NOTICIA HA SIDO DADA EN EXCLUSIVA A LOS ÚLTIMOS

Y ha habido una vocación también para los pastores. También ellos han sido «escogidos». Y precisamente en esta elección encontramos un elemento típico de la «llamada»: la imprevisibilidad de Dios<sup>1</sup>, que demuestra una vez más una clara simpatía hacia todo aquello que los hombres normalmente descartan.

1. Cf. más arriba, el capítulo «Desde el punto de vista del misterio», 88-92.

Los pastores son unos marginados. Absorbidos totalmente por su trabajo, no tienen tiempo para profundizar en el estudio de las Escrituras —como cualquier israelita que se tenga en algo— por lo que se les considera los últimos y quedan relegados al último lugar de la jerarquía religiosa. Analfabetos en Escrituras, quedan *excluidos* de los secretos de Yahvé.

Pero Dios piensa de otra manera. No tiene en cuenta nuestras jerarquías. No respeta las precedencias puestas por nosotros.

Cuando tenía que comunicar la noticia de la llegada de su propio hijo a la tierra, concede la primacía a los pastores.

Cuando debía distribuir las invitaciones oficiales para aquella visita decisiva, reserva los primerísimos puestos para los pastores, o sea, para los últimos.

En la llamada a los pastores encontramos muchos elementos fundamentales de la vocación religiosa:

—La comunicación de una *noticia alegre*: «Os anuncio una gran alegría...».

—*Una invitación delicada*. No se les obliga a ir. Pero si se deciden a emprender el viaje, ahí tienen una señal: «encontraréis un niño...».

—*Una decisión personal*. «Vayamos hasta Belén y veamos...». «Y fueron a toda prisa...».

—*Un descubrimiento gozoso*. «Lo encontraron...».

—*La comunicación de una experiencia*. «Al verlo, dieron a conocer...».

—*Una fiesta*. «Se volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto...».

Un itinerario, pues, iniciado bajo el signo de la alegría, que se desarrolla al hilo de la sorpresa, se difunde despertando estupor, y se concluye con una incontenible «acción de gracias».

Los pastores han *escuchado*, han *respondido*, han *visto*, han *contado* y finalmente, han *festejado* las maravillas de las que han sido espectadores y protagonistas.

En esta narración se da una visión de la vocación reducida a su meollo esencial. Algo tan sencillo, fresco, asombroso, original, humano y divino a la vez, natural y sobrenatural.

#### ESCUCHAR Y VER

Partiendo de esta experiencia de los pastores, reflexionemos un poco sobre el dinamismo de la vocación religiosa.

Para que se dé una verdadera respuesta a la llamada de Dios, es necesario por nuestra parte:

1. *Atención*. Con frecuencia la voz de Dios es un rumor casi imperceptible. Dios no se pone a competir con las voces es-tentóreas que nos rodean. Solamente la atención nos pone en sintonía con su palabra queda.

2. *Vibración interior*. La palabra de Dios no es algo que nos toque desde fuera. Sino que establece contacto con una zona profunda de nuestro ser. O sea, es una realidad que, a su vez, es reclamo de otra que ya existe dentro de nosotros. Por eso somos capaces de sintonizar con la llamada divina. Nos sentimos atraídos hacia aquella realidad misteriosa.

Vibración significa sentirse interesados, interpelados por un «tema» que se nos propone.

Desde este punto de vista, se puede aplicar a la vocación religiosa lo que corrientemente se dice de la vocación artística. No basta conocer los colores, es necesario tener la pintura en la sangre. No basta distinguir las notas, es necesario tener la música «dentro». «La música de una partitura sólo es comprensible para quien tiene la música dentro de su alma. No es suficiente saber producir las notas, se necesita entrar dentro de lo que se toca»<sup>2</sup>. O sea, encontrar dentro de sí el punto de contacto, la zona de vibración, con las notas, los colores o las palabras. Si no es así, cuando el alma se encuentra entumecida, obtusa, la vocación no es más que una *cáscara vacía* (A. J. Heschel) y la llamada un sonido confuso.

3. *Inteligencia*. O sea, esfuerzo continuo de comprensión del plan de Dios, para acomodarse a su... amplitud y a sus exigencias y para captar el punto de referencia con los aconteceres de cada día<sup>3</sup>.

4. *Disponibilidad* para realizar concretamente el proyecto de Dios. Porque la vocación puede definirse como una propuesta hecha por Dios en favor de una obra común. Una invitación a trabajar juntos, a... «hacer sociedad».

Pero para comprender exactamente todo esto, es necesario que reflexionemos todavía acerca de nuestra postura con relación a la palabra.

2. A. J. HESCHEL, *Dio alla ricerca dell'uomo*, 1969, 340.

3. Cf. para profundizar en este tema (la inteligencia progresiva del misterio de la vocación) el capítulo «Nuestra Señora de la atención», 179-182.

La palabra de Dios que se nos dirige no es una simple información para satisfacer nuestra curiosidad. Una noticia ante la cual nos limitamos a comentar «¡qué interesante!». Y pasamos a otra cosa...

No. La palabra compromete a quien la recibe.  
Es eficaz. Exige una realización.

Como descienden la lluvia y la nieve de los cielos  
y no vuelven allá,  
sino que empapan la tierra,  
la fecundan y la hacen germinar,  
para que dé simiente al sembrador  
y pan para comer,  
así será mi palabra,  
la que salga de mi boca,  
que no tornará a mi de vacío,  
sin que haya realizado lo que me plugo  
y haya cumplido aquello a que la envié (Is 55, 10-11).

El verbo «escuchar» (que, según los cálculos precisos de los especialistas más minuciosos, aparece alrededor de 1.100 veces en el antiguo testamento) no significa, en hebreo, *ser informados*, sino *obedecer*.

Moisés se acerca a la zarza ardiendo porque tiene curiosidad de «ver» lo que estaba sucediendo y, entonces, recibe la sorpresa de tener que «escuchar» lo que Dios quiere de él (Ex 3, 1s.).

En el nuevo testamento no es suficiente quedarse a la escucha. Hay algo más.

En efecto la palabra se hace carne. Se hace «uno de nosotros». Se deja ver. Pone su tienda en medio de los hombres.

Y entonces el verbo fundamental ya no es «escuchar» (aparece 425 veces en el nuevo testamento, al menos eso dicen los especialistas), sino «ver» (680 veces).

Cristo invita a los discípulos a *ver*. «Venid y veréis».

Por tanto el discípulo tiene que ser un testigo no sólo de lo que ha oído sino, sobre todo, de lo que ha visto.

Por eso los pastores, los discípulos... cuentan lo que han visto con sus ojos y que correspondía exactamente con lo que habían oído.

Juan, más tarde, expresará perfectamente esta realidad en una frase desconcertante: «Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la palabra

de vida, —pues la vida se manifestó, y nosotros la hemos visto y damos testimonio y os anunciamos la vida eterna que estaba con el Padre y que se nos manifestó— lo que hemos visto y oído os lo anunciamos...» (1 Jn 1-3).

La *credibilidad* del «llamado», la seguridad del testigo, viene garantizada por las pruebas que puede presentar. O sea, debe ser una persona que ha escuchado, visto, palpado.

Uno que ha hecho un viaje, ha descubierto algo, ha estado con alguien, y ahora nos cuenta...

#### EL ESTUPOR DE LA LLAMADA

Y queda el hecho fundamental —y la experiencia de los pastores nos lo confirma de la manera más convincente— que el estupor representa un dato importantísimo en toda vocación.

La llamada de lo alto suscita asombro en quien la recibe.

Un sentimiento de estupor acompaña el itinerario vocacional en todas sus etapas sucesivas e inesperadas, y le confiere un significado. «El asombro es la única brújula que puede orientarnos hacia el polo del significado»<sup>4</sup>.

En fin, una vocación auténtica es siempre motivo de sorpresa, de desconcierto para los demás: para quien ve, para quien oye contar, para quien es informado por los que han emprendido aquel viaje.

El desinterés, la indiferencia, la costumbre, la burocracia, la monotonía, la banalidad, la irrisulz, el aburrimiento son la descalificación más clara de una vocación.

Cuando ya no somos capaces de sorpresa, cuando ya no tenemos nada que descubrir, cuando nos sentimos desanimados, entonces es claro que ya no tenemos nada que dar, ni nada que decir a nadie.

Nuestra vocación ya no es más que una cáscara vacía. O sea, una desilusión. Para todos.



4. A. J. HESCHEL, *L'uomo non è solo*, Milano, 1970, 26.



María, por su parte, guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón (Lc 2, 19).

Su madre conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón... (Lc 2, 51).

## ACONTECIMIENTO Y MISTERIO

La vocación no es un hecho, es un acontecimiento. O sea, no es un episodio que se sitúa en el pasado, sino una realidad misteriosa que *sucede y se descubre* cada día.

Por esto el «llamado» debe relacionar sus acciones, sus vivencias, sus decisiones con esta realidad fundamental.

Vivir en conformidad con la llamada no significa poner esta llamada como un punto fijo, estático, al principio del propio itinerario. Sino que lleva consigo un compromiso capaz de hacer actual este acontecimiento inicial en la realidad cotidiana, de incorporar sus implicaciones a la trama de nuestros encuentros, de inspirarnos en ella a la hora de elegir, de profundizar en su misterio y desarrollar su potencialidad a través del estímulo de los azares de nuestra existencia.

Constituyendo un «acontecimiento», la vocación afecta al pasado, compromete al presente y nos proyecta hacia el futuro.

Siendo «misterio», señala una realidad susceptible de profundizaciones siempre nuevas, de continuas exploraciones y de descubrimientos sorprendentes.

La vocación se convierte así en una realidad dinámica y misteriosa que se desarrolla y crece y va desvelándose poco a poco al ritmo de los sucesos. →

## «MAÑANA TRAS MAÑANA DESPIERTA MI OÍDO»

Ya en el antiguo testamento la vocación se presenta bajo esta luz.

El profeta, normalmente, no se da cuenta, en el acto y de una manera completa, de las consecuencias y de las dimensiones de su compromiso. Para él, el futuro presenta vastas zonas de incertidumbre. No sabe con precisión dónde tendrá que ir, y ni siquiera sabe con exactitud lo que tendrá que decir.

Su respuesta es siempre una respuesta de fe. Con la certeza de que el Dios fiel, a lo largo del camino de su obediencia incondicional, dará más amplias informaciones y... disposiciones nuevas.

Para el profeta, el acto de fe consiste en decir que sí y ponerse en camino. El resto —que es lo más importante— se irá aclarando poco a poco durante ese caminar.

La revelación, para el elegido, jamás es completa, sino progresiva.

El «siervo de Yahvé» tiene una expresión estupenda a este respecto. Dice así:

«El Señor mañana tras mañana despierta mi oído» (Is 50, 4).

O sea, para un «llamado», el diálogo con Dios es ininterrumpido.

## ¡CUÁNTAS ANUNCIACIONES!

Esto que ya aparece en el antiguo testamento, adquiere una particular evidencia en María.

La Virgen expresa perfectamente esta doble realidad de la vocación: acontecimiento y misterio.

Entre la anunciación y la asunción, entre la revelación inicial y el cumplimiento final, se da un largo proceso en que la Virgen ha descifrado día a día, el plan de Dios y ha descubierto, progresivamente, su puesto en ese plan de Dios. Por lo cual el «sí» inicial se ha ido especificando en otros numerosos «sí». El compromiso fundamental se ha concretado en una serie de compromisos particulares al sonar de las distintas «horas» de su vida.

Y las decisiones, las opciones sucesivas no han sido otra cosa que autenticaciones, confirmaciones de la opción, de la decisión inicial.

¡Cuántas anunciaciones, en la vida de la Virgen, después de la primera! Cada situación nueva era una anunciación. En Belén y en Egipto, en Nazaret y en Jerusalén, en Caná y en el Gólgota.

Y en cada anunciación allí estaba su «sí».

En cada acontecimiento estaba su presencia. ] \*

«Se celebraba una boda en Caná de Galilea y *estaba* allí la madre de Jesús»... (Jn 2, 1).

«Todavía estaba hablando a la muchedumbre cuando su madre y sus hermanos *estaban* fuera, aparte» (Mt 12, 46).

Es significativo este *estar* fuera, aparte. Indica una postura de discreción, no absorbente por parte de María. Una capacidad de desaparecer para no estorbar al hijo...

«Junto a la cruz de Jesús *estaban* su madre...» (Jn 19, 25).

En el cenáculo «*estaban* Pedro y Juan... en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús...» (Hech 1, 13-14).

Así es como la fidelidad de la Virgen a su propia vocación se expresa de la manera más significativa por medio de su «estar». Un «estar» dinámico, allí donde se desarrolla el acontecimiento que la compromete (resultaría difícil imaginar que la Virgen, después de la anunciación, no se mueva ya de Nazaret y quede allí esperando a que la informen sobre lo que está sucediendo, que espere noticias incluso de lo ocurrido en el Calvario...).

#### VIDENTE PORQUE CREE

Así pues María, a través de las sucesivas anunciaciones, apretaba entre sus manos el hilo conductor de aquel misterio que iba desarrollándose y que exigía su presencia.

Su vocación se precisaba día a día y ella descubría su sentido y su importancia en aquel suceder de los acontecimientos.

Cada anunciación —con su correspondiente «sí»— constituía una «revelación» parcial del misterio, que se unía con la precedente y quedaba abierta, disponible para la venidera. ]

María «conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón...»

O sea, unía, componía en su interior las piezas de un mosaico que iba completándose poco a poco.

Su postura típica era, precisamente, la atención.

La atención al misterio.

La atención a los varios acontecimientos para descifrar su significado y captar su relación con el misterio.

La atención al propio compromiso que iba renovando en cada situación, para no quedar al margen del «juego de Dios».

Esta atención es una característica fundamental de su fe. Abandono y conciencia clara. Discreción y presencia. Sintonía

con lo eterno. Y sintonía con las «horas» de la historia. Confianza y lucidez.

María es una «vidente» porque cree.

Ve perfectamente porque, a la luz de la fe, busca y descubre su puesto —nada confortable por cierto—, en el itinerario imprevisible del hijo.

«Nuestra Señora de la atención» es la única criatura que no defrauda ni las esperas de Dios ni las esperas de los hombres.

↖ No nos queda sino pedir a la Virgen «Nuestra Señora de la atención» que nos haga descubrir el sentido dinámico de nuestra vocación. Para que no quede reducida a un hecho, aunque sea fulgurante, pero anclado en el pasado, sino que adquiriera las dimensiones de un misterio que se descubre cuando se vive conscientemente y en la imprevisibilidad de los compromisos de cada día.

Que nuestro «sí» inicial obtenga la garantía de los numerosos «sí» exigidos en las múltiples «horas» de nuestra vida, que exigen nuestra presencia, nuestra atención y nuestro estupor.

Que nos convenza de que nuestra vocación —como la de cualquier cristiano— «no va jamás para atrás sino siempre hacia adelante»<sup>1</sup>.

La vocación que no sea sorpresa continua, revelación progresiva, es una vocación bloqueada en el punto de arranque.

O sea, un «sí» que no ha continuado. Y todos se sienten —y con razón— traicionados... ↘

1. La expresión es de P. TALEC, *Les choses de la foi*, Paris 1973.

# Bienaventurados los que no saben hacer las cuentas

Salió de nuevo Jesús por la orilla del mar. Toda la gente acudía a él, y les enseñaba. Al pasar, vio a Leví, el de Alfeo, sentado en el despacho de impuestos, y le dice: Sígueme. El se levantó y le siguió (Mc 2, 13-14).

## DE UNA MENTALIDAD DE NÚMEROS A UNA PERSPECTIVA DE GRATUIDAD

Ven conmigo. Ya no tendrás que hacer cuentas. Esto no se lleva en mi reino. Es más, está prohibido. Perderás el hábito de la contabilidad.

Estamos en los alrededores de Cafarnaún, a orillas del mar de Tiberíades. Lugar de paso obligado, en los confines de los estados de Herodes Antipas, y hay que lidiar con los aduaneros, encargados de cobrar el peaje.

Leví es precisamente un recaudador de impuestos, un publicano. No goza, por supuesto, de la simpatía de la gente y se le tiene por su oficio, como un pecador. Importa poco que no esté al servicio de los romanos, como tantos otros colegas suyos, sino al del tetrarca. La clase social a que pertenece basta para descalificarlo ante los ojos de todos, y el sello infamante nadie puede borrarle de su piel.

Jesús le mira un momento cuando está absorbido por los dineros, las tarifas y, naturalmente, por las protestas de los clientes. Pero no duda al llamarlo:

—Ven conmigo.

«Leví, dejándolo todo, se levantó y lo siguió» (Lc 5, 28).

Debió dejar, sobre todo, la costumbre de hacer cuentas.

Es que seguir a Cristo significa perder una mentalidad contable, para adherirse a una perspectiva de absoluta «gratuidad».

Las manos diestras en contar el dinero deberán adquirir la asombrosa ligereza de las manos vacías. Los ojos expertos en sumar números aprenderán a fijarse únicamente en el don de Dios y a reconocer que «todo es gracia», incluso los más desastrosos pasivos, también las cuentas más desoladoras, también las cuentas que no nos salen, también las cosas que llevan mal camino.

## LA CALCULADORA HACE SU OFICIO LA LITURGIA ES EFICIENTE

Uno de los ídolos de nuestro tiempo es, sin duda, la eficacia. Nuestra civilización que gira en torno a los dos polos de productividad-consumo, afirma sobre todo los valores utilitarios. Y a las personas se las mide con el metro del «rendimiento». Una persona vale no por lo que es, sino por lo que hace, por lo que produce, por lo que rinde, o sea por su utilidad práctica. Y todo se reduce a números, cifras, cantidad. La máquina calculadora se convierte en la gran sacerdotisa de este culto a la eficacia. Y según los resultados de la calculadora se distribuyen, cual nuevos oráculos de esta civilización aritmética, los certificados de grandeza de las personas.

¿Cuánto? ¿Para qué sirve? ¿Cuánto rinde? ¿Qué hemos conseguido? Resultados, porcentajes, incremento, útiles... son las fórmulas de esta liturgia del producto.

La vida religiosa está llamada precisamente a oponer al culto de la eficacia la paradoja de la inutilidad, el misterio de la gratuidad.

La cantidad, el número, la obsesión de las obras, el censo de las fuerzas, el inventario de los resultados, no deben encontrar las columnas correspondientes en sus registros.

No hay sitio para una contabilidad cuantitativa en la vida religiosa.

El aprobado, en la escuela de Cristo, solamente se consigue si no se sabe sumar, si se tiene alergia a la aritmética humana. Con otras palabras: si se es indiferente a los resultados visibles, controlables, verificables.

Tengamos mucho cuidado para no introducir la manía de la contabilidad en el campo espiritual. Aquí no deben encontrar empleo los contables. La calculadora puede ser una profanación.

¡Qué tristeza da oír a ciertos religiosos, cuando despliegan sus resultados en un campo en el que los verdaderos resultados jamás son aquellos que aparecen al exterior! O que hablan de méritos, de mortificaciones, de «ramilletes», de oraciones, de prácticas, en términos cuantitativos, o sea en términos... capitalistas.

O aquellos que van a mendigar reconocimientos, justificaciones, o aprobaciones (a lo mejor de un superior).

O también que se quejan: «Yo me doy del todo... Pero si al menos lo entendieran».

Perdón —pregunto yo— ¿quién debe entender? Porque, a mi modo de ver, sólo hay uno que debe entender. ¿Y qué argumentos puedes aducir para demostrar que él no ha entendido?...

MI CONTABILIDAD NO ES VUESTRA CONTABILIDAD, DICE EL SEÑOR

Por otra parte, hemos de tener en cuenta que el criterio de valoración de Dios es distinto del nuestro.

Lo que para nosotros significa un resultado importante, a los ojos de Dios puede ser una cosa insignificante, y hasta negativa. Y lo que consideramos un fracaso, quizás Dios lo tiene como un gran éxito.

Nos amonesta el Señor: «Mis caminos no son vuestros caminos. Mis pensamientos no son vuestros pensamientos». Y podríamos añadir: «Mi contabilidad no es vuestra contabilidad».

A propósito de esto, tenemos una documentación indiscutible en una parábola contada por Jesús. El fariseo sabía muy bien hacer cuentas: «Ayuno dos veces por semana y doy el diezmo de todas mis ganancias» (Lc 18, 12). Sus cuentas salían a la perfección. Las del publicano (¡un colega de Leví!), sin embargo, no salían. Pero Dios saca la suma —a su modo naturalmente—, y los resultados son desconcertantes. El «total» resulta positivo para el pecador y negativo para aquel otro que se creía en regla y a quien las cifras le daban la razón.

La pretensión de ver los resultados de lo que hemos dicho, hecho, enseñado, sufrido, trabajado («¿qué he conseguido?»), forma parte de una mentalidad de eficacia, típica del mundo actual, no de la perspectiva de gratuidad que es la característica peculiar del reino. No tiene en cuenta la realidad de la cruz, de la lección del calvario: esto es, del fracaso que, sin embargo, se convierte en el éxito más maravilloso; las cosas que van bien precisamente porque van mal; el «fin», desde un punto de vista humano, que señala el principio de la salvación para todos.

«NO TENIENDO NADA, RECIBIRÉ TODO DE DIOS»

Siempre que nos empeñamos en la mezquindad contable de vuestras «buenas obras», entre otras cosas, damos impresión de poca picardía. Presentar a Dios una cuenta detallada con todos nuestros datos bien claros, significa excluir el dato decisivo, el que cambia todo: o sea, la generosidad libre, ilimitada de Dios. Teresa de Lisieux había entendido esto perfectamente: «Estoy muy contenta de ir pronto al cielo. Pero cuando pienso en estas palabras del buen Dios: 'llevo conmigo mi recompensa para dar a cada uno según sus obras', yo me digo que, tratándose de mí, se va a ver en un apuro. Yo no tengo obras. Por consiguiente no podrá darme jamás 'según mis obras'... Bien, quiere decir que me dará según sus obras, las de él»<sup>1</sup>.

Y antes había escrito: «No teniendo nada, todo lo recibiré de Dios».

Había entrado perfectamente en la perspectiva de la gratuidad. Hay una frase sorprendente en su ingenuidad, a este respecto: «Si por un imposible, el mismo Dios no viese mis buenas acciones, no me importaría en absoluto. Lo amo tanto que quisiera agradecerle sin que ni siquiera se diese cuenta que soy yo. Quien sabe y ve, queda como obligado a corresponder. Y yo no quisiera causarle esta molestia»<sup>2</sup>.

Fijémonos una vez más en la figura de Leví que abandona el mostrador de los impuestos, la caja del dinero, los registros, para seguir a Cristo. De ahora en adelante no tendrá que sumar más. Cristo lo ha «visto» cuando quizás iba a escribir unas cifras. Y pensaría que aquel «contable» sería su primer evangelista... No tendría que contar más. A lo más «contar las obras» del Maestro.

«Leví se levantó, y le siguió, dejó todo y se fue con él».

Intentemos pensar si, por casualidad, no nos hemos traído al convento, el mostrador de los impuestos de Leví y sus correspondientes registros... Quiero decir, una cierta mezquina mentalidad de contables.

En el seguimiento de Cristo, las manos vacías es lo único que nos dan seguridad.

«Bienaventurados aquellos que no saben contar. Porque sólo sus cuentas saldrán bien».

1. *Derniers entretiens avec ses soeurs - Le carnet jaune*, 15 mayo, Paris 1971.

2. *Ibid.*, 9 de mayo, 3.

# El don insuficiente, o «la prueba del crucifijo»

Jesús, levantando los ojos y contemplando la gran muchedumbre que venía a él dijo a Felipe:  
¿Dónde compraremos pan para dar de comer a éstos?  
Esto lo decía para probarle, porque él bien sabía lo que había de hacer.  
Contestó Felipe:  
Doscientos denarios de pan no bastan para que cada uno reciba un pedacito (Jn 6, 5-7).

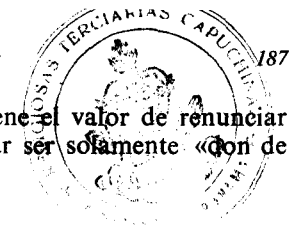
## DON DE DIOS

Cosa extraña. Esta vez no hace las cuentas Leví, el especialista en la materia, antiguo cobrador de impuestos. Vemos, en cambio, al inexperto Felipe, provocado amablemente por Cristo, debatirse con los números.

En realidad, Leví ha perdido la capacidad de hacer cuentas. Y Cristo ni siquiera le ha encomendado la caja apostólica y su relativa contabilidad.

Además ya no se llama Leví, sino Mateo. Y este nuevo nombre con que se le designa en la lista de los doce, significa «don de Dios».

Por lo demás, su mentalidad, más que matemática, es una mentalidad poética, es decir, de libertad. Se mueve en un terreno donde las cifras pueden cambiar de sitio alegremente, donde las sorpresas están al orden del día, donde una señal misteriosa —la cruz— puede alterar todos los resultados, donde el milagro forma parte de la crónica diaria, y los pasivos más humillantes pueden convertirse en motivo de esperanza, o incluso de gloria.



He aquí lo que sucede cuando se tiene el valor de renunciar a las cifras, a los cálculos, para aceptar ser solamente «don de Dios».

## DON A DIOS

Pero cuando se adquiere la conciencia de que nuestra vocación es «don de Dios», entonces toda nuestra vida pasa a ser una respuesta, una acción de gracias a este «don de Dios». Se convierte en «don a Dios».

Aquí me gustaría invitarte a hacer un examen de tus jornadas, con su «cosecha» de acciones, fatiga, penas, alegrías, cansancio, e incidentes varios.

¿Es todo un «don a Dios»?

¿O lleva otra dirección (tal vez la del remitente)?

¿O más bien, esos dones llegan, sí, a Dios, pero después de haber estado expuestos insistentemente a muchas miradas?

O más aún, cuando el envío llega a Dios, ¿llega manoseado, saqueado por otras manos?

(No hablo de lo que se hace por los demás —toda nuestra actividad es «para los demás»— sino de la pretensión de obtener aprobaciones, reconocimientos, certificados de «visto bueno» que no sean los de Dios).

¿No has hecho nunca «la prueba del crucifijo»?

Yo someto con frecuencia mi jornada a esta prueba que me parece decisiva, aunque los resultados hasta ahora hayan sido siempre decepcionantes.

Si te parece, puedo explicarte en qué consiste. Y perdona que te hable de mi experiencia. Acéptala en lo que vale.

## ¿LLEGARÁ EL DON «LIMPIO»?

Veamos. Hace tiempo tengo la costumbre de terminar mi jornada delante de un crucifijo.

Tengo siempre mucho de que pedir perdón. Y solamente poniéndome frente a la cruz puedo cerrar mi jornada bajo el signo de la esperanza, a pesar de todo.

Tengo la certeza de que ese incomparable «portador de pesos», acepta de buen grado determinados pedruscos que me oprimen.

Después, inevitablemente, me sorprendo pensando: ¿qué puedo ofrecerle, aparte del peso de mis miserias y de los males que he organizado?

¿Tengo algún don que presentarle?

Un don «en exclusiva», quiero decir. Esto es, algo que sea únicamente para él, que le pertenezca completamente.

Señor, he hecho cuanto he podido en la situación que tú sabes. Me ha costado muchísimo. Y sin embargo, nadie ha caído en la cuenta de nada. Nadie ha apreciado aquella acción. Nadie me ha dado las gracias.

He aquí algo que puedo darte, que te pertenece en exclusiva. Este don no ha sido «manchado» ni siquiera por una mirada, por una alabanza, por un reconocimiento. Es tuyo del modo más absoluto. Es un don «limpio». Todo para ti.

O bien me he comportado de aquella forma, apoyado en la mejor buena voluntad y animado por la más cristalina de las intenciones. Pero he sido interpretado al revés. No me han entendido. En vez de los aplausos, que esperaba, he recibido palos, los reproches más injustificados (que hacen más daño que los palos), las palabras más ásperas e injustas.

Nadie ha entendido. Nadie me ha manifestado un mínimo de comprensión. Aún allí, donde tenía derecho a esperar un poco de gratitud, he chocado con un muro de hostilidad.

Estoy contento de poder ofrecerte este don «en exclusiva», que no ha sido deteriorado por la mínima satisfacción humana.

Me parece que si tuviese algo así que presentarle, no dudaría Cristo en separar los brazos de la cruz, para recibir con las manos agujereadas por los clavos, aquel don que le pertenece en exclusiva. Un don «limpio». Intacto.

Por desgracia, como te he confesado, «la prueba del crucifijo», me ha resultado siempre negativa. Señal indudable de la pobreza y de la falta de integridad de mis dones.

Pero lo intento de nuevo.

Alguna vez dará resultado.

¿Quieres probar tú también?  
Después me dirás.

## La sorpresa estaba en la firma

Gratis lo recibís, dadlo gratis (Mt 10, 8).

SI SON DONES, ¡DALOS!

El «don de Dios» debe, por tanto, traducirse en «don a Dios». Pero también en «don a los demás». El mejor modo de dar gracias a Dios, es precisamente poner el don a disposición de los hermanos.

Un don es propiamente tal, en cuanto que es dado.

Me doy cuenta de que una persona tiene «dones», cualidades, cuando veo que los da, o sea, los emplea al servicio de los demás. Si los reserva celosamente para sí, si los guarda en la caja fuerte de su egoísmo, ya no son un «don», sino una adquisición, un capital (¡volvemos al campo de la contabilidad, de los números!).

Más aún. El don hay que ofrecerlo del mismo modo que se ha recibido. «Gratis lo recibís. Dadlo gratis». Sencillamente.

Estamos en el campo de la gratuidad y no es posible salir de los límites de la gratuidad.

Con todo, hay quien se traslada al terreno de la gratuidad para recibir. Sin perjuicio de hacer desenvueltamente salidas esporádicas y furtivas cuando llega el turno de ofrecer.

Son los especuladores, los contrabandistas del don de Dios.

En este punto, si me permites, quiero descender al terreno práctico y denunciar dos enfoques bastante notorios en este sector.

## LAS MUESTRAS DE AGRADECIMIENTO

Un primer caso consiste en la aceptación demasiado desentendida de regalos, «pequeñas muestras de agradecimiento» por los servicios prestados.

En este campo se oscila desde un recibir con resignación ambigua hasta un provocar hábilmente, pasando por diversos matices de sobreentendido agrado, llegando en casos extremos a subordinar el trabajo propio, o el modo de realizarlo, a algún «regalo» espontáneo (j).

Ahora bien, este modo de obrar —además de representar una especulación en lo que debiera ser exclusivamente un don— desemboca en una clara renuncia a la propia libertad.

Cuando las manos, que se han abierto en gesto de dar, se encuentran —más o menos voluntariamente— con cualquier expresión de agradecimiento, por sutil que ésta sea —un sobre, por ejemplo—, ya no son manos libres.

Las manos que después de haber ofrecido, no quedan completamente vacías, son manos cosidas con cadenas.

No hay salvación. Cuando se abandona el terreno de la gratitud, se renuncia igualmente a la libertad.

Será instructivo leer el episodio de la curación de Naamán por parte de Eliseo (2 Re 5, 1-27).

El gran personaje, curado de la lepra después de haberse lavado siete veces en el Jordán, vuelve al profeta para darle gracias y ofrecerle una señal de gratitud. Eliseo rechaza decididamente el don:

—Vive Yahvé, a quien sirvo, que no aceptaré.

Pero Eliseo tiene la desgracia de tener un siervo, Guejazí, muy interesado. No puede admitir que su patrón haya rehusado aquel bien de Dios y se encarga él de remediarlo. Corre detrás de Naamán y —en nombre de Eliseo!— se hace consignar una conspicua recompensa.

Apenas ha tenido el tiempo necesario para poner en orden la caja, cuando el amo... lo pone en orden a él:

—Bien. Ahora has recibido dinero. Podrás comprar olivares, viñas, ovejas y bueyes, siervos y siervas, pero la lepra de Naamán se te pegará a ti y a tu descendencia para siempre.

Final decididamente escalofriante: «El salió de la presencia de Eliseo blanco de lepra como la nieve».

Este episodio da que pensar. Al menos eso creo yo.

Conocí a un enfermo, algo guasón, que tuvo la humorada de gastarle una divertida e instructiva broma a una enfermera, a la

que veía demasiado «sensible» con los enfermos, por ella asistidos, cuando éstos le demostraban de manera «contante» su agradecimiento.

Despedido del hospital el referido enfermo, también él entregó a la responsable el correspondiente «sobre». Contenía un billete, pero sin la necesaria firma del gobernador del banco nacional. Decía, en cambio: «He estado enfermo y has venido a visitarme». Después, una cruz en el lugar de la firma, pero ésta era fácilmente adivinable por una persona que debía tener alguna familiaridad con ciertas palabras del evangelio de Mateo, capítulo 25.

Si tuviéramos verdaderamente conciencia del destinatario de nuestras obras, de nuestros dones, entonces —admitido un mínimo de coherencia— seríamos nosotros los que daríamos las gracias a los beneficiados por nosotros, deberíamos incluso recompensarlos.

## LAS PREFERENCIAS

Por otra parte, ¿tenemos que dividir nuestros dones rigurosamente en partes iguales entre todos? ¿Debemos dar a todos en la misma medida? Sería una solución demasiado simple e injusta.

Especialmente cuando se trata de personas que sufren, la caridad no puede consistir en un comportamiento uniforme e indiscriminado.

Sí. Hay que admitir preferencias. Más aún, en ocasiones son obligadas.

Puede haber privilegiados. Debe haberlos.

Alguien puede, debe tener la precedencia.

¡Cuidado!, sin embargo. Las preferencias, los privilegios, las precedencias deben concederse de acuerdo con la necesidad, no fundarse en otras consideraciones oportunistas.

En este campo, el estilo de la vida religiosa debe representar un desafío a la costumbre corriente en el mundo. Y aquí es necesario tener el coraje de afirmar la propia libertad frente a una mentalidad aceptada comúnmente en el mundo de hoy (¡he aquí un punto esencial en que se necesita rehusar lo mundano!).

Es necesario poder decir a cierta clase de gente: vosotros consideráis y tratáis a las personas en razón de los títulos, de la cuenta corriente, de las recomendaciones de las personas importantes, de los intereses que podéis obtener, o del prestigio consiguiente.

Nosotros, en cambio, damos *exclusivamente* en razón de la necesidad real de los individuos.

Ahorraos el trabajo. En nuestros ambientes no hay recomendaciones autorizadas que valgan (ni siquiera las eclesiásticas). La única recomendación reconocida por nosotros es la de Cristo Jesús. Las demás, con perdón, no pueden ser aceptadas como válidas.

En cierta ocasión noté, en una sección de un hospital, un desconcerto insólito. Gente electrizada, parecía como enloquecida. Ordenes secas ponían en movimiento un número desproporcionado de personas. ¡Caramba! ¡Iba a ser internado un personaje!

La cama normal no valía. Se requería otra más cómoda. ¿Entendido? Los virus, mientras no se pruebe lo contrario, son iguales para todos. Pero para algunos no son ya iguales.

De hecho, en aquella habitación hacían visitas detenidas y afectuosas, personas que normalmente, en otras habitaciones, despachaban con bastante rapidez (desgraciadamente siempre hay, en ciertos ambientes, algún interesado mezquino y ridículo «siervo de Eliseo»; y ni siquiera tiene miedo de la lepra).

No pude menos de preguntar:

¿Y si llegase Cristo en persona, qué haríais?

No me dieron respuesta. Por el simple hecho de que Cristo llegaba todos los días, o casi todos. Pero para él no se hacían excepciones. No se trataba de un personaje.

Si hubiera un poco de lógica evangélica en nuestro comportamiento, estos desenfoques nos avergonzarían. Y podríamos gustar, entre otras cosas, la belleza de la libertad. Que consiste en poder dar en razón de las necesidades reales, no de las conveniencias.

Al menos recordemos esto: cuando se dirige a nosotros alguien que no tiene ninguna influencia, ninguna recomendación, en suma «un pobretón», uno de tantos, uno de aquellos que no cuentan... entonces, rebusquemos en los bolsillos. Encontraremos un billete en el que está escrito: «Te lo recomiendo vivamente. Firmado: el buen Dios».

Y aunque no encuentres ese billete, compórtate como si lo hubieras encontrado de verdad.

Es la única recomendación que debe tenerse en cuenta.

## Verdaderamente una buena nueva

...Esperando que daría uvas, pero le dio agradones (Is 5, 2).

He aquí que hago nuevas todas las cosas (Ap 21, 5).

«¡VIVE!»

Quisiera felicitarte por el nuevo año a ti que tienes la paciencia de recorrer día tras día, conmigo, este itinerario de reflexiones.

La felicitación puede parecer banal, pero no acierto a encontrar otra mejor: ¡vive!

Quiero decir: vive de vida. No de banalidad, de necedades.

«Vivid, ¡caramba! Vivid para la vida. No viváis para la nada. La vida corre veloz. No despachéis la vida como un quehacer de administración ordinaria. La vida es corta. Avanzad lejos vosotros mismos. Vivid a la luz del sol. Sentid el placer de vivir» (P. Talec).

Vive. No te dejes llevar por la vida.

Pero no basta con vivir. Hay que precisar para qué se vive.

No basta mirar el calendario, el reloj. Es necesario dar un sentido a los días, a las horas, a los minutos.

No basta —como alguien ha hecho observar agudamente— añadir años a la vida. Hay que *añadir vida a los años*.

Vive, por tanto, de vida.

No vivas del vacío.

Un monje antiguo decía: «La mayor parte de los hombres me parecen virutas de madera arrolladas en torno a su vacío central».



Elimina urgentemente, por favor, ese vacío central. Y encuentra, en cambio, un centro para tu vida.

Es magnífico vivir. Con tal que sea verdaderamente vida. No una representación, una apariencia o una función.

No se trata de hacer pasar el tiempo. Se trata de *hacer pasar el tiempo en la vida*. No permitir que vida y tiempo se ignoren... Animo, vivamos.

#### PUEDO SABER QUÉ PASARÁ EN EL NUEVO AÑO...

Al empezar el año mucha gente está curiosa por saber anticipadamente qué sucederá en la vida propia y en el mundo.

Se consultan con este fin los magos más o menos famosos. Hasta los periódicos serios albergan y arriesgan previsiones para el futuro.

Pero yo no tengo el oficio de adivinarlo. No puedo satisfacer la legítima curiosidad respecto al porvenir.

Quisiera obsequiarte, sin embargo, con una evidencia de cuanto perras (sin pretensiones de cobrarlas, por supuesto...), pero discretamente comprometida.

Pues bien, ¿qué te va a suceder en el año nuevo?

Dos tipos de acontecimientos.

Algunos no dependen de ti.

Otras cosas, en cambio, las puedes ya programar desde ahora en los más mínimos detalles.

Me explico con un ejemplo muy simple. Si te dan un cargo, la cosa no dependerá normalmente de tu voluntad (al menos, eso espero).

Pero depende de ti decidir el gasto de fe-esperanza-caridad, la suma de bondad, la provisión de generosidad, el estilo de servicio, la dosis de oración, las reservas de paciencia, la cantidad de confianza, con que podrán llenarse los días del nuevo año.

Hay que contar, sin duda, con el peso de las circunstancias externas, de las vicisitudes históricas, de las decisiones de los hombres, además naturalmente, de la voluntad de Dios. Y todo esto queda envuelto en la oscuridad del misterio. Nada puedes saber.

Pero hay que contar también con el peso de tu coherencia, tu sinceridad, tu honestidad, tu fidelidad, tu adoración, tu silencio, tu sacrificio. Y todo esto, desde el momento en que depende de ti, y no nos llueve del cielo, puede ser claro, y hasta luminoso desde ahora.

Para el segundo tipo de acontecimientos puedes saber desde ahora cómo será el año nuevo. Si va a ser una imitación descolorida del anterior (un año como de costumbre) o si representará algo inédito, porque estás firmemente decidido a poner dentro *algo nuevo*.

Por tanto, voy a expresar así mi segunda felicitación: no te dejes atrapar por la marcha imprevista de los acontecimientos. ¡Juega anticipándote! La recomendación evangélica «vigilad» se puede poner también en esta perspectiva: estad atentos, es decir, tened algo preparado para imprimir vuestro sello sobre los hechos y no ser zarandeados como cañas.

Preparando ciertas provisiones, no cambiaremos totalmente el curso de los acontecimientos. Pero, al menos, les impondremos nuestra impronta, nuestra presencia activa y responsable. Y lograremos dar un fuerte viraje en la dirección deseada...

#### DESEO DE EVANGELIO

La tercera reflexión es una invitación a un ejercicio saludable (para repetir, si es posible, pasado el uno de enero, al empezar cada día).

Toma un calendario. Coge en la mano las hojas con un sentido de... veneración.

Piensa que de cada una de estas hojas están pendientes muchas esperanzas.

La esperanza de Dios, ante todo. Cada día que llega, Dios te hace señas... Cada nuevo día es una «señal» de la esperanza de Dios con respecto a ti. Cada hoja contiene, no un número, sino una noticia: «te informo de que existe un Dios que espera, que aguarda algo bueno de ti...».

Pero las hojas del calendario hay que leerlas también como «señal» de las esperanzas de los hombres. Nuestra consagración, lo hemos dicho muchas veces, es «para utilidad pública». Por lo que todos los hombres tienen derecho a esperar algo de un bien que también les pertenece.

De esta forma, el quehacer de la vida religiosa se reduce a un compromiso fundamental: responder a las esperas. No decepcionar las esperanzas. No echar a perder los sueños.

Pero hay un punto, en el que me parece que coinciden las esperanzas de Dios y las de los hombres: *la exigencia evangélica*.

Nunca como hoy ha estado llamada la vida religiosa a la «prueba» del evangelio.

El evangelio tomado en serio.

El evangelio vivido en toda su ruda exigencia.

El evangelio interpretado en clave de incomodidad.

El evangelio como «palabra» que te estalla dentro, y que transmite a los demás con tu rostro, ojos, corazón y manos, ardientes por los signos y las marcas de aquel contacto... explosivo y liberador al mismo tiempo.

El evangelio como noticia exaltante que comunicas en su sentido original, no con los acostumbrados sucedáneos de formulitas piadosas o de recetas moralizantes.

Se habla mucho del «nuevo rostro» de los institutos y comunidades. Y todos se esfuerzan por descubrir este «nuevo rostro». Pero no hay que olvidar que, será un rostro evangélico, o será una máscara provisional.

Hay mucha gente muy interesada en buscar su propio puesto en la iglesia y en la sociedad. Y, a veces, me vienen ganas de sugerirle a alguno: «¿No has intentado buscar tu puesto en el evangelio? Te aseguro que allí hay espacio... por vender. Hay espacio, hay sol, hay aire libre. ¡Cuánto sitio en el evangelio, amigo mío! ¡Cuánto sitio en las pendientes de aquel montecillo en que Cristo tuvo cierto discurso...! ¿Quieres que busquemos allí tu puesto?

Entre tantos «vientos» como soplan en la vida religiosa hoy, ¿es demasiado esperar que sople *aire de evangelio*? (En tal caso ciertas estructuras saltarían por sí mismas, no resistirían ese viento impetuoso... El vino nuevo del evangelio, no hay duda, hace reventar los odres viejos... Sometámonos a esta prueba. Más que el pico, es necesario usar el evangelio. La autenticidad evangélica bastará por sí sola para hacer desaparecer todas las estructuras abusivas).

Cierto «responsable» me pregunta preocupado:

—¿Cómo saldremos de esta crisis?

—Entrando por la puerta del evangelio— respondo sin titubear.

Es una puerta un poco estrecha. Pero si eliminamos ciertos impedimentos lo conseguiremos...

Los peligros que hay que denunciar —y alguna vez dramatizar— a propósito del momento actual de la vida religiosa se curan únicamente con una terapia masiva de *radicalismo evangélico*<sup>1</sup>.

Pongamos, para comenzar, una dosis de choque...

«Sí, precisamente el evangelio.

Descubramos nuevamente:

la simplicidad de su palabra

la audacia de su ingenuidad

1. No es la ocasión de discutir aquí la opinión teológica —sostenida

la fuerza de su radicalismo  
la insolencia de las bienaventuranzas  
la provocación de sus llamamientos  
la transparencia de su luz  
el gusto de su sal  
la locura de su cruz  
la utopía de su esperanza  
el soplo de su Espíritu  
el camino del amor  
la verdad de la alegría  
la pasión de la vida»<sup>2</sup>.



Por esto, formulo así la tercera felicitación: Que el próximo año estemos en condiciones de comunicar a todos (y a Dios en primer lugar, se entiende...) esta buena nueva: ¡alguien se está tomando en serio el evangelio!

El nuevo año civil se abre, en el aspecto litúrgico, con la fiesta de la madre de Dios.

Frente a nuestro compromiso de

— «vivir de vida»

— anticipar los acontecimientos

— no defraudar las esperanzas

la figura de la virgen-madre representa la señal más luminosa que podemos poner al principio de nuestro «nuevo» camino.

Ella ha satisfecho plenamente estas tres exigencias. Cubriéndolas con su «sí».

Ella, la única creatura que no ha defraudado.

La única creatura que no ha traicionado las esperanzas.

La única creatura que ha sobrepasado los sueños.

La creatura, gracias a la cual, ha llegado a nosotros la palabra que nos transmitía una alegre nueva.

María está dispuesta a acompañarnos a lo largo del camino del nuevo año.

Un poco delante de nosotros.

Ella nos precede...

entre otros por J. M.R. Tillard — según la cual lo específico de la vida religiosa consiste precisamente en el radicalismo evangélico. Sería un tema que nos llevaría demasiado lejos. En todo caso, el tema de lo específico de la vida religiosa será desarrollado con la debida amplitud en el 2.º volumen (días feriales después de epifanía) de estas meditaciones: *Las provocaciones de Dios*.

2. P. TALEC, *Les choses de la foi*, Paris 1973, 187.

## «Dichosos los que se dejan importunar...»

La definición de *gran perturbador* es del patriarca Atenágoras (*Dieu est la grand dérangeur*). Se podría también decir: el gran desviador.

San Juan ha dicho: «Dios es amor» (Jn 4, 8).

Atenágoras: «Dios es el gran perturbador».

Esta segunda definición completa la anterior. Precisamente porque es amor, Dios asume el puesto de perturbador. Desde el momento en que nos ama, el Señor se siente autorizado a perturbarnos. El amor, de hecho, es exigente por naturaleza. No se conforma con poco. Pretende mucho. Pretende todo. (Debemos desconfiar de las personas que nos piden poco. Que nos proponen ideales recortados, una vida religiosa con descuento, un compromiso con limitaciones, un producto a precios de liquidación... Quiere decir que no nos estiman, nos imaginan sustancialmente incapaces de cosas grandes).

«Jesús, poniendo en él los ojos, le amó...».

He aquí el Dios que es amor.

Pero al instante entra en acción el Dios gran perturbador: «Una sola cosa te falta...».

En lugar del diploma, en lugar de la aprobación, hay una demanda ulterior, una propuesta desconcertante.

### SU MODO DE FELICITAR

El Señor no te felicita nunca. Mejor, su modo de felicitar es una invitación a ir más allá, a una meta nueva, hasta disparejada, puesta instantáneamente ante los ojos.

El Señor no dice nunca «¡así está bien!». Mejor, su modo de decir «¡así está bien!», es la presentación de una exigencia ulterior, todavía más ruda y comprometida que la precedente.

Es el estilo del gran perturbador, y peor para el que no logra entrar en este dinamismo de vértigo.

«Ante estas palabras se anubló su semblante, y fuese triste...».

Sí. Estaba preparado para hacer las cuentas al detalle con un Dios contable, que después de haber comprobado todas las cifras, entrega certificados de buena conducta.

En cambio, se ha encontrado con un Dios que es amor. Con un Dios que es un obstinado inquietador.

Y, ante este descubrimiento, le ha faltado literalmente la respiración. No ha sabido lanzarse adelante en la dirección indicada. «Y fuese triste...».

Era natural. La alegría estaba ...más allá. En la dirección imposible que le indicaba el gran desviador.

Corrió a él uno, que arrodillándose le preguntó: Maestro bueno, ¿qué he de hacer para alcanzar la vida eterna?

Jesús le dijo:

¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino sólo Dios. Ya sabes los mandamientos. No matarás, no adulterarás, no robarás, no levantarás falso testimonio, no harás daño a nadie, honra a tu padre y a tu madre.

El le dijo:

Maestro, todo esto lo he guardado desde mi juventud.

Jesús, poniendo en él los ojos, le amó y le dijo:

Una sola cosa te falta: vete, vende cuanto tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; luego ven y sígueme.

Ante estas palabras se anubló su semblante, y fuese triste porque tenía mucha hacienda (Mc 10, 17-22).

### NO LE HABÍAN INFORMADO SOBRE EL GRAN PERTURBADOR

No era culpa suya. Probablemente le habían dado informaciones equivocadas. El, ¡pobrecillo!, había terminado por convencerse de que Jesús era un distribuidor de diplomas y condecoraciones. Y seguro de sus títulos («todo esto lo he guardado desde mi juventud»), se había presentado con la certeza de obtener un más que merecido certificado de buena conducta.

En cambio, se encontró frente al gran perturbador... Es decir, uno que no hace inventario de lo que presentas, sino de lo que «te falta».

Y pretende precisamente eso, sin felicitarte por lo mucho que has hecho.

## LOS QUE HAN ACEPTADO...

Por cada uno que se echa atrás, hay muchísimos que aceptan. La Biblia está llena de personajes que consienten en dejarse perturbar.

La sagrada Escritura, en efecto, nos documenta sobre la actividad de este terco perturbador del orden público y privado.

Ahí está Abraham, desalojado de su tierra, de sus parientes, de la casa de su padre, y enviado a una tierra desconocida (Gén 12, 1).

Ahí está Moisés, separado del rebaño del suegro y mandado ante el faraón, a cumplir una misión ciertamente nada agradable (Ex 3, 10).

Ahí está el pobre Amós, de profesión labrador, sacado de sus propias tierras, en Tecoa, y enviado, con los zuecos aún llenos de barro, al palacio real de Samaria, a decir cosas, que, a ciertos oídos delicados, podían sonar más bien... inconvenientes.

Y así mismo Jonás ha visto deshecho su propio programa por el gran perturbador, que le ha destinado a perturbar el sueño a los habitantes de Nínive.

Y ahí están también Simón, Andrés, Santiago y Juan, de profesión pescadores, que han sido bonitamente arrancados de su barca.

Y Leví, el cobrador de impuestos, un día no ha podido siquiera terminar de contar las entradas de caja.

Zaqueo, más tarde, no logró estar tranquilo, ni siquiera en el sicomoro, donde se había instalado para gozar del espectáculo al paso de un personaje importante.

Todos ellos han visto cambiar de improviso el rumbo de su existencia. Y no han tenido el coraje de pedirle informaciones, aclaraciones acerca del nuevo itinerario. Habrían escuchado la respuesta acostumbrada: «Venid y veréis» (Jn 1, 39).

## ESTÁ EN JUEGO LA LIBERTAD Y... UNA BIENAVENTURANZA

Ahí está. La vocación es esencialmente eso: la entrada en acción, en la vida de una persona, de un Dios perturbador, o por decirlo con otra expresión, gran desviador.

El viene a trastornar nuestros proyectos. A suspender nuestros programas. A descomponer nuestros planes. A tirar por tierra nuestros arreglos. A cambiar nuestros rumbos cansinos.

La vocación, que es misterio, se «juega» entre un Dios que entra en combate para inquietar y una persona, que simplemente acepta dejarse inquietar.

«El que no odia a su padre, a su madre, sus posesiones, a sí mismo, no puede ser mi discípulo» (Lc 14, 26). No se trata de odiar en el sentido vulgar de la palabra. «Odio, en este caso, no es desprecio, sino la decisión de seguir adelante» (G. Vannucci).

El gran inquietador invita, precisamente, a no contentarse, a no acomodarse, a preferir algo distinto, algo más, algo mejor. En suma, a ir más allá. Más allá de nuestros planes, de nuestros horizontes, nuestros sueños, nuestras convicciones, nuestra pusilanimidad, nuestras aspiraciones, nuestras exigencias, y nuestros miedos.

Me parece que el misterio de la vocación se puede resumir en estos términos. El personaje principal asume la iniciativa y se presenta así: «Yo soy el señor, tu perturbador». Por eso lanza en seguida la bienaventuranza fundamental: «Dichosos aquellos que se dejan perturbar».

En el misterio de la vocación está en juego la libertad.

Y está en juego una bienaventuranza.

## CUANDO SE PIERDE LA VOCACIÓN

He aquí una frase, mas bien incisiva, que se oye repetir con frecuencia: «Cada día se nos da una vocación».

Ahora bien, si tenemos presente que en nuestra vocación hay un personaje principal que asume la iniciativa, que llama (la vocación es esencialmente una llamada de Dios) y un personaje secundario que responde, podemos precisar:

—Dios llama todos los días. Diariamente nos inquieta. Todos los días, Dios tiene algo nuevo, inédito, inaudito, que proponernos. Una loca exigencia que nos estimula a «ir más allá».

—Todos los días debemos responder a la vocación de Dios. Tomar conciencia de la nueva demanda. Aceptar ser inquietados todavía.

Por lo cual:

—El día en que Dios no pidiese algo más, algo mejor, algo difícil, nos faltaría la «vocación de Dios». Ya no seríamos «llamados».

—El día en que, conscientemente, no aceptáramos la «demanda» ulterior de parte de Dios, rehusáramos la enésima molestia, aquel día —aunque sea después de 50 años de vida religiosa

«ejemplar»— habríamos *perdido la vocación* (en este sentido, ¡cuántas pérdidas de vocación deberíamos anotar, aun entre personas religiosas de observancia intachable y escrupulosa regularidad! La estabilidad, no obstante las apariencias, no es fidelidad. Porque la fidelidad implica siempre un dinamismo de respuesta a exigencias siempre nuevas. Rehusar «ir más allá» es, aunque resulte difícil admitirlo, «pérdida de la vocación»).

En otras palabras, Responder a la vocación significa aceptar el dejarse inquietar por Dios. Pero Dios no nos inquieta de una vez para siempre, al principio.

Todos los días se presenta como gran perturbador. Por lo cual, yo conservo la vocación, soy perseverante en la medida en que cada día acepto dejarme inquietar por Dios.

Y esto, hasta el último instante de mi vida.

En efecto, incluso a los sesenta u ochenta años, incluso un instante antes de morir, el Señor se me acercará, fijará en mí una «mirada llena de amor» y me dirá ...¡lo que todavía me falta!

## Porque solamente ellos lograrán perturbar el orden público

No penséis que he venido a poner paz en la tierra; no vine a poner paz, sino espada (Mt 10, 34).

Hemos encontrado a éste pervirtiendo a nuestro pueblo... (Lc 23, 2).

Estos hombres perturban nuestra ciudad (Hech 16, 20).

### AUTENTICIDAD IGUAL A PELIGROSIDAD

Uno de los criterios fundamentales de la vida religiosa es, sin duda, el de su «peligrosidad».

«Peligrosidad» para la quietud ajena, para las falsas seguridades, para la indiferencia, para la suficiencia, para los arreglos cómodos, para los valores corrientes, para los compromisos...

Yo no estoy preocupado por el hecho de que las filas se reducen pavorosamente, por la creciente dificultad en sostener determinadas obras.

Lo que me da miedo es una vida religiosa *insignificante*. Que no tiene nada que decir. Que no molesta a nadie. Tímida. Irrelevante. Que dé seguridad en vez de inquietar. Incapaz de causar una mala digestión a nadie.

Un testimonio religioso que no sea misterio, un gran interrogante lanzado al rostro de la gente, motivo de escándalo para los más, ha traicionado ya su propia misión, se ha cavado ya la fosa, aunque sus obras sean «florecentes».

La primera comunidad apostólica había aprendido bien la lección de la peligrosidad de su fundador. De hecho, las primeras

páginas de los *Hechos de los apóstoles* están repletas de gente que va a la cárcel, comparece ante los tribunales, colecciona amenazas y castigos «ejemplares». Sin embargo, sigue impertérrita perturbando la quietud pública.

«Porque nosotros no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído» (Hech 4, 20). Y «ellos redoblaron las amenazas».

#### PROHIBIDO SER INOFENSIVOS

Peligrosidad, por tanto, quiere decir capacidad de inquietar.

En el capítulo anterior hemos subrayado cómo la vocación es, en realidad, la aceptación de dejarse inquietar por Dios. «Dichosos los que se dejan perturbar».

Ahora podemos completar «...porque solamente ellos lograrán perturbar la tranquilidad pública».

Es decir, conceder libertad de acción, en el ámbito de nuestra vida, al gran perturbador, se traduce en un factor de peligrosidad, de gran radio de acción, para los demás.

Ya no podemos ser inofensivos. Nuestra vida se torna un «contagio» para los que se acercan. También para la vida religiosa vale lo que se ha dicho de la fe: o es un virus o es una vacuna. La vacuna que inmuniza, que hace a los demás indiferentes, hasta el punto de no tomarnos más en cuenta...

Debemos estar preparados para remover, con nuestra fuerza de choque, incluso los peñascos más sólidamente asentados (¿no serán éstas, acaso, las montañas que la fe puede cambiar de lugar? Una fe «peligrosa», se entiende).

#### LA ELECCIÓN DE LO MÁS DIFÍCIL

Pienso que, especialmente en la situación actual, la vida religiosa solamente podrá salir de la crisis que atraviesa, si sabe hacer una elección decisiva: la elección de lo *más difícil*. Entonces saldrá de esta crisis preocupante verdaderamente transformada y en situación de transformar.

Para remediar los fallos, no creo en las soluciones de facilidad, en las componendas, en las benévolas concesiones, en las contraséñas equívocas, en el juego de los equilibrios.

No creo en el amplio «descuento» generosamente concedido sobre el precio de venta para contentar al cliente.

No creo en el truco del barniz exterior, aunque sea lo suficientemente llamativo, para atraer la atención y confirmar la superficialidad de los que pasan.

No creo, en suma, en una vida religiosa que reduce sus propias aspiraciones, que suaviza sus exigencias, llega a amigables componendas y a generosas transacciones, concede facilidades y desciende a pactos «razonables», quizás para incrementar el número de adeptos.

Creo, en cambio, en un compromiso cada vez más arduo.

Creo que ante los «fallos», es necesario hacer todavía más estrecha la puerta de entrada (la de salida es un caso totalmente diferente...).

Creo que, frente a las defecciones y al aparente escaso interés de parte de los que no se deciden a llegar, conviene *subir la cotización y decidirse por la claridad*: esto es, decir abiertamente quiénes somos, lo que queremos, y lo que pedimos sin atenuar las aspiraciones, más bien subrayando honestamente el precio, que no está al alcance de todos los bolsillos, quiero decir de todos los pulmones y de todos los corazones.

Me doy perfecta cuenta de que este razonamiento mío puede ser fácilmente instrumentalizado por alguno. Es decir, por aquellos que, jugando al equívoco en este aspecto decisivo e indiscutible de lo «más difícil», se sienten autorizados a dejar las cosas como están, mejor: como estaban... Y relegan... al papel los documentos del concilio (Vaticano II, entiéndase bien), jactándose incluso de mantener situaciones superadas, comportamientos anacrónicos, mentalidades absurdas, prácticas insostenibles, imposiciones injustificables y permaneciendo cerrados a las más legítimas exigencias de nuestro tiempo, y hasta buscando sin rodeos un motivo de jactancia en esta obtusa cerrazón.

No. Que quede bien claro. Doy por descontado el esfuerzo de renovación y de *aggiornamento*, la voluntad de *conversión* (¡de las estructuras además de la de los individuos! O, si se prefiere: estructuras adecuadas a la nueva realidad de hoy). Doy por descontado el compromiso de deshacerse de cosas inútiles, embarazosas, marginales, pueriles, poniendo todo el esfuerzo en lo esencial. Doy por descontado el trabajo paciente, por parte de todos, por liberar el auténtico «espíritu» de la «letra» que lo oprime y lo sofoca.

Pues bien, precisado todo esto —quiero decir, dando por supuesto que la vida religiosa es ante todo... vida— recalco la exigencia de *replantear el ideal religioso sobre bases de dificultad e incomodidad*.

Por lo cual sostengo que no se debe tener miedo de pedir mucho a los jóvenes, y ¡a los que ya no lo son! Para cosas que merezcan verdaderamente la pena, se entiende, en modo alguno por formalismos gastados. Con motivaciones serias, documentadas, razonadas, no con formulitas piadosas o moralizantes que dejan ver miserablemente su punto flaco, lo mismo desde el punto de vista psicológico que del teológico y hasta del evangélico.

No se debe dudar en presentar el sacrificio, aun el más duro. Hay que evitar solamente que se pretenda el sacrificio por el sacrificio. No es el sacrificio lo que espanta y lo que hoy se rechaza. Es más bien el sacrificio sin relación plausible con un ideal válido y fascinante. (Por el contrario, ciertas personas que se dicen «responsables», parecen no advertir lo absurdo de presentar ideales contrahechos, empequeñecidos, falsos, apegaminados, pretendiendo para ellos una generosidad ilimitada e incondicional).

#### PIDAMOS ENTRAR EN EL MUNDO EN CALIDAD DE AGUAFIESTAS

Volvamos a la idea de fondo de nuestra meditación. Una vida religiosa endulzada, aburguesada, facilona, corre el riesgo de convertirse en insignificante, inofensiva.

No tiene ya nada que decir a nadie.

Es una bandera que se ha convertido en un pañuelo, un trapo colorado, que, a lo más, puede servir como elemento de folklore.

Para evitar este inconveniente, para obviar esta humillante descalificación, es necesaria precisamente una «calificación»: la calificación de lo «más difícil».

El hombre de hoy es un hombre distraído, desencantado, indiferente, acostumbrado a todo.

Por razón de estas características tuyas hay que «sacudirlo» vigorosamente con un testimonio que sea particularmente escandaloso para sus costumbres.

Si nosotros nos mimetizamos, nos dejamos devorar por la masa, si perdemos por la calle lo específico nuestro, si no nos abrimos camino a golpes de provocaciones evangélicas, si no tenemos el coraje de la diversidad ¿cómo pretendemos perturbar al hombre de hoy?

¿Acaso pidiéndole tímidamente permiso para ...existir, asegurándole de nuestra parte que seremos «razonables», que estaremos quietos en un rincón, que eliminaremos de nuestra vida todo lo que pueda proporcionarle fastidio, que no lo importunaremos nunca, excepto para alguna limosna?

¡Es precisamente lo contrario lo que hace falta!

Solamente la elección de lo más difícil, la elección de un radicalismo evangélico, vivido sin acomodaciones, justifica nuestra presencia en el mundo actual.

El billete de entrada en el mundo de hoy y de mañana no lo compraremos con juegos de equilibrio o con maniobras de corredor.

Ni pretendamos reducciones, plegándonos a cualquier compromiso o prometiendo «dejar vivir».

No. Exijamos entrar con pleno derecho, pagando normalmente el billete y derribando la puerta, si es necesario, en calidad de aguafiestas precisamente. Sepan todos que nuestro oficio es el de inquietadores. Sepan que con nosotros las cosas no van por la vía fácil. Puede suceder todo. Que no se engañen.

Y si nos meten en la cárcel, a causa de nuestra peligrosidad evangélica, tanto mejor. Sería la más luminosa recompensa. Querría decir que nuestra presencia se advierte al fin y al cabo por lo que realmente es, en toda su significación. También para nosotros, como para los primeros discípulos, será éste el reconocimiento más bello de nuestra autenticidad cristiana.

El examen que te propongo, al terminar esta meditación, se refiere a la «peligrosidad» de tu testimonio religioso.

¿Estás en actitud de perturbar a alguien?

Tu vida, ¿constituye un motivo de escándalo evangélico, de estupor, de inquietud para cuantos se te acercan?

No olvides, sin embargo, que tu capacidad de producir inquietud es directamente proporcional a tu disponibilidad para dejarte inquietar por Dios. Tu peligrosidad en relación con los demás depende de una elección precisa, lúcida y coherente de lo «más difícil».

Tu testimonio depende de la amplitud de tu ideal.

Desde el momento en que te «juegas» totalmente tu existencia, júégala por algo que valga verdaderamente la pena, no por bagatelas. Por algo grande, comprometido, fascinante, arduo, no por naderías.

Solamente así tendrás algo interesante que comunicar a los demás.

De otra forma tu vida será una aburrida repetición de fórmulas y tú un triste maniquí que hace gestos estereotipados.

Y nadie —justamente— te tomará en serio.

Intenta rezar así: «Señor, dame el coraje de adherirme siempre a tus exigencias imposibles, para que alguien pueda tropezar en mi testimonio. Y librame de ser insignificante...».

# Piedras injustas y piedras... obligadas

## CUIDADO CON LOS CONSENTIMIENTOS FÁCILES

Y seréis odiados de todos por causa de mi nombre (Mt 10, 22).

Si el mundo os odia, sabed que a mí me ha odiado antes que a vosotros. Si fuerais del mundo el mundo amaría lo suyo (Jn 15, 18-19).

¡Ay cuando todos los hombres hablen bien de vosotros!, porque de ese modo trataron sus padres a los falsos profetas (Lc 6, 26).

### PUNTUALIZACIÓN NECESARIA

Esta meditación quiere ser una puntualización con el fin de prevenir equívocos que podrían surgir del tema tratado en los dos capítulos precedentes.

Para ello trataremos ordenadamente de los puntos siguientes:

1. La incomodidad y no el consentimiento ajeno representa el criterio de nuestra autenticidad religiosa.
2. La incomodidad hay que situarla rigurosamente en el campo evangélico, y no en otros sectores indebidos e ...interesados.
3. Debemos alegrarnos cuando somos odiados por causa de Cristo, no por causa de nuestras insuficiencias humanas y espirituales.

Perdona la meticulosidad. Pero, puesto que me parece un punto muy delicado de nuestro testimonio religioso, quisiera —en un esfuerzo de claridad— despejar el terreno de posibles interpretaciones abusivas.

La incomodidad debe ser el criterio fundamental de nuestra autenticidad religiosa. Incómodos para los demás, precisamente porque estamos acostumbrados a un estilo de incomodidad frente a nosotros mismos (y no puede ser de otra manera, si se acepta la presencia... real del gran perturbador en nuestra existencia).

Ahora bien, ser incómodos no quiere decir ni estar demasiado contentos de nosotros (cf. el capítulo «Propuesta para la fundación de la orden de los insatisfechos») ni mucho menos recoger aplausos entre los demás.

Por el contrario, hay quien intenta justificar la rectitud de lo que hace, de lo que es, de sus elecciones, fundándose en la aprobación y el consentimiento que consigue de las personas que están junto a él. Alguno otro llega hasta a confundir el amor con el deseo —en ciertos casos se podría decir, con la obsesión— de ser bien aceptado.

El Señor barre todas las ilusiones y nos advierte más bien secamente: «¡Ay, cuando todos los hombres hablen bien de vosotros!, porque de ese modo trataron sus padres a los falsos profetas».

Es decir, Cristo establece una ecuación, decididamente incómoda para cierta mentalidad corriente, entre «concesiones fáciles» (aplausos fáciles, «muchos seguidores», aprobación universal) y «falsa profecía».

Sería interesante documentar, en un paciente trabajo de investigación, todo lo que los verdaderos profetas —partiendo de los del antiguo testamento, pasando por Juan Bautista, y después por Jesucristo, los primeros discípulos, y sucesivamente hasta la iglesia de nuestros días— han coleccionado de parte de sus contemporáneos justamente «incomodados». En semejante museo, si fuera posible prepararlo, con todo el material bien expuesto a la vista, nos daríamos cuenta de la extraordinaria abundancia de piedras (en las más diversas versiones...) y de la desconcertante escasez de aplausos (bien entendido, excluyendo rigurosamente los mármoles... funerarios y los aplausos póstumos).

No es el caso de generalizar ni de exagerar. Pero deberíamos preguntarnos siempre, con valiente lucidez, si ciertas aprobaciones, cierta popularidad, ciertas condecoraciones, no las hemos obtenido por casualidad, y no las conservamos a un precio exorbitante y hasta ruinoso (para nosotros). Quiero decir al precio de la pérdida de nuestra originalidad, de lo específico nuestro,



de nuestra libertad, de nuestra claridad de lenguaje, y en ocasiones, hasta de nuestra dignidad. Sobre todo deberíamos comprobar atentamente si no ha desaparecido la característica fundamental de nuestra «incomodidad».

Repito. No debemos excluir totalmente una cierta aprobación del prójimo. Puede darse —en ciertos casos— hasta éxito en nuestra vida. Con tal que sea un *éxito unido a la incomodidad y no a la facilidad*.

Yo veo al profeta —y la vida religiosa tiene indudablemente una dimensión profética— no como quien va por un camino ya bien trazado, oficialmente aprobado, señalizado, y se convence de que aquel camino es el buen camino, porque las personas aliñeadas a la orilla le aplauden a su paso.

No. El profeta es alguien que traza el camino. Sin pararse a ver si los demás están conformes. Y sin mendigar aprobaciones preventivas. Y sin asegurarse cómodos refugios para los casos en los que las cosas se pongan mal.

El profeta traza el camino también para los demás, frecuentemente pisando los pies a los demás, procurando no pocos fastidios a la gente tranquila, amenazando intereses más o menos ocultos, importunando un poco a todos.

Sobre todo el verdadero profeta, paga serenamente el precio de la soledad, de la incompreensión, de las sospechas, de los prejuicios, de las calumnias, de «las ejecuciones sumarias».

Y si le tiran piedras, no se inclina a recogerlas para volver a lanzarlas (según la bella expresión del papa Juan). Ni va mendigando compasiones. Ni tampoco hace una tragedia. Considera aquellas piedras como un hecho «normal». Y las deja allí para hacer más sólido y seguro el camino. Para sí y para los demás.

La diferencia entre el falso y el verdadero profeta está precisamente en esto. El falso profeta busca el camino «trillado» del éxito, de la popularidad, de la facilidad, de la publicidad.

El profeta, en cambio, descubre el camino, lo traza fatigosamente con la herramienta de la incomodidad.

El falso profeta no puede estar solo: tiene necesidad del número, de la cantidad, de los aplausos, de las reverencias.

El profeta auténtico, en cambio, logra vivir, dolorosamente, en compañía de aquellos que vendrán... más tarde.

## INCOMODAR POR EL EVANGELIO

Por consiguiente, es la incomodidad, y no el consentimiento ajeno, el criterio de autenticidad.

Pero, atención. La incomodidad hay que situarla en su terreno justo que es el evangelio.

No puede cambiarse abusivamente a otros sectores, con una operación hasta demasiado desenvuelta e interesada, para no aparecer sospechosa.

Conozco a muchos religiosos y religiosas, monjas y frailes que se jactan de lograr «importunar» a la gente. Con frecuencia no obstante me doy cuenta de que el «fastidio» provocado por ellos no es en modo alguno de tipo evangélico.

Perdonad que ponga algunos ejemplos.

Ciertas hermanas excesivamente activas, agitadas, intrigantes, alborotadoras, entrometidas, atosigantes, manipuladoras, tipo «el patrón del vapor».

Ciertos tipos petulantes, indiscretos, machacones, a veces hasta descarados.

Ciertas personas que conocen el arte de importunar al mundo entero con tal de arrancar una concesión, un privilegio, una exención, un favor cualquiera.

Ciertos tipos que no tienen el sentido de la medida: «bloquean» inexorablemente a cualquiera que cae a tiro, sin el mínimo respeto por el tiempo, los compromisos, el cansancio ajeno, ni por las exigencias de los demás. Y se obstinan en pedir y pretender lo posible y lo imposible. O bien atrapan a cualquier desventurado en una maraña de chismes por motivos fútiles y por causas absolutamente banales.

Podría continuar largo rato. Basten estas insinuaciones y esta tipología, para esclarecer el equívoco a que me refiero.

Esto no es incomodidad evangélica. Es una incomodidad por motivos oportunistas, y por eso interesados, y por eso para comodidad propia.

Hace falta una rigurosa purificación respecto a esto (¡he aquí un campo en el que estaría bien encaminada la mortificación!).

No podemos pretender importunar al prójimo por nuestros fines particularistas y después perturbarlo además a causa del evangelio. La gente no se deja importunar fácilmente ni una vez siquiera. ¡Imaginémonos dos veces! (...tanto más cuanto que acaban por descubrir la trampa).

La mentalidad de privilegio y el estilo de incomodidad evangélica mutuamente se oponen.

Si desperdiciamos nuestro «potencial de perturbación» en operaciones demasiado vulgares e interesadas, nos volveremos después incapaces de «molestar» por causa del evangelio. No hay otra salida.

La incomodidad trasladada del campo del evangelio a otros campos abusivos, viene a ser una trampa. Un engaño para nosotros y para los demás.

#### DIME POR QUÉ ERES ODIADO

También el odio que podemos recoger a lo largo de nuestro camino se ha de situar en su justo ámbito. De hecho hay un *odio injustificado* (a causa de Cristo) del que debemos estar orgullosos, y un *odio legítimo* por el que debemos darnos golpes el pecho.

También aquí me explicaré con algún ejemplo.

Una persona consagrada insincera, de modales bruscos, insoportable, fisgona, seca, con alteraciones frecuentes de humor, suspicaz, refunfuñona, chabacana, acaba necesariamente por hacerse «odiar» de las personas a que se acerca. Es inevitable.

Pero éste no es un odio meritorio.

Es un odio que debería avergonzarle.

Realmente no es una hostilidad preconcebida frente a la vida religiosa, sino frente a una caricatura de la vida religiosa.

Más aún. Un superior (¡!) que llega a ser... rechazado por su estilo autoritario y sus actitudes que contrastan con la sencillez evangélica y el ejemplo de los fundadores, no tiene el derecho de lamentarse porque sufre «a causa del evangelio y de la escasa obediencia de los demás». En realidad, es víctima, no de la aversión a la autoridad, sino de una deformación de la autoridad, que él, por desgracia, encarna.

En estos casos, el sufrimiento debiera más bien llevar hacia un cambio de marcha, más que a la acusación de quien lo provoca.

La cosa me parece bastante evidente, y creo que no es necesario insistir más.

«...Ellos marcharon de la presencia del Sanedrín contentos de haber sido considerados dignos de sufrir ultrajes por el nombre de Jesús» (Hech 5, 41).

Frente al odio, a la hostilidad ajena, antes que «estar alegres por el honor», hay que comprobar si nuestra «humillación» ha sido «por el nombre de Jesús». Porque si ha sido sencillamente a causa de nuestra pequeñez, de nuestras deficiencias en el plano

humano o religioso, entonces la humillación recibida, lejos de ser motivo de alegría, debe ser únicamente motivo de... humillación. Y un compromiso urgente de corregir en nosotros las cosas que nos han merecido tal animosidad.

Se tiene el derecho de estar alegres en medio del huracán que se ha desencadenado contra nosotros, a condición de que ese huracán lleve el signo de Cristo, no la firma de nuestra insuficiencia o incapacidad.

Odiados por causa de él, no por causa de nuestra mezquindad.

Hoy te propongo la *operación de ajuste*.

Se trata de un ajuste que es el paso del consentimiento al profetismo incómodo (para sí y para los demás).

Ajuste que significa leal corrección de los objetivos.

Es decir, incomodidad, pero comprometida en la causa justa, no en causas marginales.

Persecución: pero por el nombre de Cristo, no por nuestras limitaciones.

En suma, todo es cuestión de piedras. Piedras que se reciben y piedras que se lanzan a los demás.

Pero hay piedras injustas y piedras obligadas.

Hay piedras legítimas que arrojamos para perturbar en nombre del evangelio. Y otras «fuera de ley» que lanzamos en nombre propio.

Hay piedras que nos lanzan a nosotros porque somos fieles.

Y otras que nos llegan porque las merecemos.

El propósito que te sugiero para hoy es el siguiente: Prueba un poco a hacer una selección entre piedras «buenas» y piedras «malas».

ver a Jesús». Tú que eres de Betsaida de Galilea, debes conocerlo bien, eres de su raza. Por tanto, encárgate tú.

Si el Señor no te ha decepcionado, procura a tu vez no decepcionar las esperanzas de los hermanos.

El adviento no es otra cosa que esto: un Dios-que-viene, que no decepciona las esperanzas. Y nosotros estamos comprometidos a adivinar las esperanzas de la gente y darles respuesta.

Había algunos griegos entre los que subían a adorar en la fiesta. Estos se dirigieron a Felipe, el de Betsaida de Galilea, y le rogaron: Señor, queremos ver a Jesús (Jn 12, 21-22).

## LA VIDA RELIGIOSA COMO «EPIFANÍA»

«Queremos ver a Jesús». Pienso que ésta es la exigencia, la demanda más urgente —aunque inconfesada— del mundo de hoy frente a la vida religiosa.

A nosotros nos corresponde satisfacer esta exigencia. Nosotros los «buscadores de Dios»<sup>1</sup> debemos estar dispuestos a comprometer también a los demás en esta aventura fascinante.

La vida religiosa o es una epifanía, manifestación de Dios, o es una pobre academia espiritual, miserable cadena de montaje de obras.

Si la búsqueda exclusiva de Dios constituye la razón de ser de nuestra consagración religiosa, me parece que compartir nuestros «descubrimientos», representa la meta natural de nuestro itinerario.

Tú que has abandonado todo para lanzarte a esta aventura, tú que te has jugado toda tu vida en esta apuesta por la «perla preciosa», da a conocer ahora lo que has encontrado. «Explica» los resultados de tus exploraciones. Hay quien espera. «Queremos

1. Cf. el capítulo primero de estas meditaciones: «Solo los mendigos tienen el porvenir asegurado», 15-20.

## EL HOMBRE DE DESEO

El mundo de hoy está orgulloso de sus conquistas, se jacta de estar bajo el signo del progreso.

Progreso significa hacer un largo camino, correr, andar cada vez más aprisa, acortar las distancias.

Y todos los hombres han sido conquistados por este ritmo frenético.

El hombre moderno corre, corre mucho, está devorado por el vértigo de la velocidad.

Pero en su carrera anhelante ha terminado por dejar a sus espaldas muchas cosas importantes: el espíritu (alguno ha lanzado la hipótesis que lo había dejado morir de... indigestión), Dios, la oración, la contemplación, la atención.

Y se ha olvidado hasta de sí mismo. Ha perdido su propia identidad. Ha perdido el «sentido» de su gran carrera. Ya no sabe adónde va y por qué.

El hombre, este desmemoriado.

El hombre, este distraído.

Pero también: el hombre, este *insatisfecho*.

Cargado de derechos, nutrido y saturado, puede disponer de placeres y de comodidades que le vienen ofrecidas en abundancia por la técnica; puede concederse todas las libertades a las que la llamada sociedad permisiva... lo obliga, puede concederse una «grande bouffe».

Sin embargo, le falta algo.

Se ha dicho paradójicamente: el hombre de hoy tiene todo... y nada más.

No tiene necesidad de dinero.

Tiene necesidad, sencillamente, de todo lo que el dinero no puede darle.

El hombre, este *frustrado*.

El psicoanálisis subraya los desastres provocados en una persona por la represión o transformación del instinto sexual.

Pero nadie se preocupa de poner en guardia al hombre moderno contra los desastres provocados al sofocar su instinto de lo divino.

«El corazón del hombre ha sido creado lo suficientemente grande para contener a Dios mismo» (Nicolás Cabasilas).

Pero como parece que el hombre no se da cuenta de lo que ha perdido, más bien parece ya resignado, nos corresponde a nosotros volverlo consciente, despertar en él *la nostalgia de lo que ha perdido*.

En una palabra: se trata de devolverle el deseo de Dios. El hombre debe volver a ser «criatura de deseo».

#### NARRACIÓN DE UN VIAJERO

En este punto, sin embargo, debemos evitar dar una respuesta equivocada a esta espera, a esta exigencia fundamental.

Y la forma equivocada puede ser ofrecer al hombre de hoy lo que ya posee (lo cual ocurre con frecuencia...).

Pero la forma equivocada es, sobre todo, la pretensión de enseñarle *a Dios*.

«Cuando un monje habla de Dios, es un viajero que cuenta» (O. Clément).

No uno que relata lo que ha leído en los libros, tampoco en los textos de geografía...

Sino uno que ha estado allí...

Uno que ha explorado personalmente aquel continente misterioso y fascinante, pagando el precio correspondiente.

No se enseña a Dios. *Se narra*. Con el entusiasmo y la competencia y el estupor de un explorador.

No se demuestra a Dios. *Se le muestra*.

Por esto creo que la virtud principal de la vida religiosa, el test decisivo de su autenticidad, es la *transparencia*.

La bienaventuranza propia de la transparencia es, sin duda, la de los «limpios de corazón».

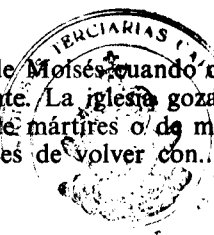
«Dichosos los limpios de corazón, porque verán a Dios» (Mt 5, 8).

Yo añadiría... «y harán ver a Dios».

La pureza del corazón no es solamente la castidad del cuerpo. Sino la castidad de todo el ser. Es decir, la limpieza, la transparencia de toda la persona, que ha eliminado las escorias, las sombras, la opacidad y se vuelve cristal terso que refleja la imagen auténtica de Dios.

«Una iglesia en la que no hubiese monjes que realizan la peregrinación a las inmensidades de Dios, para volver después a los

hombres con el rostro iluminado como el de Moisés cuando descendía del Sinaí, sería una iglesia agonizante. La iglesia goza de buena salud solamente si puede disponer de mártires o de monjes<sup>2</sup>. Pero, bien entendido, monjes capaces de volver con el rostro iluminado.



#### LA CULPA DE DEJAR DORMIR

Sucede frecuentemente que nos lamentamos de la indiferencia, del desinterés de los hombres de nuestro tiempo hacia Dios, hacia las cosas del espíritu.

Un sacerdote me decía: «En mi parroquia tengo la impresión de estar en medio de un rebaño de individuos que roncan».

Pero ante esta situación es honrado que nos hagamos una pregunta: ¿Y nosotros, qué hacemos para despertarlos?

¿Cuál es nuestra capacidad para perturbar?

¿Qué espectáculo «interesante» podemos presentar?

¿Qué imagen de Dios podemos exhibir?

Un monje del monte Athos, dio esta respuesta maravillosa a un turista que se admiraba de las celebraciones nocturnas casi ininterrumpidas: «Y aún nos sentimos obligados a emprenderla contra todo el sueño del mundo...».

Este es nuestro cometido.

Saint-Exupéry observaba amargamente: «Dejamos dormir a demasiada gente».

Y el padre Arrupe, en una carta a su orden, se desahogaba así: «Dejadme que os diga con toda sinceridad que no es a este mundo nuevo al que yo temo. Más bien me hace temer que nosotros, los jesuitas, tenemos poco o nada que ofrecer a este mundo, poco o nada que justifique nuestra existencia como jesuitas».

Ahora bien, ¿cuál es el don especial de la vida religiosa frente al mundo moderno? Pienso que sea el *don de la nostalgia*.

Nostalgia de algo distinto.

Nostalgia de otro.

El hombre, además del coche, del televisor y de una discreta colección de ídolos, posee en la profundidad de su ser algo de gran valor: *la marca de fábrica*.

«Dijo Dios: Hagamos al hombre a imagen nuestra, según nuestra semejanza... Y creó Dios al hombre a imagen suya: a imagen de Dios lo creó» (Gén 1, 26-27).

2. O. CLÉMENT, *Questions sur l'homme*, Paris 1972.

En todo hombre existe esta «marca de fábrica», tal vez sepultada bajo una capa de polvo y de... sueño.

Nuestra tarea consiste precisamente en *hacer de espejo*: avivar esta imagen, hacerla salir a la luz.

En este caso «no dejar dormir» no significa tanto alzar la voz, cuanto más bien hacer de espejo, ser transparentes.

*El hombre, éste nostálgico...*

Quisiera terminar estas reflexiones dejando un ejercicio para tu imaginación.

Intenta imaginar que alguien te aborda hoy y te lanza el mismo ruego que hicieron a Felipe:

—Quisiera ver al Señor...

Si me permites, quisiera ver cómo te las arreglas.

Está atento, que no hay excusas. Te toca a ti proveer. Estás obligado. «...Felipe, que era de Betsaida de Galilea»... Eres de su pueblo. Debes conocerlo bien. Has dejado todo para buscarlo. Has recorrido un largo camino.

No puede ser que, ahora, no estés en disposición de responder a esta pregunta... elemental.

Pero quiero también ofrecerte una última imagen para tu examen de conciencia, además de esta de Felipe.

Cuando murió el padre Amadeo Ayfre —el creador de la teología de la imagen— tenía 42 años. Con su pequeño 2 CV se había estrellado contra un árbol en la carretera de Locarno.

Su más bello epitafio fue dictado, aunque involuntariamente, por una actriz: —¿Qué quiere que diga? —confesó a un periodista que la entrevistaba— ...era un hombre que cuando lo encontrabas, te hacía venir el deseo de Dios.

Piensa un poco. ¿Te ha sucedido hacer venir el deseo de Dios a alguien?

Si puedes responder que sí, quiere decir que Dios no te ha inquietado en vano.

Si, en cambio, no es así (o hay fuertes dudas), recuerda entonces que hay un Dios perturbador a tu disposición. Y no te faltará nunca el material humano para los experimentos y comprobaciones. La comprobación de la nostalgia...

Animo, esperamos,

## Los que han venido de lejos

Mas sobre ti amanece Yahvé  
y su gloria sobre ti aparece.  
Caminarán las naciones a tu luz

(Is 60, 2-3).

...Porque él librará al pobre que clamaba,  
al afligido que no tenía protector,  
él se apiadará del pobre y del indigente

(Sal 71, 12-13).

# El derecho de e o la culpa es de la estrella

(Especial para «ignorantes» y para quienes trabajan en hospitales, asilos, orfanatos y otros centros benéficos)

Unos magos que venían del oriente se presentaron en Jerusalén diciendo: «¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido? Pues vimos su estrella en el oriente y hemos venido a adorarle».

En oyéndolo, el rey Herodes se turbó y con él toda Jerusalén. Convocó a todos los sumos sacerdotes y escribas del pueblo, y por ellos trataba de averiguar el lugar donde había de nacer el Cristo.

Ellos le dijeron:

En Belén de Judea, porque así está escrito por el profeta:

Y tú, Belén, tierra de Judá,

No eres, no, la menor entre los principales clanes de Judá: porque de ti saldrá un caudillo

que será pastor de mi pueblo Israel.

Entonces Herodes llamó aparte a los magos y por sus datos averiguó el tiempo de la aparición de la estrella.

Después los puso en camino de Belén, diciéndoles:

Id e informaos bien sobre ese niño; y cuando le encontréis, comunicádmelo, para ir también yo a adorarle.

Ellos, después de oír al rey, se pusieron en marcha, y he aquí que la estrella que habían visto en oriente, iba delante de ellos, hasta que llegó y se detuvo encima del lugar donde estaba el niño. Al ver la estrella se llenaron de inmensa alegría.

Entraron en casa, vieron al niño con su madre María y, postrándose, le adoraron; luego abrieron sus cofres y le ofrecieron dones de oro, incienso y mirra.

Después, avisados en sueños que no volvieran donde Herodes, se retiraron a su país por otro camino (Mt 2, 1-13).

Hemos llegado hasta aquí.

Sabemos muy bien que nuestra sola presencia causa fastidio a mucha gente. Muchos nos miran con cara de compasión. Otros nos soportan. Algunos expertos se admiran de que aún no hayamos desaparecido de la escena. Dicen los futurólogos que no hay

sitio para nosotros en la iglesia del dos mil. Ciertos doctores diagnostican que nuestra existencia, más aún, nuestra supervivencia, no se justifica ya desde ningún punto de vista. Que el ideal que representamos ya no es actual. Que nuestro testimonio no merece la pena. Que las estructuras nos aplastan. Y que si nos salvamos, de milagro, de las estructuras, quedaremos anulados por las superestructuras. Noy hay escape posible.

Así está escrito, al parecer, en sus libros.

Como quiera que sea, todavía estamos aquí.

Venimos de lejos, con nuestras extrañas figuras cubiertas de polvo.

Nuestros gestos, nuestras actitudes, transpiran un discreto fastidio.

No sabemos hablar con las fórmulas de moda. Algunos de los nuestros son un poco rudos, distantes, chabacanos.

¿Qué queréis?, hemos recorrido un largo viaje, hemos tenido mucho que hacer, y no hemos tenido demasiado tiempo para familiarizarnos con vuestras sutilezas teológicas.

Comprometidos como estábamos en ciertas ocupaciones no siempre gloriosas —pero dejemos la historia, no nos sintamos héroes, no faltaría más...— ignorábamos cómo desarrollar «tareas de suplencia». Nadie nos había tenido al corriente de este contratiempo.

Pero mira, nunca nos habíamos imaginado de otra manera que atolondrados. Eran nuestras «tareas de suplencia» justamente, nadie nos lo había dicho; sin embargo teníamos que haber llegado por propia cuenta a comprender... la enormidad del asunto. Pero hemos obrado en perfecta buena fe, debería reconocérsenos esto al menos. No ha habido mala voluntad. Sencillamente ha ocurrido esto: había quien gritaba, quien tenía necesidad, y como nadie se daba por enterado, nosotros, ingenuos, nos presentábamos y... «suplíamos» a aquellos que no oían nada porque estaban demasiado ocupados en distribuir escrupulosamente las tareas. Y os habéis enojado, precisamente por esto. Perdonad, no lo volveremos a hacer.

No pensábamos, sin embargo, realizar acciones tan intrascendentes. Quisiéramos tener un sincero arrepentimiento, pero sin saber por qué, no lo logramos.

En todo caso, no esperamos sino que alguien venga a sustituirnos. Pero tened en cuenta que no se trata solo de llaves y de... lengua, sino también de otros instrumentos que requieren manos, corazón, pulmones, cabeza (sí, también...) estómago y nariz un poco adiestrados (perdonad nuestro lenguaje un poco crudo).

Estamos aquí. Aunque no os agrade mucho.

Con nuestro aspecto de cansancio. Con nuestra mercancía embarazosa.

Nos habéis llamado vosotros, si no nos equivocamos. De vez en cuando nos mandáis llamar...

Hemos venido a respirar un poco y después reemprenderemos el camino con mayor coraje y sobre todo, fortificados en la esperanza. En realidad, deseamos caminar más, caminar mejor.

Pero advertimos que nuestra sola presencia os inquieta.

Por esto no os molestamos más y nos vamos de nuevo por el mismo camino. El nuestro, bien entendido, el que hemos recorrido hasta aquí. No es fácil, ni panorámico, ni tampoco está «recomendado» en vuestros sabios documentos. Pero ¿qué importa? Sigue siendo nuestro camino y le tenemos cariño, también porque en él hemos ido sembrando fatiga, sudor, juventud, tiempo, esperanza, sacrificios, y por esto contiene algo nuestro, es más, todo lo nuestro.

A lo largo del viaje hemos acumulado no pocos defectos. No lo negamos.

Estamos acostumbrados a ciertos railes, a ciertos esquemas. Hemos vivido cuadrículados en formalismos. A veces hemos caminado a remolque.

Pero nos habíamos dirigido a vosotros precisamente por esto.

Para que nos echarais una mano.

Para que nos ayudaseis a ver claro.

Para que hicierais más expedito nuestro paso, más creíble nuestro mensaje, más transparente nuestro signo.

Para que nos hicierais recobrar nuestra identidad (se dice así, ¿verdad?).

Para que nos proporcionerais algunas indicaciones precisas, y a poder ser no aventuradas, sobre el viaje.

Sois los expertos, las personas más calificadas, tenéis los libros, las mesas redondas, y nosotros habíamos pensado preguntaros.

En cambio...

Nos hacéis comprender, sin términos medios, que la manera mejor para encontrar nuestra identidad es el... ir a escondernos.

En lugar de darnos sugerencias útiles para proseguir el viaje, no nos perdonáis el pecado de haberlo emprendido y nos mandáis a casa.

Decís que nadie tiene el monopolio de Cristo, que todos deben poder encontrarlo siguiendo *su* camino. Sí. ¿Todos menos nosotros?

Habláis del «pueblo de Dios». Y, para ensanchar sus límites, empezáis quitándonos el derecho de ciudadanía.

A alguno de nosotros se le ocurre cambiar así la súplica del hijo pródigo: «No somos dignos de ser tratados como siervos. Tratáanos, al menos, como hijos con todos los derechos». Podríamos decir también: «tratadnos, al menos, como marginados», ya que tenéis tan en cuenta a los marginados.

Una palabra vuestra muy del día es «promoción». Promoción de esto y de aquello. Bien, quisiéramos saber: desde el momento, en que no hay promoción para nosotros, sino que nuestra existencia ha sido suspendida en vuestros exámenes, ¿podremos esperar un ulterior, tal vez tardío aprobado? ¿En qué condiciones? Estamos dispuestos a esperar pacientemente, sabedlo. Somos personas sin prisas...

Pero, tal vez, no tenéis intención de explicarnos nada. No vale la pena. Sería tiempo perdido supuestos vuestros compromisos...

Por tanto, nos despedimos pidiéndoos excusas por nuestras molestias.

Pero quede claro que no nos disgusta, al contrario, haber sido útiles. Útiles, además de en hospitales y otros lugares poco frecuentados por vosotros, también en el sector de (vuestra) diversión. De hecho sabemos que os hemos procurado material anecdótico, bastante abundante gracias al cliché de «cabezas ignorantes», a que sois tan aficionados.

Alegres por haber dado mucho sin haber recibido gran cosa.

Nos reprocháis frecuentemente por ocuparnos de cosas pequeñas.

Para nosotros está bien así. Os dejamos las cosas «importantes». Pero... si nos conocierais mejor os encontraríais con muchas «grandes» sorpresas en la vida de muchos hermanos nuestros.

Os agrade o no, volvemos a emprender el camino.

Si os hace reír nuestra existencia, nuestro itinerario, por favor, desde ahora en adelante id a la oficina competente. No es culpa nuestra si alguien ha hecho brillar en nuestro pobre horizonte una estrella, que ha provocado sobre nosotros y, dentro de nosotros, una llamada irresistible. Volveos, pues a él para pedir explicaciones y para eventuales protestas. Nosotros intervinimos en ello sólo marginalmente. El responsable es otro.

Entretanto, emprendemos el camino siguiendo aquella estrella.

Estamos seguros que encontraremos nuestra identidad caminando y no desapareciendo de la circulación (para no entorpecer vuestro tráfico bien programado...).

¿A dónde vamos?

Creemos saberlo, aunque no sepamos explicarlo, porque no hemos leído vuestros libros.

Por tanto, dejadnos ir por nuestro camino.

Vosotros sois libres de seguir el vuestro.

Casi nos atreveríamos a hacer una apuesta. A ver quién llega antes «al lugar donde está el niño». Pero partimos con el handicap de nuestras estructuras y superestructuras. Y sin duda, llegaréis vosotros los primeros, os anticiparéis con mucho. Es más, alcanzaréis la meta llevando con vosotros mucha gente.

Cuando lleguemos nosotros, después de mucho tiempo, naturalmente con retraso —siempre llegamos con retraso— esperamos fuera nuestro turno. Por esta sola vez no alegaremos privilegios. Nos bastará mirar con el rabillo del ojo a través de la ranura de una puerta. Con tal que os apartéis un poco y no nos impidáis la visión del niño... Ya se sabe, nadie debe tener el monopolio, lo habéis dicho vosotros.

Y si no hacen falta ya nuestros dones —porque vosotros habréis llenado la casa con vuestras ofertas mucho más preciosas y «adecuadas» a las circunstancias— tanto mejor. Querrá decir que, por una sola vez, habéis «suplido» vosotros. Y no os echaremos en cara el haber cumplido esta misión de suplencia.

Lo importante es haber llegado allí.

Lo esencial es encontrar al que buscábamos. Al que nos busca.

Y ahora partamos. Emprendamos de nuevo el camino. Zanjado el incidente.

Nos encontraremos hacia el año dos mil.

Entonces estaremos aún de viaje, no lo dudéis.

¿Quién lo ha dicho?

La estrella, si no os desagrada...